

## Editorial

### EN EL CONGRESO EXTRAORDINARIO

El Congreso extraordinario que acaba de reunirse por convocatoria del Organó Ejecutivo, ha de cumplir una vasta misión en desarrollo del programa legislativo que ha presentado el Gobierno y que traduce las más hondas y arraigadas aspiraciones democráticas.

Bastaría anotar los proyectos que tienden a la modificación del régimen de las Asambleas Departamentales, para hacer cumplir a esos Cuerpos una eficaz labor administrativa, apartándolos de las pugnas políticas, a la dignificación de la justicia haciendo que los Jueces y Magistrados sean designados por altos tribunales ajenos al ajetreo electoral, al cumplimiento de leyes sociales que protejan la población campesina y finalmente, como centro de una acción que se encamine a dar a todos los colombianos la seguridad que reclaman en las ciudades y en las campiñas, a la reorganización de la policía nacional dentro de un criterio científico.

Con este fin el señor Director de la Policía, el Ministro de Gobierno y el Director de Justicia discutieron un plan completo para presentarlo a la discusión del Congreso en sus actuales sesiones extraordinarias, plan que quedó definido en el proyecto sobre autorizaciones al Gobierno para reorganizar la Policía.

En ese proyecto se contemplan cuestiones que entrañan un clamor público, una aspiración colectiva, que abarca todas las zonas de la opinión nacional. La exigencia de una mayor vigilancia en las ciudades donde cada día registra la crónica policial el asalto a las residencias, el saqueo de los almacenes, el atraco a los transeúntes, la necesidad de llevar a los campos una efectiva protección rural que elimine el robo de los ganados, que garantice la inversión de los capita-

les en la producción agrícola, que reestablezca la seguridad de la vida humana sometida a trágicos azares, son permanente solicitud colombiana que se identifica con todos los credos políticos y con todas las concepciones modernas del Estado.

La reorganización de la Policía para cubrir tan amplio frente de lucha contra el delito y para prevenir los ilícitos, sólo puede cumplirse dotando al Organismo Ejecutivo de la herramienta que ha pedido al Congreso y que éste interpretando el sentimiento de la nación va a darle, con clara comprensión de sus deberes.

En efecto: es preciso que todo el servicio de policía se preste por agentes y oficiales que hayan pasado previamente por escuelas especializadas cumpliendo cursos de capacitación técnica, donde no solamente reciban los conocimientos propios de su profesión, sino donde adquieran el sentido de la responsabilidad de su oficio y la formación moral necesaria para estar a la altura de la grave misión que les está encomendada; es urgente que la investigación de los delitos se adelante con mayor prontitud por medio de un cuerpo de seguridad que acuda con rapidez y con los elementos necesarios a esclarecer la comisión de los delitos, a aprehender a los delincuentes, a dar a la justicia los suficientes elementos de apreciación que permitan acabar con la impunidad. Los detectives requieren equipos de motorización y radiopatrulla, laboratorios de identificación, archivos modernos, etc., que garanticen una obra de investigación criminal dentro de las normas que la ciencia ha trazado y de las cuales estamos muy lejos.

Es indispensable aumentar la vigilancia, distribuyéndola de acuerdo con el crecimiento de la población y con sus modalidades demográficas, y para ello se impone un aumento notorio del personal militar con secciones de policía montada, de acuerdo con las necesidades de los grandes centros urbanos y de las zonas rurales más afectadas.

Como se comprende, fácilmente, con esta sobria enumeración, el problema de la seguridad es uno de los más importantes y su solución una de las más imperativas.

El país está en una etapa de progreso, de desenvolvimiento, de crecimiento general, que impone soluciones de gran travesía y no recordadas y estrechas soluciones de emergencia. Es preciso contemplar el problema de la seguridad con sentimiento de altura, con visión de ancha perspectiva, como quien trata de recoger la imagen de toda una nación en su camino histórico, que reclama para su grandeza el apoyo decidido del Estado, la protección debida y el estímulo necesario.

El Congreso de Colombia está en el trance de dejar esta vez realizada una obra magna. La reorganización de la Policía es una de sus bases. Y el país tiene confianza en que esa obra que el Gobierno orienta con mano firme, ha de ser el fruto del entendimiento y la cooperación de todos, en el común esfuerzo creador por garantizar a los colombianos su tranquilidad, su vida y sus bienes.

# El Código Nacional de Policía

Especial para esta Revista

El régimen liberal comienza a estar en mora de ejecutar una de las más apremiantes reformas, insinuada desde 1934, al disponer el Organó Ejecutivo por medio del Decreto 190 que una comisión redactara un proyecto de Código Nacional de Policía. Se trataba de reducir a uno los estatutos incompletos, contradictorios y más o menos anacrónicos que con el nombre de Código de Policía rigen en los catorce Departamentos y —si no me equivoco— de condensar y armonizar dentro del Código de Policía único la dispersa y casuística legislación nacional en materias policivas. Y se quería, además, que el nuevo estatuto fuera un conjunto jurídicamente estructurado, claro, sencillo y humano, de las normas de Derecho, atañederas al orden y a la seguridad sociales, dentro de la móvil complejidad de la vida actual y bajo la inspiración de las ideas, las costumbres y las necesidades presentes. La obra comenzó a elaborarse desde septiembre de 1938 en el Ministerio de Gobierno, mediante la colaboración de distinguidos funcionarios y expertos juristas. Se adelantó una buena parte del proyecto y se paralizó luego por falta de la apropiación presupuestal destinada a pagar los honorarios de los asesores.

De paso quiero anotar que la misma causa suspendió el proyecto de reformas al Código Civil y dejó en embrión el nuevo Código de Comercio. No sé qué hado maléfico persigue la obra legislativa confiada al estudio ilustrado y concienzudo de expertos que no pertenecen al Congreso. Su trabajo, tanto más eficaz y fecundo cuanto mejor madurado, aparenta ser costoso si demora más de un año y representa una erogación que no alcanza a una docena de miles de pesos. En cambio, cualquier auxilio para una obra municipal, cualquier busto en bronce, le cuesta a la Nación, con solo ordenarlo el Congreso, aun cuando nunca se pague aquél ni se erija éste, cerca de ocho mil pesos. Y perdóneseme la digresión, en gracia de su oportunidad.

Un Código de Policía debe contener la pauta de toda la actividad individual y social. Por consiguiente, para redactarlo con fortuna es menester un conocimiento profundo del conjunto de la legislación, de los

principios en que se basan las ciencias jurídicas y sociales, de la trayectoria histórica y de la psicología del pueblo que con él va a ser regido y de las condiciones favorables y adversas del medio en que ese pueblo lucha y se agita. El noventa por ciento de los habitantes de un país podrá vivir y morir sin haber advertido que existe una Constitución, sin darse cuenta de que hay un Código Civil o legislaciones especiales de comercio y minas, y barruntando apenas que rige un Código Penal, pero quizás no pasará un solo día de vida en sociedad sin encontrar las normas policivas que ordenan sus actos para que su libertad no choque con el derecho ajeno y le prohíben realizar aquellos que puedan turbar el orden o afectar la seguridad, tranquilidad y libertad de los demás. De lo dicho se infiere cuán delicada, compleja y ardua será la tarea de reducir a un conjunto metódico y ordenado de preceptos, de reglas generales, la múltiple actividad de individuos y agrupaciones disímiles que actúan sobre un vasto territorio anfractuoso, donde cada plano geométrico es un clima distinto e impone una manera diferente de vivir el hombre. La obra de legislar en países nuevos como Colombia, es necesariamente más difícil que en los viejos pueblos, de seculares tradiciones, de uniforme cultura, y donde el elemento humano domina y conoce a fondo el medio en que vive.

Nadie se extrañe, pues, de que una comisión encargada de proyectar un Código de Policía para toda la República no pueda realizar su cometido en un plazo breve. Continúe trabajando con decisión por un año más y podrá presentarnos un proyecto que sea, si no un dechado de perfección al menos un instrumento mejor adaptado, más completo y eficaz que las mohosas herramientas de que disponemos ahora.

Entre los catorce Códigos Departamentales de Policía hay algunos menos incompletos y mejor pensados que otros, y no es raro encontrarse de pronto en ellos, entre el fárrago de disposiciones casuísticas, algunos preceptos de honda sabiduría, dignos de conservarse y de ser estampados con honor en el Código Nacional. Pero nada justifica la diversidad de legislaciones, basadas en principios contradictorios entre sí y contrarios casi siempre al espíritu de las reformas constitucionales y legales que la Nación ha querido darse en la última década. El legislador nacional debe tomar a su cargo la expedición del estatuto policivo para todo el país. Sólo así podrá conseguirse que trascienda a todos los habitantes de Colombia, y muy particularmente a las clases trabajadoras, a las gentes rústicas, al vecino de apartada aldea, la reforma esencial que el liberalismo ha querido introducir en las instituciones, el espíritu de las nuevas ideas, de los nuevos planes de vida social, de los nuevos derechos y de los nuevos deberes que esa reforma comporta. Yo llegaría a decir que sin la existencia de un Código de Policía donde se traduzca y vierta para el pueblo el alma misma de las reformas constitucionales y legales alcanzadas por el liberalismo, toda la sabiduría de aquéllas y todos los nobles ideales que las han inspirado continuarán siendo tan inoperantes como antes de dictarlas. Las mismas autoridades y funcionarios de policía no las aplicarán jamás si no las hallan escritas en el Código que los rige, y no se empaparán nunca en su sentido y alcance si no las encuentran vivas y actuantes en los incisos y párrafos de aquella obra única de su biblioteca burocrática.

Se ha dicho que la expedición de un Código Nacional de Policía podría ser violatoria de las facultades conferidas a las Asambleas de los

Departamentos por el constituyente, cuando dice en el artículo 186 de la Codificación Constitucional:

“Corresponde a las Asambleas Departamentales: . . . . .

. . . . . 2º Dirigir y fomentar por medio de ordenanzas y con los recursos propios del Departamento, lo relativo a la policía local. . . . .”

Yo no encuentro base para hacer de aquella autorización a las Asambleas una limitación de las atribuciones propias del Organismo Legislativo de la Nación. Me parece, por el contrario, que es la facultad de las Asambleas la que se halla bien claramente limitada en el mismo artículo constitucional que se la confirió.

Cuando se volvió del régimen federal al unitario, desapareció la ficción de la soberanía de los Estados y dejaron de regir sus leyes civiles y penales particulares, así como toda otra manifestación de aquella extinguida soberanía. Los antiguos Estados pasaron a ser Departamentos de una nación unitaria, cuya autoridad política fue centralizada. Los Departamentos quedaron gozando sólo de un patrimonio propio y de rentas para atender a los servicios públicos que venían sosteniendo o desearan crear en el futuro. Don José María Samper, el autorizado comentarista de la Constitución de 1886 hace notar, refiriéndose al artículo 185 de aquella Carta (el mismo que es hoy ordinal 2º del artículo 186):

“Pero la Constitución fija una condición para que las Asambleas dirijan aquellos trabajos y servicios que están sujetos a su competencia, y es la de que los hagan sostener con recursos propios del Departamento. Se comprende que, sin esta condición, las medidas que adopten las Asambleas no son propiamente administrativas y, por lo tanto, están fuera de su competencia.”

Y más adelante agrega:

“ . . . . . Por otra parte, restablecida la unidad de soberanía, nada tenían que hacer las Asambleas en materias de legislación, de elecciones y otros ramos que pertenecen a la autoridad soberana.”

Según trasciende del comentario de Samper, las Asambleas quedaron facultadas para sostener un servicio de policía local y para reglamentarlo en cuanto fuera sostenido con fondos departamentales. Pero nadie podría fundarse en el citado artículo de la Constitución para deducir que las Asambleas han quedado con el derecho de legislar, y mucho menos de un modo exclusivo, en materias de policía. La expresión *policía local* restringe, por otra parte, la autorización dada a las Asambleas. La restringe no solamente en el espacio, sino en el concepto mismo de lo que se entiende por función policiva. La reduce al derecho de dictar ciertos reglamentos particulares en cuanto no haya normas generales aplicables, así como al de regularizar, inspirándose en las normas sustantivas, ciertas situaciones, determinadas actividades, servicios públicos o hechos locales o regionales, en cuanto las disposiciones existentes no se consideren suficientemente previsivas para los casos singulares que se contemplan. Y como al tiempo de unificarse la legislación colombiana no se expidió un Código Nacional de Policía ni había siquiera un servicio policivo de la nación, quedaron rigiendo en la materia las disposiciones que tenían los extinguidos Estados, y las Asambleas fueron dictando otras al compás de los tiempos, así como el legislador nacional ha venido

expidiendo innumerables normas de carácter policivo para ser cumplidas en todo el territorio.

Los códigos nacionales dejan al cuidado de las autoridades de policía, especialmente en materias civil y penal una intervención esencialísima y dejan a la legislación policiva reglamentarla.

De la anarquía y contradicción de las normas a que ésta se sujeta en cada Departamento proviene el que una acción posesoria, una demanda por ultrajes, un drama doméstico, un accidente de tránsito, un atentado cualquiera contra la salud, el reposo y la tranquilidad tengan tramitación y soluciones diferentes, según se presente en Boyacá o Antioquia, en Nariño o en el Atlántico. Bajo la misma Constitución, el mismo Código Civil y el mismo Código Penal, las autoridades de policía tienen que cumplir normas diferentes, según el lugar en donde la colisión de derechos o la contravención se presenten. Este rezago del federalismo es sencillamente absurdo, y yo estoy seguro de que no es el producto deliberado de la Constitución del 86, sino la consecuencia de una larga etapa de indiferencia por los problemas públicos, de desgobierno y de desorden.

Los mismos constituyentes del 86 que adoptaron los códigos que debían regir en la nueva vida de la República nos dejaron una clara manifestación de su voluntad de expedir un Código Nacional de Policía al darnos en la Ley 57 de 1887 algunas reglas de interpretación de la ley en este artículo que, ciertamente, no brilla por su sabiduría jurídica, pero sí es indicio vehemente de que contaban con la existencia de un Código Nacional de Policía:

“Artículo 5º Si en los códigos que se *adoptan* (subrayo) se hallaren algunas disposiciones incompatibles entre sí, se observarán en su aplicación las reglas siguientes:

.....2ª Cuando las disposiciones tengan una misma especialidad o generalidad, y se hallen en un mismo Código, preferirá la disposición consignada en artículo posterior; y si estuvieren en diversos Códigos preferirán por razón de éstos, en el orden siguiente: Civil, de Comercio, Penal, Judicial, Administrativo, Fiscal, de Elecciones, Militar, *de Policía*, de Fomento, de Minas, de Beneficencia y de Instrucción Pública.”

Se olvidaron los constituyentes y legisladores de adoptar el Código de Policía y otros de los enumerados. Se olvidaron también de expedirlos quienes les sucedieron durante medio siglo en el ejercicio del Poder. Corresponde a los gobernantes de ahora reparar ese olvido y llenar ese vacío inexplicable como han reparado y llenado tantos otros.



## EL SISTEMA BATTLELEY DE CLASIFICACION MONODACTILAR

Traducido por Jorge Cortázar Melo

Por considerar de gran utilidad para los profesionales en Dactiloscopia, he solicitado y obtenido autorización de John Edgard Hoover, Director del *Federal Bureau of Investigation* de Washington, para traducir y publicar el artículo que a continuación leerán ustedes, y que tuvo franca acogida por la Dirección de esta Revista.

En Colombia no existe la aplicación de sistema monodactilar alguno, y bien sabido es, que mientras nuestros Gabinetes de Identificación carezcan de estos servicios, será inútil la revelación, trasplatación y estudio comparativo de "huellas" dactilares aisladas encontradas en lugares donde ha sido cometido un delito.

Como se verá, el sistema de Sir Harry Battley, ha tenido modificaciones y extensiones para su aplicación en el archivo dactiloscópico del *Federal Bureau of Investigation*, donde el sistema de clasificación decadactilar es el de Sir E. R. Henry. Nosotros podemos hacer otro tanto: extender y modificar el sistema Battley para acondicionarlo al nuestro, de clasificación decadactilar Vucetich-Oloriz, y tendríamos que no fracasaría el 99% de las investigaciones en las cuales se revelan "huellas" digitales.

Desde hace no menos de cinco años debía estar funcionando en el Gabinete Central de Identificación de la Policía Nacional el archivo monodactilar; figura en la nómina del Gabinete, personal con denominaciones como: "Oficial de Archivo Monodactilar", sin existir siquiera allí una lupa con la retícula de Battley, y mucho menos un texto traducido. Hoy tenemos la traducción de Battley, debemos comenzar, pues, a estudiar la forma de su aplicación a nuestro sistema e implantarlo como una urgente necesidad para beneficio de la justicia.

"El sistema de clasificación y archivo monodactilar en uso en el F. B. I. (*Federal Bureau of Investigation*) es el descrito por Harry Battley en su libro *Single Fingerprint Classification*. Sin embargo, con el fin de adaptar el sistema al archivo del F. B. I. se han adoptado varias interpretaciones, modificaciones y adiciones, las cuales se describen en seguida. Se notará que en conexión con las modificaciones y adiciones, algunas de las definiciones técnicas están en desacuerdo con las utilizadas en el archivo decadactilar del F. B. I. Estas discordancias son, desde

luego, debidas al uso del centro especial en el archivo monodactilar y la diferencia en el problema de clasificar aproximadamente 139.000 impresiones aisladas y en los millones de impresiones clasificadas conforme al sistema "Henry" en el archivo decadactilar del F. B. I.

### *Generalidades.*

Los casos seleccionados para su inclusión en el archivo monodactilar son aquellos en los cuales el delincuente ha sido acusado de secuestro, extorsión y asalto de bancos. Se incluyen también las impresiones de "gansters" y de los criminales de alto bordo. En la preparación de los "Records" para inclusiones en el archivo monodactilar, se usa el siguiente procedimiento:

El "record" completo de cada individuo seleccionado para este archivo se examina y si se aprueba se preparan el modelo general y la tarjeta índice. Un número se estampa sobre la parte superior izquierda de la esquina de la tarjeta índice, sobre la tarjeta alfabética, sobre la decadactilar y sobre la fotografía de filiación; luego se selecciona la tarjeta de mejores condiciones para fotografiarla.

Del número 1 al 9.999 se registran los secuestradores, los extorsionistas y los criminales peligrosos; y de 10.000 a 29.999, los asaltantes de bancos. La tarjeta de impresiones seleccionada para el archivo monodactilar se reproduce fotográficamente y de una copia se recortan las diez impresiones, se pegan a las tarjetas monodactilares y luego se hace la clasificación; posteriormente se buscan en el archivo de "impresiones inidentificadas", y por último, se archivan.

### *Tarjetas índices.*

En la sección de archivo monodactilar del Bureau se prepara una tarjeta índice de 3 x 5 pulgadas para cada individuo cuyas impresiones han de colocarse en el archivo citado. Estas tarjetas índices se archivan numéricamente y cada una presenta en su anverso el número del archivo monodactilar, el número de registro, la fórmula principal y una referencia completa del archivo de apariencias generales, así como también de si existe o no fotografía de la persona registrada.

En el reverso de la tarjeta índice aparece la clasificación monodactilar de todos los diez dedos. Con el sistema de anotar la clasificación en el reverso de la tarjeta índice se ahorra bastante tiempo cuando se saca del archivo alguna impresión.

El número arriba mencionado como de archivo monodactilar se coloca también sobre cada tarjeta monodactilar y así es muy sencillo relacionar inmediatamente la impresión aislada con el "record" completo del individuo por referencia a la tarjeta índice citada antes. Con esta relación, se nota que no es innecesario colocar la clasificación del archivo principal o cualquier otra referencia del sujeto sobre todas y cada una de las 10 tarjetas monodactilares.

### *Sección de impresiones inidentificadas.*

Si una huella al ser buscada en el archivo no es identificada, se toman copias fotográficas de ella y se archivan en esta sección, de acuerdo con la clasificación general, siendo esta sección continuamente consultada, lo cual quiere decir que ella no es en ningún sentido un archivo inactivo o muerto. Todas y cada una de las huellas reveladas posteriormen-

te se buscarán en el archivo y también en esta sección haciendo el esfuerzo por conectar todos los delitos que han sido cometidos por el mismo sujeto. En síntesis, las impresiones que ingresen por primera vez al archivo, se buscan en él, como también en esta sección de inidentificadas antes de archivarlas.

Los dos lados de la tarjeta índice, la tarjeta monodactilar y la retícula especial usada para la clasificación se muestran en las figuras 1, 1-A, 2 y 3 en su orden.

### Index Card

<p><b>15204</b></p> <p>Ward, Amous E.</p>	<p>Photo. ✓... G.A. ✓... Fgpts. ✓...</p>	<p>DO NOT FILE IN CARD INDEX</p>	<p>11 0 31 W I 18 I 20 W 00</p>
<p>JACKSON #391954 (FBI)</p>	<p>Reviewed and approved by: GJE-4-19-38</p>		

### Front - Figure 1 Index Card

R. T.	R. I.	R. M.	R. R.	R. L.	L. T.	L. I.	L. M.	L. R.	L. L.
W	W	\	C.P.	\	W	W	CP	W	/
A <sub>3</sub>	A <sub>2</sub>	C	A <sub>3</sub>	B	A <sub>4</sub>	A <sub>2</sub>	A <sub>4</sub>	A <sub>2</sub>	L
F	E	12	E	16	E	D	D	D	15
O	I	0	O	E	I	O	O	I	E
D	D		B		E	C	C	E	
25	14		17		23	14	17	11	
18	14		6		17	9	7	17	
					Initials <i>JK</i>		Date <i>3-24-38</i>		

### Back - Figure 1-A

# Single Fingerprint File Card

TYPE	CCRE	
W	A3	F
		0
		17
		25
		18

1.—Right Thumb
15204 

SINGLE FINGERPRINT SECTION  
Federal Bureau of Investigation  
SFP-6

m

Figure 2  
Reticule

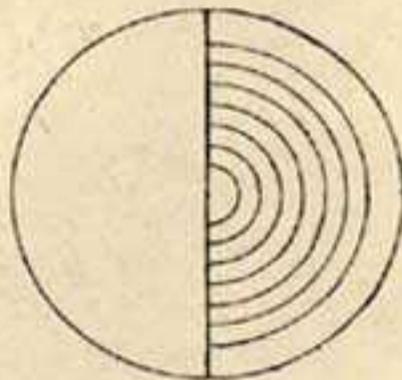


Figure 3

*El centro especial.*



Figure 4

El centro especial usado en el archivo monodactilar del Bureau se localiza *sobre* la parte central de la cresta curva más interna en vez de *encima*, sin hacer contacto con ella, como en el sistema de Battley. Este control especial se utiliza en todos los dactilogramas en los cuales interviene el punto fijo. En la cuenta de crestas en las presillas, verticilos, presillas con bolsa central y presillas dobles, este punto es el centro desde el cual se cuentan las crestas en todos los casos y constituye

por sí sola una de dichas cuentas. Se notará que esta práctica es una variante tanto del sistema Henry como del Battley. Conforme al sistema del Bureau en la presilla de la figura 4 se cuentan 11 crestas.

### Arcos.

Los arcos se dividen en tres grupos:

#### *Arcos puros.*

1-A. Aquellos en los cuales ondean a través del dibujo las crestas papilares sin delta, sin crestas curvas, sin formación rara o sin formación en tienda (*figura 5*).

#### *Arcos excepcionales.*

2-A. Aquellos dibujos que tienen una formación rara y todos aquellos en los cuales se duda de manera incuestionable, si son arcos puros o excepcionales (*figura 6*).



**Figure 5**



**Figure 6**

B. Aquellos tipos de arco que carecen de las características esenciales de la presilla (delta, centro, crestas contables, y por último de una cresta curva cuyas ramas tengan 3 m.m. de longitud).

(1) Este grupo se subdivide posteriormente con arreglo a la confluencia derecha o izquierda de las crestas (*figuras 7 y 8*).



**Figure 7**



**Figure 8**

### 3. Arcos en tienda (*figura 9*).

Estos incluyen todos los tipos de arco que tienen una elevación central que está envuelta por crestas ondeantes de uno a otro lado del dibujo. Un arco que es a la vez excepcional y en tienda, se clasifica como arco en tienda.

#### *Arcos en tienda.*

Los arcos en tienda se subdividen de acuerdo con el sistema de Battley.

La primera cresta situada debajo del punto del centro que cruza y contribuye a formar la perpendicular al eje de la elevación y que forma una base del dibujo, se llama cresta basilar. El círculo de lectura de un arco en tienda se determina midiendo la distancia del punto del centro al punto de intersección del eje y la cresta basilar.

#### *Presillas.*

Conforme al sistema Battley la cuenta de crestas entre el delta y el centro en una presilla, se anotan primero que el tipo de centro en el orden de archivo. Conforme al sistema del Bureau el tipo de centro se coloca antes que la cuenta de crestas. De manera que la serie de archivo es como sigue:

- 1) Tipo de centro;
- 2) Cuenta de crestas;
- 3) Círculo de lectura del delta.

*Centros.*—El tipo de presilla se divide en 12 tipos de centros en vez de 11 como en el sistema Battley designados con las letras a, b, c, d, e, f, g, h, j, k, l, m.

El centro se determina colocando el punto central de la retícula en el centro de la parte superior de la cresta curva más interna, como previamente se describió, y considerando que el área de la impresión cae dentro del círculo "A". Una excepción se hace con los tipos "J" y "K" en los cuales entra en consideración un área mayor.

El grupo adicional de centro no incluido en el sistema Battley es el "M" (*figura 10*). El grupo "M" de centro lo forma un asa, con una o más adherencias a cada lado, los bordes de las cuales tocan o cruzan el círculo "A" de la retícula. Conforme al sistema Battley se produce una confusión al determinar si en una presilla, un asa a la cual dos crestas están adheridas sería clasificada dentro de los subgrupos b), d), o e).



Figure 9



Figure 10

Antes de existir el grupo "M" era frecuentemente necesario buscar una presilla, cuyo centro consistía de un asa y dos crestas adheridas cerca al centro de ella, en tres grupos. Conforme a esta extensión es muy pocas veces necesario efectuar tales buscas, y la mayoría de ellas que lo requieren, únicamente se extiende a los grupos "M" y "B".

Las siguientes son las definiciones que interpretan los términos usados en el sistema Battley para describir los varios centros de las presillas:

1—*Staple* (asa). *Staple* es la cresta curva más interna cuyas dos ramas son lo suficientemente largas para tocar o cruzar el círculo "A" de la retícula.

2—*Rod* (cresta). Puede que esté formada de dos maneras:

a) Una cresta abrupta aproximadamente recta, dentro de un asa (*Staple*), por lo menos a la altura de la parte curva y de suficiente longitud para tocar o cruzar el círculo "A";

b) Una cresta abrupta aproximadamente recta, dentro de un asa (*Staple*), tocando el punto de centro y de suficiente longitud para tocar el círculo "A".

3—*Island* (ojal). Está situado dentro de un asa y dentro del círculo "A".

4—*Short Ridge* (fragmento). Es cualquier cresta encerrada dentro de un asa, dentro del círculo sin que lo toque ni lo cruce. Un fragmento puede adherirse o mostrar decidida tendencia a adherirse a una cresta, afectando casi la figura de un ojal, y se tendrán como tales aquellos que presenten suficiente semejanza.

5—*Downward Biturcation* (bifurcación descendente). Es una cresta dentro de un asa bifurcada en dirección descendente cuyos extremos tocan o cruzan el círculo "A".

6—*Attachements* (adherencias). Aquellas variedades morfológicas adheridas a un asa o de una tendencia decidida a adherirse.

7—*Ending-ridge* (abrupta). Es una cresta que cruza el círculo "A" pero que no reúne las condiciones necesarias para ser un *rod* (cresta) o un *Attachement* (adherencia).

### *Verticilos.*

El sistema Battley incluye las presillas con bolsa central en el subgrupo de los verticilos. Este ha sido modificado en el archivo del Bureau, y las presillas con Bolsa Central se tienen como clasificación principal.

*Centro.*—El centro especial en los verticilos se localiza como en los demás tipos, en el centro de la parte superior de la cresta curva más interna. El sistema del Bureau se aparta del Battley en que las crestas se cuentan desde cualquiera de los deltas, según el caso, al punto del centro especial descrito arriba, en vez de contar en algunos casos de los deltas a la parte curva más baja de la cresta sobre la cual el centro se forma. Este cambio ha sido efectuado en interés a la uniformidad ya que las excepciones de Battley no se encuentran suficientes para influir en la distribución de impresiones en estas subdivisiones. Como describió Battley, los verticilos se subdividen primero atendiendo al círculo de lectura de la primera cresta curva situada debajo del centro. De estas subdivisiones la primera o subdivisión "A", se divide dentro de sí misma en cinco grupos dependientes de ciertas características y formaciones. En forma similar la subdivisión "B" se divide en el Bureau.

## *Presillas con Bolsa Central.*

En la sección del archivo monodactilar este tipo se define como aquel en el cual por lo menos una de las crestas es del tipo presilla y en el que las crestas inmediatas al centro se desvía en su curso de la dirección general de las otras crestas como para formar un delta que aparece dentro de la presilla y cruza en ángulos rectos una línea imaginaria que se traza de este delta interior al centro. Las presillas con bolsa central (*figura 11*) se distinguen de los verticilos en que cualquiera de las crestas constitutivas o no del delta del dibujo se recurva alrededor del centro del tipo verticilo y aparece dentro de ella el otro delta (Véase la cresta marcada "A" de la figura 11), y si hay 7 o más crestas entre el delta interior y el centro especial, el dactilograma es Presilla con Bolsa Central. En las Presillas con Bolsa Central el Centro Especial se localiza en la misma forma que en los verticilos. Después de que un dactilograma ha sido clasificado como Presilla con Bolsa Central las subdivisiones se efectúan en la misma forma que en los verticilos.



**Figure 11**

### *Presillas dobles.*

La presilla doble se usa en el Bureau para reemplazar los "tipos" que Battley denominó "presillas gemelas" y "presillas con bolsa lateral". Se ha encontrado que la presilla doble es una clasificación más difícil para tales tipos, y se usa en el Bureau para evitar la necesidad de determinar las crestas de los centros, para diferenciar la presilla gemela de la presilla con bolsa lateral.

El grupo de las presillas dobles incluye, pues, la presilla con bolsa lateral y la presilla gemela. Está compuesta de dos presillas separadas cada una de las cuales debe tener una cresta curva cuyas ramas midan 3 m.m. o más de longitud. Las presillas deben ser independientes la una de la otra, y por consiguiente, se excluye el tipo de centro en "S", o sea las presillas entrelazadas.

Ocasionalmente se encontrarán dactilogramas del tipo presilla doble en los cuales una de las presillas es tan externa que únicamente aparece cuando el dedo se rueda completamente. Desde luego, tales dactilogramas, cuando se encuentran como huellas en las que sólo aparece una de las presillas, se buscarán únicamente como radiales o cubitales, según

el caso. Por esta razón se ha establecido la regla de que cuando se clasifica para archivar una presilla doble, la presilla más externa se tendrá en cuenta mientras esté situada dentro del círculo "E", colocando para este fin, el punto central de la retícula sobre el centro de la otra presilla; de otro modo, el dactilograma se clasificará y archivará como una presilla sencilla ignorando la existencia de la otra.

Las presillas dobles se subdividen en la misma forma establecida por Battley para las presillas gemelas y las presillas con bolsa lateral. La presilla descendente se determina y registra en la misma forma como está la inclinación de las presillas. La expresión *presilla descendente*, como se usa en este título, se refiere a la presilla cuya asa se abre hacia arriba del centro. La inclinación se fija con referencia a una línea horizontal entre los deltas. En casos dudosos, esto es, cuando la inclinación se aproxima a la vertical u horizontal, la presilla más baja se interpretará como descendente y la inclinación se fijará de acuerdo con su delta. Por ejemplo: si sobre la izquierda, la presilla es de inclinación derecha y el delta está a la derecha, la presilla será de inclinación izquierda.

Una adición al sistema de Battley es la siguiente: después del símbolo ilustrativo de la presilla descendente se colocan las letras "L" (left, izquierdo) o "R" (right, derecho), según que la presilla descienda por el lado izquierdo o derecho del dactilograma.

#### *Compuestos.*

Este tipo de dactilograma no lo define Battley, de sus ilustraciones, sin embargo, se deduce que incluye todo dactilograma que conste de dos o más distintos tipos de dibujos, tales como una presilla sobre un arco en tienda, etc. Conforme al sistema Henry, tales dibujos se incluyen como accidentales. Los compuestos son muy escasos y no creemos necesaria la subdivisión.

#### *Accidentales.*

El accidental, como lo define Sir E. R. Henry, incluye el compuesto señalado arriba. Conforme al sistema Battley el accidental está limitado a aquellos dibujos que ocasionalmente aparecen en una impresión que no pueden clasificarse conforme a alguna de las reglas dadas y que no puede incluirse dentro de alguno de los grupos nombrados arriba. Son también muy escasos y, en consecuencia, los accidentales se archivan en el Bureau junto con los compuestos.

#### *Impresiones con cicatrices.*

Para clasificar una impresión como "defectuosa" (Scarred), el dibujo debe mostrar una cicatriz de carácter permanente. Debe ella aparecer dentro del círculo "E" de la retícula de Battley y debe destruir un punto principal o tener por lo menos 3 m.m. de longitud. Las cicatrices diminutas se ignorarán y únicamente se tendrán en cuenta aquellas que demuestren una distorsión definida de las crestas.

# DETECTIVES Y LADRONES en la LITERATURA

POR  
HERNANDO



TELLEZ ★

Un grande escritor francés, el señor Denis de Rougemont, publicó hace algún tiempo en el suplemento literario de *La Nación* de Buenos Aires, un largo ensayo crítico sobre las novelas policíacas. El señor de Rougemont, con su maestría acostumbrada, hizo la historia del género desde sus más remotos e ilustres orígenes, hasta dar con Grecia y Roma. La tesis central del ensayista mencionado parece ser ésta, en breves líneas: la literatura policíaca, la novela de esta índole, requiere un orden lógico, estricto, en cierta forma, clásico, para dar de sí todos sus frutos. Es indispensable, además, en el autor, una inteligencia clara, lo suficientemente clara y audaz, como para enredar hasta el infinito, la anécdota, el argumento, y tornarlo a desenvolver como en un juego de prestimano, al final del libro, del cuento o del relato.

Las bases que fija Denis de Rougemont para la literatura policíaca son, sin duda, las mejores y las que, en rigor, deberían preferir los cultivadores de ese difícil género de la ficción novelesca. El orden lógico señalado por el crítico, puede, empero, alterarse, sin detrimento notable del interés y del valor intrínseco de la obra. Hay ejemplos admirables de cierto desorden especial, preconcebido, en la exposición del tema. Es otro orden, se dirá, un orden ilógico, pero, al fin y al cabo, un esquema de ordenación para los episodios. Y así es en efecto, porque la novela policíaca tiene, como una de sus características más definidas, la de su limitación forzosa, ineludible a una circunstancia imperiosa: la aclaración del misterio, es decir, del crimen, del rapto, del robo, de la violación a la ley.

Una novela policíaca en la cual el misterio se quede en la bruma, y, por consiguiente, burlada la autoridad, sin castigo el culpable, destruido y sin reconstrucción posible el orden moral de la sociedad, puede ser, al fin de cuentas, una obra maestra, intrigante y sugesti-



انفـينـه

va como pocas, pero fallará por el desenlace, porque el desenlace de estas creaciones viene impuesto implacablemente por la tradición y es, a saber: victoria total de los investigadores, de los personeros de ley sobre quienes la infringen.

Es este un convencionalismo que la vida no respeta, pero que el artificio, el compromiso, el "truco", bueno o malo, que hay en toda creación del orden literario ha determinado perentoriamente para la novela policiaca, con especial fuerza. Por otra parte, está el fuero de los lectores, que resulta sagrado, en tratándose de este caso literario, mejor que en otro alguno. Las novelas de diferente especie presentan un campo ilimitado de posibilidades para el autor y, desde luego, para el lector dispuesto, a las buenas, a que el argumento ofrezca, en su desarrollo, las más extrañas y arbitrarias alternativas y el más inesperado corte final. Ese lector halla dispuesto, de excelente grado, a que no concluyan como él quisiera, y a que, en rigor, no terminen; a que la justicia y el amor salgan derrotados y heridos; a que la muerte arrebate las más puras y mejores vidas creadas por el genio del autor; a que las leyes se infrinjan sistemáticamente y el triunfo, también sistemáticamente, sea de los peores, de los pérfidos, de los villanos. Está dispuesto a que la última palabra del libro no clausure el episodio, sino que, por el contrario, lo deje intacto, sin resolver, en todo su complicado o doloroso misterio.

Con las novelas policiacas es más riguroso, más exigente, más perentorio y categórico. Pide, desde la entrada un "buen crimen", un diabólico asesinato, un robo "con todas las de la ley", un rapto sin huellas, sin señales, sin pisadas delatadoras, sin ruidos, sin espías ni traidores. En una palabra, un misterio absoluto, cerrado, espeso, completo y perfecto. Y luego, que se fastidien los detectives, y los guardias y los jueces y la sociedad entera. Más tarde, en el último capítulo, exigirá, con idéntico rigor, los puntos sobre las íes, uno por uno: que el criminal, el ladrón, el

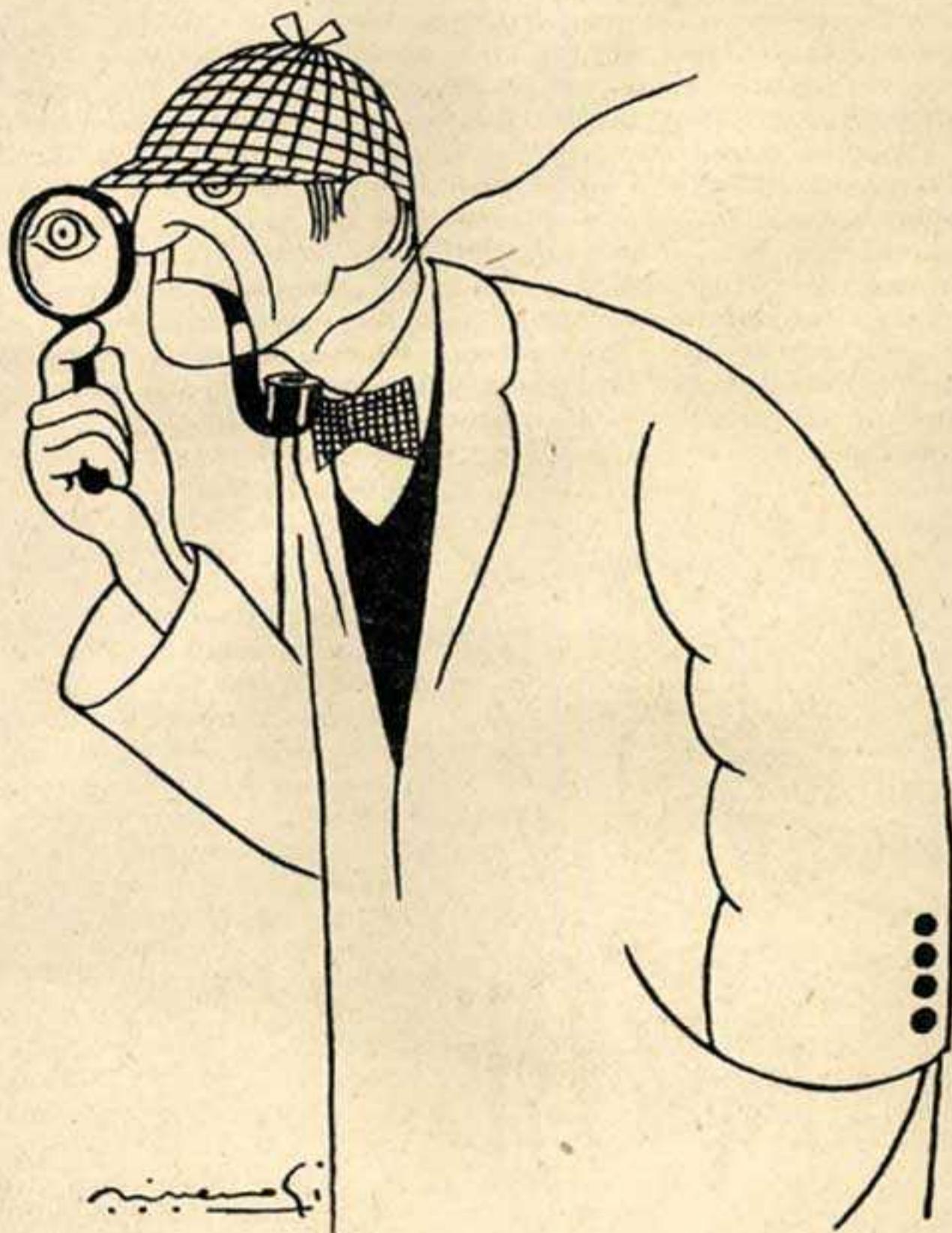
raptor, y mejor, desde luego, acompañado de su "banda", caiga en las redes de la justicia y el misterio inicial, tremendo e inextricable, quede expuesto en su simple mecanismo, como un juguete de niños.

Estas condiciones perentorias de la literatura policiaca le dan a las novelas de tal índole, una espléndida monotonía interior que gran número de lectores no perciben gracias a la variada estrategia en la composición en los detalles, a la riqueza imaginativa de los autores para crear la complicación del enredo. El lector inveterado de estas novelas no supone jamás que el libro que toma en sus manos va a ser una excepción al género y que por lo mismo, dejará en ridículo a la justicia, apuntándole, en cambio, un soberbio éxito a los criminales o ladrones. Ese lector reposa tran-



quilo en la confianza de que sus angustias e inquietudes a lo largo de las tres cuartas partes de la obra, se verán satisfechas y recompensadas por lo menos en la última cuarta parte. Y, por lo tanto, toma el libro con secreta alegría, lo "devora" apasionadamente, seguro de que las cosas terminarán por aclararse de manera completa y en consonancia con la común y más adecuada concepción de la moral social.

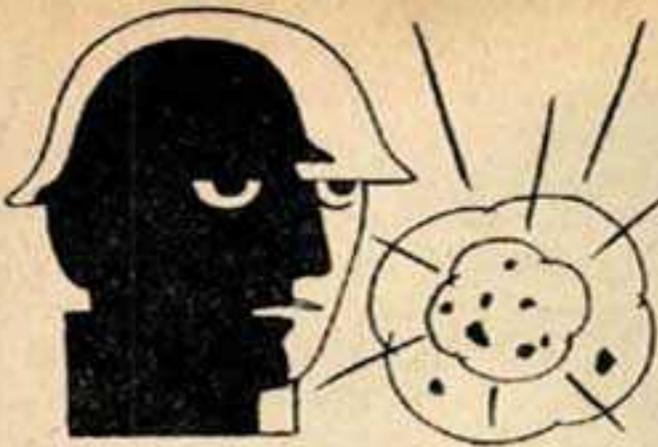
Hay, pues, una convención tradicional en la literatura policiaca, que nace de la ley misma que rige para la convivencia humana en las sociedades civilizadas. Esa ley es la de que la vida humana y la propiedad ajena son eminentemente respetables y que, para hacerlas respetar, se han constituido los gobiernos, con sus jueces, sus detectives, sus guardias, sus cárceles. ¿Ese convenio, ese "compromiso" le resta calidad artística a la literatura policiaca? En buena parte, sí, porque, como decíamos antes, hace del género un monumental alarde de monotonía interior. Se



salva estéticamente otra parte, porque la destreza en la composición, la apelación constante a la inteligencia que requieren las buenas novelas policíacas, la sutileza en los detalles, el ritmo del interés, el enlace de las circunstancias, el perfil psicológico de los personajes, son otras tantas condiciones artísticas, que no pueden lograrse a cabalidad sin una gran lucidez mental y sin una buena dosis de sentido estético para la armonía en la composición. El cinematógrafo es, por este aspecto, un excelente "test", como si dijéramos, una prueba radiográfica de la calidad artística de las novelas policíacas. Esa consecuencia en el interés dramático, ese contrapunto constante entre lo patético y lo humorístico, de que son excelentes muestras tantas y tantas películas de "detectives y ladrones", no se consigue, en el libro, sino mediante una dotación artística de la sensibilidad y de la inteligencia.

Por otra parte, la creación del personaje central —la víctima, el criminal o el detective— ha tenido culminaciones de primer orden en la historia de la literatura policíaca. Rocambole y Arsenio Lupin, Sherlock Holmes y Raffles, Philo Vance y Nick Carter, para no citar sino los más famosos y tradicionales, los "clásicos" del elenco, han sido creados con materia literaria durable, incorruptible. Varias generaciones de lectores grandes y pequeños, de niños y de viejos, se han extasiado en el relato de las aventuras de éstos y otros personajes cuya vida ficticia ha entrado a formar parte del inmenso tesoro popular de la literatura. Vida ficticia, hemos dicho. Vano decir, porque la vida de cualquiera de los personajes mencionados se ofrece a la imaginación y al sentimiento de los lectores, con una fuerza, con un vigor psicológico y vital tan poderosos, que, ciertamente, se desvanece, por momentos, la línea que separa la ficción de la realidad. Preguntad, por ejemplo, a un niño, si cree en la existencia "real" de Sherlock Holmes. No vacilará un segundo en responder afirmativamente. Y el testimonio infantil será siempre el mejor de todos, el más puro y exacto sobre la belleza del mundo y de las creaciones de los hombres.





# La POLICIA

## EN LA GUERRA

por MARTIN VAZ.

LOS "ACTIVISTAS" ENEMIGOS — EL CONTROL  
DE EXTRANJEROS — LOS CONFIDENTES  
A SUELDO

La retaguardia civil exige en la época que corremos tanta o más atención que el frente de batalla, puesto que los planes militares de estrategia en su mayoría se desarrollan conforme a noticias o datos suministrados por personas dedicadas exprofeso a la adquisición de informaciones, para obtener las cuales apelan ingeniosamente a las artes más apropiadas sin reparar en modos ni medios.

Los espías unas veces trabajan aisladamente y otras en combinación para que su radio de acción sea más amplio, y en todos los casos es la policía quien ha de establecer sus métodos para dar al traste con lo que se haya fraguado en contra de la seguridad, régimen e intereses del Estado.

Para que las altas autoridades resuelvan siempre con el mayor acierto, es de gran conveniencia que, durante el tiempo de emergencia, el Ministro de Gobierno esté rodeado de un número proporcional de funcionarios policivos expertos, hábiles y sagaces, cuyo jefe irá comunicándole sin demora alguna, cuantos antecedentes, hechos o noticias tengan algún valor positivo o sean de interés.

La autoridad gubernativa estará en relación directa y constante con la militar para que cada cual acuerde lo más procedente, tanto en el aspecto de carácter general, como en las incidencias que surjan dentro de su respectiva jurisdicción.

Factor importantísimo es la adopción de medidas preventivas que la Dirección General de la Policía hará cumplir a rajatabla en los países afectados por acontecimientos bélicos.

Es de recomendar, como de ventaja enorme, para no estar desprevenido, y a fin de que los focos queden cortados incontinenti, la confección de un fichero que comprenda a todos los conocidos por sus ideas subversivas y a aquellos otros que estén conceptuados de sospechosos, bien sean nacionales o ya extranjeros, pero separadamente los unos de los otros, y con su historial lo más completo posible, no sin que antes se haya hecho una comprobación exacta de sus antecedentes.

Lo primero que hay que hacer es aislar socialmente a todos aquellos elementos conocidos de antemano como activistas de ideología con-

traría a la justa causa que la nación trata de defender con las armas en la mano, siempre que se presuma fundadamente que si están en libertad han de producir serios trastornos, incluso peligro para la seguridad del país.

Los que hayan demostrado mera simpatía por la causa ajena, se someterán a vigilancia discreta pero exquisita, para estar, en todo momento al tanto de sus andanzas, y cuando los hechos evidencien que han rebasado los límites de las órdenes en vigor, como los del caso anterior, serán igualmente trasladados a sitio seguro.

El servicio de contraespionaje merece especial atención a priori por su excepcional trascendencia; a primera vista parece que no ofrece un alto interés, pero considerando sus catastróficas repercusiones si no se ataja fulminantemente, puede ser la causa de verdadero desastre, porque, merced a él, el enemigo consigue poseer conocimientos tan valiosos y decisivos para la victoria, que no habrá medio posible de contrarrestarlos a posteriori.

Los que tienen a su cargo el servicio de espionaje suelen ser de aptitudes extraordinarias, porque no es una labor sencilla; además, acostumbran a manifestarse ante los demás como defensores acérrimos de la causa motivo de la belicidad, exclamando las más acres censuras y los más duros epítetos contra los que, disimuladamente, llaman enemigos.

El descubrimiento de los espías y sus trabajos lleva consigo una tarea ardua, pesada y, a veces, difícil de conseguir por falta de medios apropiados; de aquí que el policía ha de multiplicar sus esfuerzos y aguzar sus facultades apelando a todos los recursos imaginables.

Los establecimientos públicos se frecuentarán con asiduidad y se prestará especial atención e inadvertidamente a los concurrentes, a ser posible, entablándose conversación con ellos, y cuando observen que no son de absoluta lealtad no los perderá de vista hasta el logro de su perfecta personalidad.

Se girarán inopinadamente visitas de inspección a las asociaciones, círculos de recreo y demás centros de reunión, no consintiéndose en modo alguno que se discuta o hagan comentarios desfavorables a la causa de la guerra ni al curso de la misma.

La celebración de reuniones quedará en suspenso y sólo se autorizarán las que tengan por objeto tratar asuntos normales e inaplazables de régimen interior, a cuyo efecto deberá soli-



citarse previamente la oportuna autorización, haciéndose constar en el escrito de petición, el día, la hora, el local, oradores que han de tomar parte en el acto y tema a discutir. Concedida que haya sido esta petición, asistirá un funcionario de la policía, el cual ocupará asiento fuera de la presidencia, sin tomar parte en la discusión, prohibiendo tajantemente que se hable de asuntos no relacionados con el tema, pues, de ocurrir así, será suspendida inmediatamente y sus contraventores detenidos.

Se intensificará el servicio en ferrocarriles, automóviles de todas clases, fronteras y puertos, investigando muy concienzudamente sobre quienes den la apariencia de que el alejamiento de su residencia habitual, obedece a propósitos que pudieran ser perturbadores.

Se comunicará, por el procedimiento más o menos rápido, según las circunstancias, la entrada de todo extranjero, que no será dejado de manos de la policía hasta que ésta haya hecho una investigación clara sobre su persona, porque la experiencia ha demostrado en ocasiones que la demora en investigar apareja contrariedades irremediabiles.

Como los conocidos vulgarmente con el nombre de quintacolumnistas apelan a toda clase de recursos para deprimir la moral de la población, serán detenidos quienes sean sorprendidos captando la voluntad de otros, mediante razonamientos inventados a su manera, bien empleando argumentos falaces o ya valiéndose de otro artificio cualquiera.

Con los artistas procedentes del exterior hay que estar ojo avizor tan pronto como ponen sus plantas en territorio nacional, porque con el pretexto de su exhibición suelen traer el encargo de recoger cuanto estimen imprescindible para el mejor éxito del enemigo, principalmente las mujeres, que para llegar a la meta de sus aspiraciones no reparan en otorgar lo que se les pida, llegando hasta la concomitancia carnal; éstas buscan con más interés a los militares, porque, como es natural, son quienes pudieran suministrar mejores noticias.

Las confidencias hay que echarlas al olvido; son un auxiliar muy poderoso como fuente de información, pudiendo clasificarse los confiden-



tes de tres modos, a saber: confidentes amantes de su patria, que, por dicha razón, espontánea y desinteresadamente, revelan lo que saben; confidentes a sueldo, que aunque trabajan en pro del Poder Central, no hay que confiarse mucho, pues, se han dado casos de que su labor ha sido simultánea para las dos partes beligerantes, y confidentes que hacen revelaciones por móviles de venganza, a los que hay que catalogar como no leales, pues, permanecen silenciosos hasta que han sido agraviados.

A los dueños de hoteles, pensiones y demás establecimientos dedicados al ejercicio de la industria de hospedería se les obligará a dar cuenta, dentro de las primeras seis horas de la ocurrencia, del movimiento de viajeros habido en el respectivo establecimiento; esto no obsta para que se comunique, a la mayor brevedad, la llegada o salida de cualquier viajero que haya resultado fundadamente sospechoso.

La misma obligación se exigirá a los dueños de casas particulares que admitan en su domicilio a personas ajenas a la familia; es notorio que el espía para su mejor desenvolvimiento y eludir responsabilidades, siempre elige como aposento el lugar en que mejor pueda pasar desapercibido.

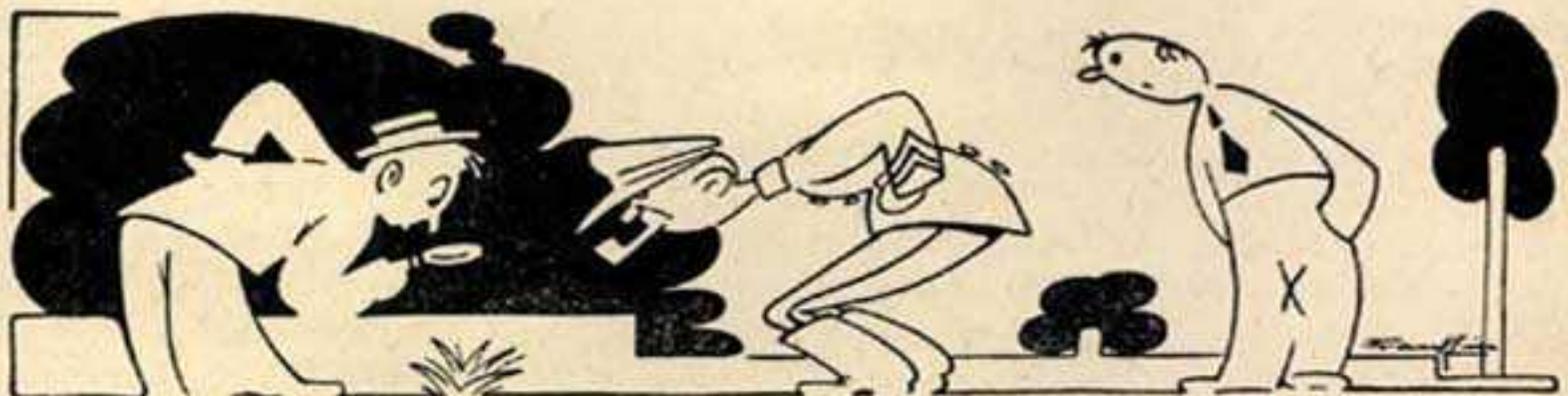
La tenencia y útiles de aparatos fotográficos serán prohibidos en absoluto, a no ser que sus propietarios tengan autorización de la Dirección General de Policía, y aun así, cuantas veces deseen obtener fotografías, han de recabar permiso por escrito, indicando también qué fotografías pretenden obtener.

Los aparatos de radio serán recogidos, previo recibo, y depositados en donde disponga la Dirección General, que será quien ordena su devolución cuando crea que han cesado los motivos que indujeron a la recogida.

Se desplegará el máximo celo e interés sobre la búsqueda de radio-emisoras clandestinas que son el arma más temible y decisiva entre todas las existentes.

Por último, las embajadas, legaciones y consulados que asuman la representación oficial de los países beligerantes estarán supeditadas a vigilancia secreta ininterrumpida, destacándose el detective en sitio donde con más facilidad pueda observar. Se cerciorará firmemente de quiénes frecuentan dichos centros, los que hará saber a la Dirección General, haciendo, principalmente, hincapié en los asiduos.

Por lo expuesto, en líneas generales, se confirma incuestionablemente que al declararse un acontecimiento bélico, la policía es el puntal más eficaz con que cuenta el Estado, pues sin su actuación no podría enjuiciar ni proveer; es tan necesaria que muy bien puede denominarse: "La avanzadilla de la Retaguardia."



# EL MUNDO DE AYER

POR ALEJANDRO VALLEJO

Cuando Stefan Zweig murió algunos críticos colombianos dijeron de él que era poco menos que un idiota. Idiota el hombre que alcanzó la más vasta celebridad mundial como escritor. El catálogo de las ediciones de sus libros publicado por la Editorial Isla, comprende todo un volumen en donde no falta ningún idioma, "ni el búlgaro, ni el finés, ni el portugués, ni el armenio, ni el chino, ni el pracrito." Y no que fuera una popularidad entre horteras y señoritas cursis como ocurre con otros autores de mucha boga, sino que sus libros llegaron a lo mejor del pueblo en todos los países, y al mismo tiempo fue autor altamente apreciado por los mejores espíritus europeos.

Idiota el hombre sobre el cual escribieron páginas del mayor encomio Máximo Gorki y Romand Roland, que fue durante largos años amigo de la intimidad de Paúl Valery, André Gide y de Freud. A quien amaba Bilke como a un hermano a quien se ama, y a quien Walther Rathenau consideraba un maestro, y a quien Mussolini le hizo el homenaje de dar libertad a un preso político por petición suya y como homenaje al genio del escritor.

Este idiota, pues, escribió uno de los libros más hermosos, más sinceros, fuertes y al mismo tiempo conmovedores de estos años: *El Mundo de Ayer* que es su autobiografía, pero en donde más que de su propia vida se trata de Europa en este siglo.

El libro comienza por llevarnos a un mundo que hoy nos parece el mundo de los sueños más dulces. Stefan Zweig, el hombre torturado y perseguido de los últimos años, cuyo dolor lo llevó al suicidio, fue el hombre feliz de la juventud, de los primeros años del siglo. Su destino parece de manera impresionante el destino de Europa.

Hasta para nosotros, hombres de América, que hoy vivimos en medio de cierta relativa seguridad, y en donde muchos seres pueden ser felices, resulta casi inconcebible que hubiera podido existir un mundo en donde pudiera ser posible, por ejemplo, la existencia tal como se llevaba en Viena en 1900. Una de las más hermosas ciudades de la tierra; una vida plena de seguridad, en donde nadie era perseguido, llena de confort y de alegría. En donde las únicas preocupaciones parecían ser las que proporcionan el arte, la belleza y el amor. Aquel imperio de Austria-Hungría era un estado sólidamente construido, o por lo menos tal parecía. Había una gran riqueza que alcanzaba a todos. Los palacios eran deslumbrantes, llenos de lujo, pero el bienestar llegaba hasta los más modestos talleres. Los menestrales trabajaban cantando, las modistillas se vestían como las actrices más célebres. Los mercados estaban llenos de todos los más variados, de los más jugosos y de los más perfumados productos de la tierra. Los mendigos charlaban todo el día a la puerta de

los palacios, recibiendo un sol bienhechor o en el invierno el calor de los braceros de la calle. A nadie le faltaba un vaso de vino, una buena cena y un lecho caliente para todos los días, y hasta los más desvalidos tenían el espectáculo de aquella ciudad llena de canciones, de música, de mujeres hermosas, rodeada de bosques perfumados y arrullada por el Danubio.

La vida cultural había alcanzado la mayor intensidad y la mayor extensión. Cualquier vagabundo distinguía al oírla, si una música era de Beethoven, de Wagner, de Bach, de Brahms o de Strauss. Los teatros de Viena veían todas las noches repletas sus salas de una multitud inteligente, fervorosa. El principal teatro, el *Burg Theater* representaba para el vienés, para el austriaco algo más que un mero escenario donde los actores representaban obras dramáticas. Era el espejo en que la sociedad se contemplaba a sí misma. "El espectador aprendía allí cómo había de vestirse, cómo entrar a una habitación, cómo debía conversar."

En tal ambiente era posible que se produjeran milagros como el de Hofmannsthal que a los diez y seis años escribía versos que al ser leídos, sin conocer el autor, los más autorizados críticos afirmaban que tal poesía sólo habría podido ser producida por un genio igual a Goethe.

"Se vivía bien, se vivía fácil y despreocupadamente en aquella vieja Viena, y los alemanes desde el Norte miraban con gesto un tanto despectivo e indignado a sus vecinos del Danubio, que en vez de ser *eficaces* y de mantener un orden estricto, vivían gozosos, comían bien, disfrutaban de fiestas y teatros. . . . En lugar de la *solidez* germana que terminó por amargar y destruir la existencia de todos los demás pueblos, en lugar de esa ávida pretensión de superar a todos y de progresar a la carrera, en Viena estimábase la conversación agradable, gustábase de la tertulia gentil y se dejaba vivir a todo el mundo, sin un asomo de envidia. . . . *Vivir y dejar vivir* era el famoso principio vienés."

Por su parte, París era la creación más perfecta de la vida, lo que no se repetirá quizás en muchos siglos. Todos los que hayan vivido algún tiempo en París pueden juzgar lo que el mundo ha perdido en el cambio por la dominación nazi, lo que haber vivido en aquella ciudad significa; ciudad, como dice Zweig, "que tenía el dón de dar la felicidad a todo el que se le acercaba." Las páginas que dedica Zweig a París están entre las más hermosas que acerca de esa ciudad se han escrito y especialmente sobre su manera de vivir.

Es una de las páginas de evocación de la dicha más encantadoras, más jugosas, pero que al mismo tiempo producen una mayor amargura; como un paralítico recluso en un cuarto de hospital, que mira por una ventana abierta sobre un prado en un hermoso día de sol el espectáculo de unos seres que en plena juventud, se entregan a un juego divertido que requiere destreza, fuerza y salud.

Una ciudad que era de todo el mundo, en donde todos los hombres que llegaban de todos los confines de la tierra podían encontrar su hogar: "todos se sentían junto al Sena como en su propia casa. . . . Se podía pensar, reír, hablar, maldecir a gusto, cada uno vivía a su placer, en compañía o solo, pródigo o económico, con lujo o como un bohemio. . . . Estaban previstas todas las contingencias. Allí estaban los restaurantes sublimes con todos sus encantos culinarios, los vinos de doscientos o trescientos francos. . . . pero se comía y se bebía asimismo magníficamente en el local de cualquier *marchand de vin* a la vuelta de la próxima esquina."

En las hosterías del barrio latino se comía deliciosamente por unos pocos cobres. Todo el mundo se vestía como le placía. Se bailaba en las

calles a cualquier hora. Las muchachas más bonitas no tenían inconveniente en ir del brazo de un negro o de un chino. "Quién se preocupaba en París de espantajos, dice Zweig, tales como la raza, la clase o el origen, que sólo más tarde fueron inflados."

Pero de pronto todo eso se rompió, se hizo polvo y vinieron los días negros de la guerra. Y entonces resulta éste uno de los alegatos más impresionantes contra la guerra por la sola presentación del contraste entre la manera de vivir de Europa en las dos épocas.

Hoy es muy difícil que un libro de literatura nos convenza y ni siquiera que nos conmueva. El mundo ha sufrido demasiado para que la ficción, el adorno y las frases de fábula puedan llegar a nuestros corazones. Sin embargo, este libro de un literato puro nos apasiona, por su profunda sinceridad; porque es un libro escrito por quien no tiene nada que buscar en la vida para sí, que no persigue el éxito ni el aplauso, ni el dinero, porque todo eso le ha llegado caudalosamente, y que se limita a contar lo que ha visto en la vida con la más ardiente fe en los valores espirituales y en los pueblos a los que ha visto sufrir en forma inenarrable.

*El Mundo de Ayer* es por eso un libro de guerra. Pinta al hombre perseguido. Los últimos años hicieron de Zweig una de las innumerables víctimas de esta guerra. Su sufrimiento es el sufrimiento de toda Europa. A Zweig no le tocó estar recluído en los campos de concentración como a millones de prisioneros, ni tuvo que ir al frente, ni su casa fue bombardeada, ni sufrió hambre. Las grandes sumas que le producían las múltiples ediciones de sus libros le habrían permitido vivir a salvo de las necesidades. Pudo huir a tiempo de la ola de invasiones hitlerianas, y refugiarse primero en Inglaterra y más tarde en América. Si hubiese sido un ser egoísta habría podido vivir muy cómodo y tranquilo gozando de la fama y de la fortuna.

Pero por su exquisita sensibilidad fue uno de los seres más torturados de esta guerra. Cuando todavía vivía en Austria fue de los primeros que se dio cuenta de que las sombras del odio se cernían sobre Europa y en especial sobre su raza. Cuando aún Austria no había sido invadida, se desató la persecución contra los judíos. Primero en forma puramente social. Gentes que habían sido durante largos años sus amigos, que habían fraternizado con él en muchas empresas literarias, comenzaron a sacarle el cuerpo. Nadie quería acercarse a él en público. Aunque luego lo llamaban por teléfono para excusarse de su falta de atención. El partido nazi ya era poderoso en Austria. Y la cobardía de la gente es ilimitada cuando para sostener seres inermes hay que desafiar la ira de los poderosos, o simplemente afrontar un peligro serio aunque sea lejano.

Estando el escritor en Londres, su madre murió en completa soledad; una enfermera que había sido contratada fue la única persona que la atendió en la agonía. Un pariente, un anciano enfermo que también quiso asistir a la moribunda, fue obligado a abandonar la casa por la enfermera, porque ella no podía pasar la noche bajo el mismo techo con ese anciano enfermo siendo un varón judío, ni aun a la cabecera de una agonizante.

Después Austria fue invadida. La borrasca nazi empezó a crecer. Zweig era rico, famoso, era un huésped de honor de los gobiernos americanos. Pero en Europa todo lo que él amaba había sido destruído, pisoteado, profanado. La sombra de la guerra se cernía "sobre cada uno de sus pensamientos, de día y de noche."

El fin de su vida todos lo conocen. Su último acto fue un elocuente testimonio contra la guerra.

# VIGILANCIA DE COREOGRAFICOS Y CANTINAS Y CAMPAÑA CONTRA EL RUIDO

Bogotá necesita más agentes de policía—La limitación de las patentes nocturnas—La infracción de los reglamentos municipales y su sanción

por el Dr. GUSTAVO SAMPER BERNAL

Subsecretario de Gobierno de Bogotá

Entre las distintas cuestiones que afectan la vigilancia en Bogotá merece especial consideración y estudio la relacionada con la capacitación técnica del personal de agentes y oficiales que deben prestar servicios de policía en la ciudad.

Quizá, por tanto, la cuestión primordial no es solamente el tan debatido aumento del personal de agentes en la ciudad, aun cuando sí es preciso reconocer que con 1.500 unidades no se puede aspirar a prestar un servicio medianamente aceptable en una ciudad cada día más extensa y cuyas necesidades de vigilancia son cada día mayores. Pero los ciudadanos tienen derecho a que el personal de la policía de vigilancia estén en posesión de un conjunto elemental de conocimientos de orden legal y reglamentario, sin los cuales su acción resulta deficiente y en muchos casos contraindicada. Esta es la razón por la cual en estas breves notas trataremos de ocuparnos de un tema aparentemente teórico pero en esencia de gran interés práctico para la institución. Se trata del conocimiento que debe tener la Policía Nacional de las disposiciones policivas de régimen urbano de Bogotá, que son tan numerosas como variadas.

Desde estas columnas, en buena hora reorganizadas por la Dirección de la Policía Nacional, trataremos de dar una orientación al personal de agentes y oficiales sobre las principales normas de policía local de Bogotá.

A continuación nos ocuparemos de las disposiciones relacionadas con los salones públicos de baile, los ruidos nocturnos, las cantinas y otros establecimientos similares.

## Los salones de baile:

Se entiende por **coreográficos**, las casas, establecimientos o locales en donde se celebren sesiones de baile público (Acuerdo número 30 de 1932). Estos establecimientos deben estar provistos de una licencia o patente nocturna que se otorga a los empresarios correspondientes y sin la cual no es permitido el funcionamiento de aquéllos. Además, a las bailarinas que prestan sus servicios en los **coreográficos** se les exige por la Alcaldía la presentación de un Carnet de Sanidad Municipal, sin el cual éstas no pueden actuar. Por consiguiente, la función de la policía en este caso concreto se reduce a lo siguiente:

1º Solicitar en todos los establecimientos —a sus empresarios o administradores— el permiso gubernativo para poder funcionar.

2º Exigir a las bailarinas los carnets de sanidad correspondientes.

¿Qué alcance pueden tener para la policía de vigilancia las patentes nocturnas expedidas por la Alcaldía de Bogotá para el funcionamiento de cantinas, salones de baile y coreográficos?

Es indudable, que estos permisos —como todos los que otorga la Administración— están esencialmente limitados por las nociones de tranquilidad, seguridad y orden público; por consiguiente, si la policía de vigilancia encontrare que en uno de estos lugares —a pesar de la licencia nocturna— se estuvieren fomentando escándalos o por el estado de embriaguez de sus asistentes se pudiese temer por la seguridad de alguno de los que allí se encontraren, debe proceder a cerrar el establecimiento, sin que sea necesaria orden previa de ninguna otra autoridad (Decreto-ley número 1775 de 1926).

Y ténganse en cuenta que es preciso entender por establecimientos nocturnos, no sólo los que tengan sus puertas abiertas en la noche, sino aquellos que aun manteniéndolas cerradas alojen dentro de su recinto a cualquier clase de personas.

Además del cierre inmediato a que se debe proceder por la policía de vigilancia en el momento en que escándalos contra la moral o las buenas costumbres amenacen o incomoden a los vecinos, debe procederse a pasar el parte correspondiente al Inspector Municipal para que al día siguiente se proceda por éste a apereibir al dueño o al administrador con el objeto de que cesen los hechos materia de la infracción, y en caso de que éstos se repitan, para que el Inspector ordene la cancelación de la licencia respectiva (Decreto Municipal número 201 de 1930). El Inspector podrá hacerla cancelar por 30 días y ordenar el cierre del establecimiento por el mismo tiempo, y en el caso de que una vez cerrado se diere nuevamente al servicio y de nuevo se repitan las infracciones que dieron lugar a la sanción, será clausurado definitivamente por aquel funcionario (Decreto Municipal número 115 de 1940).

#### **Para presentarse como bailarina se requiere:**

- a) Ser mayor de 18 años;
- b) Tener cédula de identidad;
- c) Estar provista de un carnet de sanidad;
- d) En caso de ser menor de edad presentar la licencia escrita de la persona de quien depende.

La cancelación de las licencias para el cierre de los establecimientos por parte de la policía, está reglamentada en los Decretos de la Alcaldía Municipal números 115 de 1940, 117 y 135 de 1941, y la actuación de la policía al respecto, en el Decreto-ley número 1775 de 1926.

#### **Las sanciones al ruido:**

Relacionado muy de cerca con el punto anterior contemplan las normas del régimen urbano de Bogotá el problema de los ruidos que es uno de los más estudiados y contra lo cual se han presentado mayores críticas por parte de los habitantes de la ciudad.

Sobre el particular están terminantemente prohibidos en el día los anuncios con gritos, pitos, campanas o cualesquiera otros instrumentos de toda clase de mercancías por las calles de Bogotá.

A los conductores de automóviles se les prohíbe el uso dentro del perímetro urbano de las sirenas y pitos que produzcan un ruido estri-

dente de tonalidad aguda y de una intensidad capaz de oírse a más de 40 metros de distancia. Solamente pueden utilizarse dentro de la ciudad, sirenas o pitos eléctricos o de mano que posean un timbre grave y que no tengan una intensidad tan fuerte que se alcance a oír a 40 metros de distancia.

En las horas de la noche está terminantemente prohibido después de las 11 el uso de todo pito o sirena, sea grave o agudo, y para evitar los choques a que podría dar lugar esta prohibición, se ordena a los conductores de vehículos que conduzcan sus máquinas lentamente y que en los cruzamientos de las esquinas la velocidad no deberá exceder de la de una persona en su paso natural, debiendo además, anunciar su presencia por medio de la luz del faro, la que encenderán por espacio de un segundo y por una sola vez, si hubieren de continuar en la misma dirección; por dos veces si hubieren de cruzar hacia la derecha y por tres veces si cruzaren hacia la izquierda.

Igualmente se prohíbe en las horas de la noche el uso de radios, victrolas o cualesquiera otros instrumentos que perturben la tranquilidad de los vecinos. Quienes contravengan las anteriores prohibiciones serán sancionados por el Inspector Municipal respectivo, con las multas establecidas por el Acuerdo número 47 de 1936.

¿Cuál será la manera de actuar la policía de vigilancia en presencia de los reglamentos municipales arriba sintetizados?

La guarda de las disposiciones sobre ruidos diurnos ocasionados con vehículos automotores no corresponde solamente a la policía de circulación sino a todo el personal de vigilancia de Bogotá, de manera que los agentes en cuya presencia se desarrollen infracciones a las normas comentadas deberán detener los vehículos y hacer a los conductores las notificaciones del caso.

En materia de ruidos nocturnos el problema es más delicado y su solución es más importante, advirtiéndose de paso que aquí entra en función un concepto fundamental de la policía de vigilancia: **la tranquilidad de los asociados.**

Consecuencialmente, cuando se presenta un ruido nocturno de las 11 de la noche en adelante ocasionado por cualquier instrumento musical y con el cual se amenace la tranquilidad de los vecinos, la policía de vigilancia está en el deber de hacerlo suprimir, y si los dueños o los usuarios de los instrumentos que ocasionan el ruido se negaren a cumplir las órdenes de la policía, deberá ésta proceder a pasar el parte correspondiente al Inspector respectivo, tanto por la infracción a los reglamentos urbanos como por el desconocimiento de la autoridad.

Es verdaderamente inexplicable que dentro del perímetro urbano, estando en posesión la policía de vigilancia de las armas legales a que nos referimos, soporten todavía los ciudadanos el desagradabilísimo espectáculo de los ruidos diabólicos en horas en que los habitantes de Bogotá tienen derecho a su más absoluta tranquilidad para el descanso.

En presencia de la prohibición a que nos referimos no se puede alegar por los particulares que lo hacen a virtud de la licencia nocturna que los ampara, pues esta licencia no es un permiso para hacer escándalos, ni para perjudicar la tranquilidad de los vecinos, sino para mantener abiertos los establecimientos dentro de las normas legales y reglamentarias correspondientes.

Bogotá, diciembre 17 de 1942.

# La Policía en Guarniciones de Fuera

La Policía Nacional, las Departamentales y las Municipales  
La guardia en las fronteras y en los centros vitales.

por Ernesto Camacho Leiva

Secretario de la Prefectura del ramo

Ha existido por parte del público y aun por los funcionarios de la Institución, una falta de conocimiento adecuado sobre los servicios policivos fuera de la ciudad capital. Para muchos la Policía Nacional está circunscrita a Bogotá y al Departamento de Cundinamarca, siendo apenas el organismo policivo más numeroso y mejor organizado del país. Otros, suponen que Policía Nacional es toda la que presta servicio en los Departamentos. Y los más, ignoran cuáles son precisamente las funciones, ni en dónde están localizadas las Guarniciones de fuera.

El dibujo puede ayudar más que las palabras al conocimiento sobre la ubicación exacta de estas Guarniciones. Todos los Territorios Nacionales, Intendencias y Comisarias gozan del servicio de la Policía Nacional, y éste cubre, en forma exclusiva, tres cuartas partes de las fronteras del país. Por sí solo, este hecho sería suficiente para que sobre la Institución hubiera en el público y en los organismos oficiales un cariño, una estimación, una alabanza y una preocupación constantes. Desafortunadamente ello no es así. En primer lugar —sostengo yo—, por la falta adecuada de ese conocimiento y en segundo término, porque a la policía solamente se la mira para pedirle auxilio en caso de emergencia, o para criticarla por su actuación si ella no ha sido agradable a todos, delicada y aun amanerada de la pura educación, como sugieren algunos.

Nadie, desde luego, defiende la actitud brusca ni descomedida, pero sí debe defenderse, y aceptarse sin remedio, la acción decidida y fuerte, que vulnere, si se quiere, el derecho de los menos en beneficio de la tranquilidad de los más. Este y no otro es el fin de la policía mundial. Prevenir para curar. Contrarrestar el brote, la pequeña transgresión, para evitar el asesinato y el vandalismo.

\* \* \*

Son cerca de dos mil hombres de tropa con sus respectivos Oficiales los esparcidos por los más inhóspitos suelos del país, los que se gobiernan desde la Prefectura del ramo. Con decir que el Amazonas, el Putumayo y el Vichada o Arauca, pero mucho más el Vaupés, son solicitados como guarnición por Oficiales y Agentes, está dicho todo. Estos no son considerados sitios ni climas insupportables para prestar servicio. El Chocó es otra cosa. Si no existiera el régimen militar dentro de esta gran organización civil, la guarnición chocoana estaría desierta. El Archipiélago, la Guajira, Casanare, no son tampoco una arcadia.

Pero la policía dentro de estos territorios apartados a donde escasamente llega el avión de vez en cuando, correo cada mes y telégrafos cada tres o cuatro días, cuando hay línea, no está centralizada en las capitales intendenciales ni comisariales, donde apenas, por razones obvias, está el Comando. Yo me atrevo-

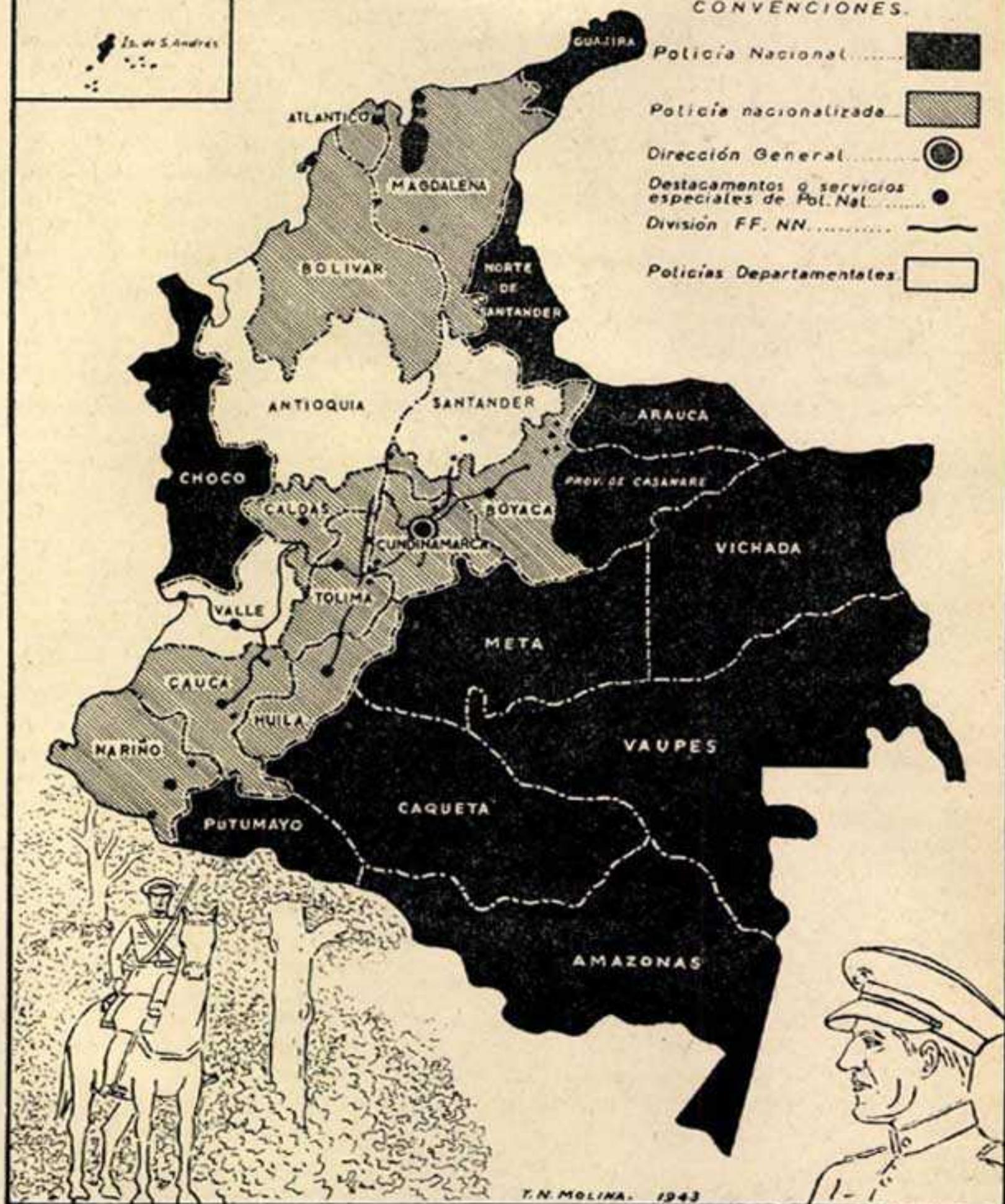
# DISTRIBUCION DE LA POLICIA NACIONAL EN EL PAIS

ARCHIPIELAGO DE SN. ANDRES Y PROV.



## CONVENCIONES.

- Policia Nacional..... 
- Policia nacionalizada 
- Dirección General..... 
- Destacamentos o servicios especiales de Pol. Nat..... 
- División FF. NN..... 
- Policias Departamentales 



T. N. MOLINA. 1943

ría a dejar pensando a muchos profesores de geografía patria, y a Oficiales del Estado Mayor sobre la localización de los retenes de avanzada de las Guarniciones de la Policía. Hay algunos que distan del Comando —de suyo ya muy distante de Bogotá— más de un mes. Donde no hay comunicación postal, ni radiotelegráfica, ni medios de vida distintos de los que pueda proporcionarse el propio agente a fuerza de la caza, la pesca y la labranza de la tierra. No hablo aquí del Amazonas, en donde también existe el fenómeno de las distancias, porque allí, si en verdad hay algunos retenes en estas circunstancias, la dualidad de guarnición o la cercanía con la del Ejército y sus medios de vida, hacen más llevadera la estadia. Me refiero al Vichada, al Vaupés, al mismo Chocó.

Mucho se ha dicho sobre colonización del Ejército. Nada sobre colonización de la Policía. Sin embargo, en el Amazonas hay 14 *chacras* levantadas por agentes que suministran buen mercado a Leticia y otras poblaciones. En el Vaupés, cada retén es un *centro de colonización* y un protectorado de indígenas. En el Vichada sucede otro tanto. En el propio Puerto Carreño la mejor y más grande granja agrícola es de la Policía. Y todo esto se ha hecho sin apoyo oficial, por la propia iniciativa, en ratos libres del servicio, pues la misma ley dispone que la policía solamente puede dedicarse a labores de vigilancia.

\* \* \*

El servicio en estas guarniciones, apenas sí tiene la ventaja de ser físicamente menos fuerte que en las ciudades. Pero tiene el clima con el cual luchar. Las condiciones higiénicas no pueden ser tampoco menos duras: carencia de drogas, de médicos; falta de cuarteles modernos, de medios de movilización. Estos son los más primitivos. Si en Bogotá la policía está en peores condiciones que el maleante, por fuera la cosa da grima. Apenas tiene un automóvil en la Guajira. En las Islas no posee ni una lancha, ni un caballo. En el Vaupés, el Chocó, Vichada, Putumayo y Amazonas carece de una lancha, de una canoa, siquiera, para cumplir el servicio, el transporte normal, por los distintos ríos, base de toda comunicación. Lo verdaderamente encomiable, lo grandioso, es que a pesar de todo se sostenga allí la guarnición para el amparo de la frontera y de los ciudadanos que necesitan ser protegidos en sus vidas, honra y bienes.

\* \* \*

Pero todo no es rigor. Como policías montadas —Carabineros que han traído excelentes resultados— tenemos las Guarniciones del Meta, de Trinidad (Casanare) y de Arauca. En Casanare los hacendados han contribuido con remonta al funcionamiento regular de la Unidad. Y para la movilización y relevo del personal se usa con el Vichada, el Vaupés y Arauca la vía aérea que resulta más económica. No está por demás decir que en el último año se organizaron casinos en todas las guarniciones distantes —exceptuando Vaupés, por dificultades que fueron insalvables—, lo que trajo alimentación mejor y más barata, y por consiguiente, condiciones sanitarias de mayor resistencia a la endemia tropical.

\* \* \*

Guarniciones de fuera tampoco son solamente las de los Territorios. Son las destacadas en Girardot, Zipaquirá, Honda, los leprocomios de Agua de Dios, Caño de Loro, Contratación, en las minas de Muzo, en todas las líneas de los ferrocarriles nacionales, en el Norte de Santander, en los aeródromos de la Avianca. Son igualmente, los destacamentos situados en muchas otras poblaciones en donde solamente la policía nacional puede garantizar el orden. Son todos los puestos especiales establecidos para la vigilancia y control de extranjeros, que tan excelentes resultados han dado.

Aquí cabe considerar un factor que el público nunca cuenta, el cual merma notoriamente los efectivos de la policía para el servicio. Las enfermedades tropicales adquiridas en los malos climas y el relevo periódico del personal que esto impone. Dos veces por año hay que renovar el personal de fuera, y mucho llega enfermo, directamente al hospital, de donde solamente sale restablecido al cabo de uno o dos meses. Además, el tiempo empleado en el viaje resta igualmente la efectividad en el servicio ciudadano y foráneo.

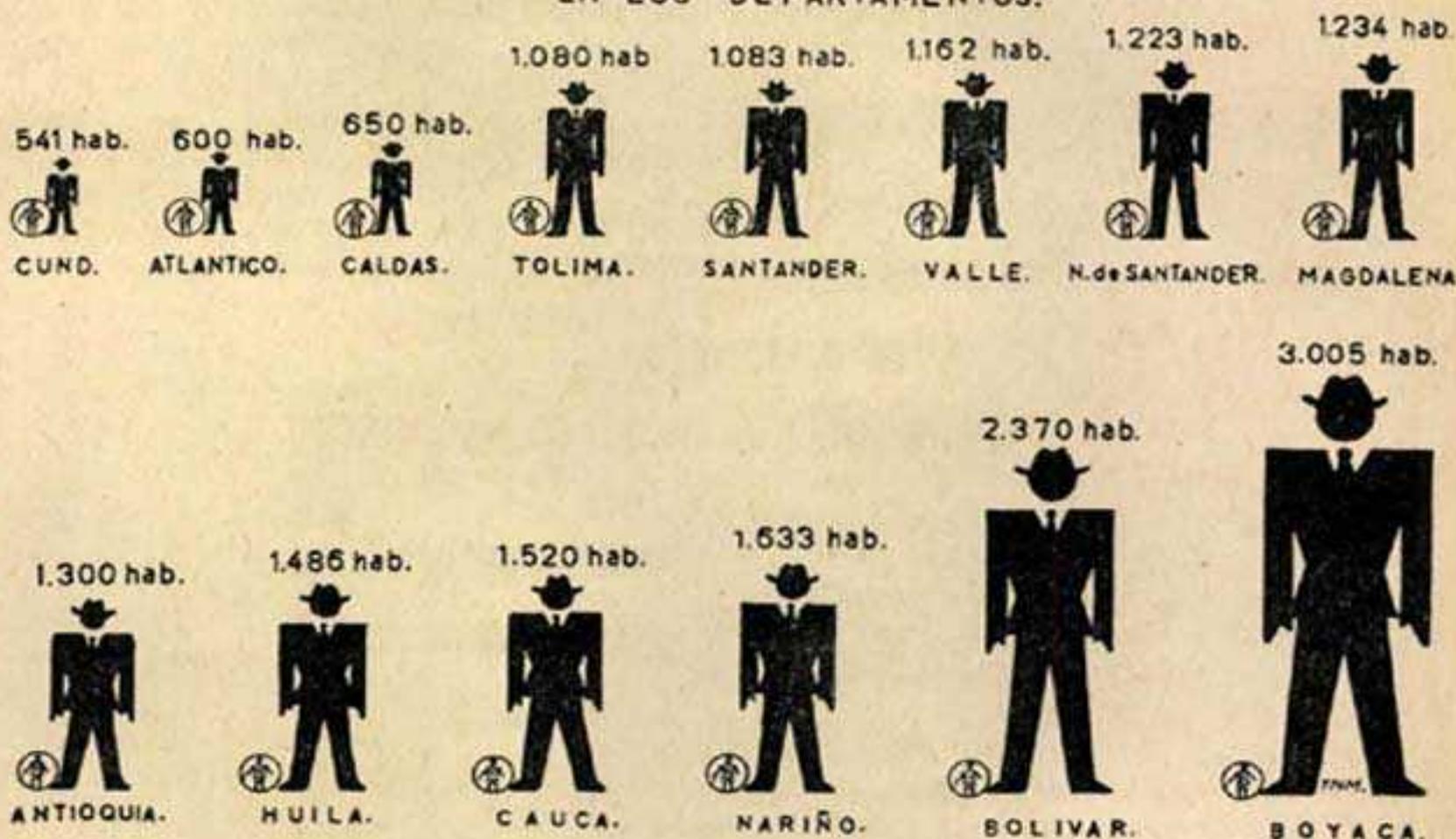
\* \* \*

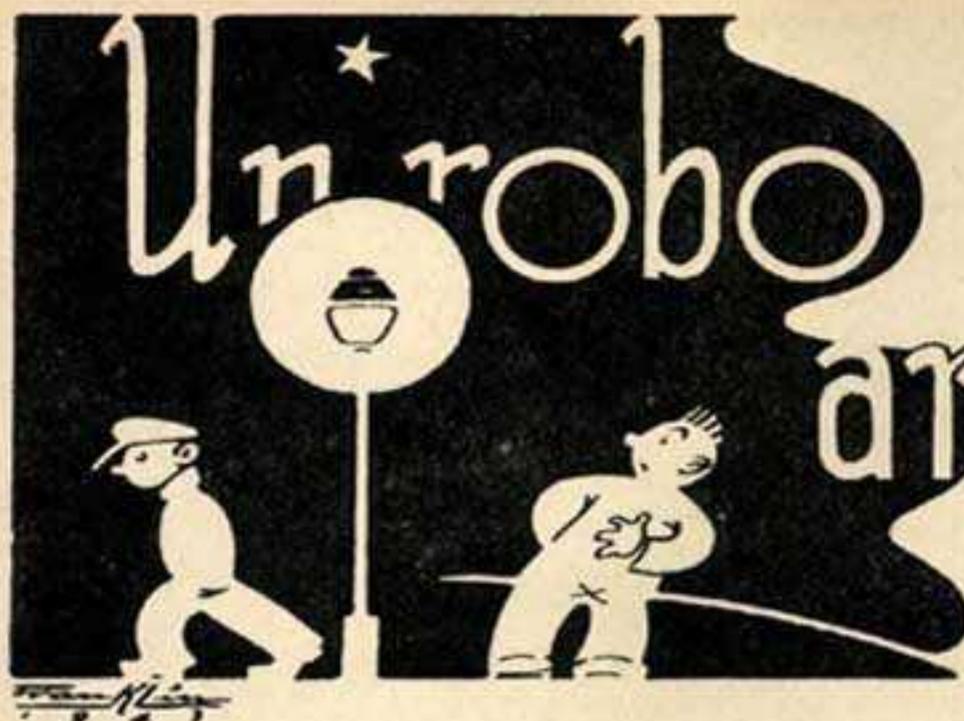
Hay aún más. Guarniciones de Fuera son todas las once departamentales que se nacionalizaron obteniendo así la jurisdicción en toda la República y la sumisión militar y directiva de la Dirección General. Llegan ya a cinco mil los efectivos de todas ellas y, permanentemente —si bien no se interviene en asuntos fiscales ni en nombramientos— hay que orientarlas, dictarles normas de carácter general, y en fin, controlarlas en su funcionamiento.

Suprimir las Policías Municipales esparcidas por toda la nación sin control ninguno; hacer luego un solo cuerpo dentro de los Departamentos y saltar entonces a la nacionalización efectiva, parece ser —y sigue siendo en mi concepto— lo razonable y efectivo para la mejor organización, la unificación absoluta de mando y el eficiente, armónico y coordinado esfuerzo por la lucha preventiva contra el crimen.

(1) Las cifras demuestran mejor las cosas. En los Territorios Nacionales hay un policía por cada 1.100 kilómetros cuadrados y por cada 538 habitantes. Lo cual conduce a la conclusión de la efectividad manifiesta de los servicios de Policía Nacional, pese a todas las circunstancias adversas.

NUMERO DE HABITANTES POR CADA AGENTE DE POLICIA EN LOS DEPARTAMENTOS.





# Un robo al amanecer

POR  
JUAN ROCA LEMUS

La espuma de la cerveza hacía sus paisajes caprichosos en la pared circular del vaso. La ebriedad de aquel solitario le daba aspecto de técnico en cristalería, porque al beberse toda la capacidad de aquel recipiente, examinaba con atención el grosor del vaso.

Sus gafas también eran gruesas. De seguro que el cristal del vaso, adherido al de las gafas, producía en la vista del silencioso beodo una gran capacidad de videncia, como en una lente del telescopio.

En el alma del bebedor de cerveza brincaba un afán de superchería; los paisajes de espuma debían tener su significado, un significado envuelto en misterio, como lo tienen la arena del desierto cuando en ella lee un fakir la vida ajena, o el residuo del café negro en una taza ante las pupilas de embrujada pitonisa. La vista del dipsómano escudriñaba aquellos arabescos de la cerveza muerta en la pared del vaso y se metía por ellos hasta lo abismal. En evidencia, aquel recipiente común era un abismo de cristal y en él naufragaba el alma del beodo.

Más cerveza en otro vaso, era su lema. Y más exámenes su función del momento. El mareo, la vacilación, el desnivel, un sube y baja del espíritu. La borrachera siempre entra por los ojos más que por la garganta. Es entonces cuando hace su entrada a la vida del hombre ese sudor frío sólo comparable, al parecer, al estado preagónico.

El vaso principió a rotar, carruseleramente. La mesa también. La taberna toda se trocó, de súbito, en balandra. Una ola inmensa la levantó demasiado del hipotético océano. Hubo un vacío, entre la nave figurada y el agua y aquella se desplomó con violencia. Cayó ladeada, pero en ese instante el ebrio se quitó las gafas y la balandra recuperó su posición normal.

El hombre se levantó, en bamboleo, como quien va hacia la borda del barco, en acción de trasbocamiento. En donde estaba, tiró de una cadenilla, mecánicamente, y aquello fue como si a la nave le hubieran abierto una escotera por donde entrara el agua en turbulencia. El frío sudor ya se hacía caliente. La juventud plena del ebrio le mantuvo en vilo y luego le llevó de la mano a su sitio de combate.

Otro vaso espumante, otro paisaje de espumas muertas y otro examen del cristal. Un soplo interno, que más bien era como una succión, le cerró los párpados. El ronquido era leve pero preciso, matemático, cronométrico y doble, porque, uno hacia fuera y otro hacia dentro. La melomanía del borracho daba

toda su capacidad: un "rin - ron" de grúa o de biela. Y debía ser, exactamente, chirrido de grúa, porque el alma del ebrio subía y bajaba, como un fardo a sonos de garrucha.

Largo rato en esa musicalidad bicorde. El héroe parpadeó. Trató de entrar en conciencia, pero la vista se cayó, en barrena, como un avión. Un esfuerzo y su vista circunvaló como cámara panorámica. Sintió cómo en el bolsillo izquierdo y superior del chaleco arreciaba el sonsonete de su reloj: "tic-tac, tic-tac, tic-tac. . . ." Se llevó la mano al bolsillo y lo comprendió todo. Su reloj no era de bolsillo sino de pulsera. El animado "tic-tac" era del corazón. Insistió en sacarlo del bolsillo y sonrió. Con la sonrisa, la conciencia cayó de nuevo en su interior, iluminándole, como una lengüeta de fuego, como las del Pentecostés.

Pidió aguardiente. Bebió. Se fue.

Otra taberna. Otra angustia. Otro frío anímico. Otra escotera abierta en el nuevo barco. Más oleaje. Más vida zigzagueante. Otro parpadeo. Y, de nuevo, el reloj con sus impertinencias en el bolsillo del corazón. Otra sonrisa ladeada. Luego, el "tintin" de unas monedas sobre la mesa de latón.

La noche estaba envuelta en vaho. El borracho fumaba, pero sin cigarrillo. Recibió esa impresión cuando, a la luz de una farola, le dio por soplar y lanzó una bocanada de humo. La risa le hurgó por dentro, en un fenómeno de reversión: las cosquillas producen la risa, pero en este caso fue la risa lo que le produjo cosquilleo. Se frotó las manos.

En la siguiente esquina le acuchilló la brisa y en la iglesia vecina el reloj dijo su hora. El ebrio miró su reloj de pulsera: leyó las 2 de la mañana. En la avenida la soledad era nutrida y se escuchaba el silencio. El claxon de un automóvil mordió el ámbito e hizo un bostezo de faroles. Una cuadra más, y otra taberna. Jugaban billar. El ebrio tomó asiento y licor. Trató de dormir, acodado a la mesa. El "tas-tas" de una carambola le hizo poner la diestra en el pecho: ahí estaba otra vez su reloj, en el bolsillo izquierdo del chaleco. Otra sonrisa: era el corazón.

Así se fue corriendo la madrugada. Ya hacían su ronrón gatuno los tranvías, pero el alba no despuntaba. La dromomanía del borracho le impulsó hacia otros sitios. Se había apoderado de la ciudad y por ello hablaba solo, en son de oratoria:

"La patria. . . . la democraciaaaaa. . . . quién dijo miedoooo!!!. . . ."

Aún le quedaba en la alcancía del espíritu un poco de autocrítica y de "humour." Sonreía al analizar sus frases torpes. Su mente hizo un vuelo al parlamento y todas las caras de los parlamentarios se le confundieron en una sola: en la suya, propia. Su cara, en el magín, era de gigante. Ya en la otra esquina, su carcajada fue fenomenal.

Sopló de nuevo una brisa helada, polar, antártica. Se acordó de Admunsen.

Cuando subió la solapa de su abrigo, sintió el secreteo de su reloj de pulsera: "tic-tac. . . ."

Y la conciencia se le fue de nuevo, aún no se sabe hacia dónde, porque sólo la encontró al día siguiente, en cita con ella, en su habitación.

Cuando sintió el "tic-tac" del reloj de pulsera, miró la hora y no la halló: porque todo fue confuso, pues vio dos esferas, como si en cada pupila tuviera una, numerada del 1 al 12.

Alguien se le acercó. Le dijo palabras que no entendió. El intruso le tomó de la mano izquierda. El ebrio hizo guturaciones. Tenía lazarillo, un guía para él desconocido. Largas cuerdas. Más adelante, el reloj de otra iglesia desma-dejó sus sonos. Es tarde, dijo su guía. Y agregó un simple "adiós."

Ya le llegaba, con el alba, de nuevo, la conciencia. Miró hacia su reloj de pulsera y no lo tenía. Alcanzó a ver la sombra de su guía, que se alejaba: sacó fuerzas para gritar:

—Ehaaa!!! Ladróooooonnnn!!! Mi relooojjj!!!

El ebrio, obcecado, sentía, a medida que caminaba tras del ladrón, el “tic-tac” de su reloj de pulsera. Ya llegaba cerca a su casa, frente a la estación del ferrocarril. Por sus oídos entraba el golpe que él creía de su reloj. El ladrón apuraba el paso y el ebrio también. Y el “tic-tac, tic-tac, tic-tac”, todo el ritmo de su reloj, que lo llevaba el ladrón, se agigantaba. Pero, de pronto, ese “tic-tac” se trocó en un rotundo “taqui-titaqui, taqui-titaqui, tiqui-titaqui. . . .” que crecía como un bólido en los tímpanos del ebrio.

—Mi relooojjj!!! Mi relooojjj!!! Vea que ya lo dañóooo!!! Está sonando muy fuerteeee!!!

El ruido del reloj seguía creciendo, arrolladoramente, a la distancia. El ruido de su reloj de pulsera se le venía encima. El lo sentía, tremendamente, tronantemente:

“Taqui-titaqui, taqui-titaqui, taqui-titaqui!!!!. . . .”

Súbitamente, sintió cómo el reloj, aún un poco distante de él, hizo “psss”.

—Se le reventó la cuerdaaaa!!!, gritó.

El tren estaba entrando a la estación, frente a su casa:

—Pssss, pssss. . . . hizo la locomotora.

El maquinista acababa de frenar.

El ebrio entró a su casa.

—Son las 5 de la mañana, le dijo la esposa en vigilia.

—No sé. Me robaron el reloj!

—Cuál reloj?

—El mío, el de pulsera.

—Aquí está. Lo dejaste sobre la mesita!

Luégo, el sueño del ebrio fue cronométrico y ferroviario: una inmensa vía, interminable, monótonamente sincronizada:

“Taqui-titaqui, taqui-titaqui, taqui-titaqui. . . . Pssss. . . .”



# PEDAGOGIA POLICIAL

POR

## LUIS ALBERTO PINZÓN



El proceso del aprendizaje de ciertas materias abstractas, por mayores de edad, en la escuela de policía colombiana, está fundamentado, primeramente, en la selección del personal por la vía psicológica, y, en segundo lugar, por la lógica disposición de los programas de esas materias, conforme a una pedagogía especial.

Sin la primera medida no sería posible, naturalmente, afianzar la enseñanza de manera que se logre un buen éxito en cada lección; y, sin la segunda, no se procedería en acuerdo con el resultado de aquella selección, que ha de ser siempre positivo, para que el alumno llegue a realizar mejor sus trabajos orales o escritos.

Tratándose de dar la mayor información posible al estudiante, y siendo éste, ordinariamente, casi un desadaptado en las disciplinas de la inteligencia, porque jamás las ha sufrido, o si las ha tenido, están perdidas ya para su espíritu, hay que proponerse, ante todo, buscar en él el camino de su vocación, crear su curiosidad, provocar su atención y orientarse entonces el profesor para, a su turno, orientar al alumno.

De esta suerte se tiene ya ante la cátedra al elemento preparado para comunicarle conocimientos. Y el método será el más sencillo, el más obvio, el que más se acerque a la mentalidad de un hombre que quiere aprender, que sabe escuchar, atender, y que, ante todo, sabrá estudiar. Porque el estudiar es otra disciplina. Y el enseñar a estudiar es el resultado de una buena labor docente. Esto ha sido para la escuela de policía colombiana el mejor de sus éxitos en el elemento humano antes descrito. Se ha logrado despertar el entusiasmo por esas ciencias abstractas, como en las que no lo son, lo que parecía imposible, y ello en el menor término de tiempo. Pero, lo más interesante es que hasta a los lindes de la investigación dentro del campo de la sociología, de la criminología, de la psicología general, de la historia y geografía, etc., se ha llegado, como lo demuestran algunos trabajos realizados por alumnos del mismo curso de agentes de la escuela en los años pasados.

Capitalizando la propia experiencia de los veinticinco años, edad media de nuestro estudiante, la escuela busca explotarla hasta donde es posible, teniendo en cuenta el ambiente vivido antes por él, sus ocupaciones anteriores, su carácter propio, su región nativa, sus inclinaciones personales, su vocación especial dentro de su futura profesión y la facilidad que preste para enderezarla hacia un ejercicio correcto de ella. Este recurso es un medio lógico que se emplea para acrecentar aún más el interés por el estudio de las materias de policía, y sirve, además, de estimulante para el mismo alumno porque le da asidero para movilizar su inteligencia exponiendo ideas, usando de la crítica

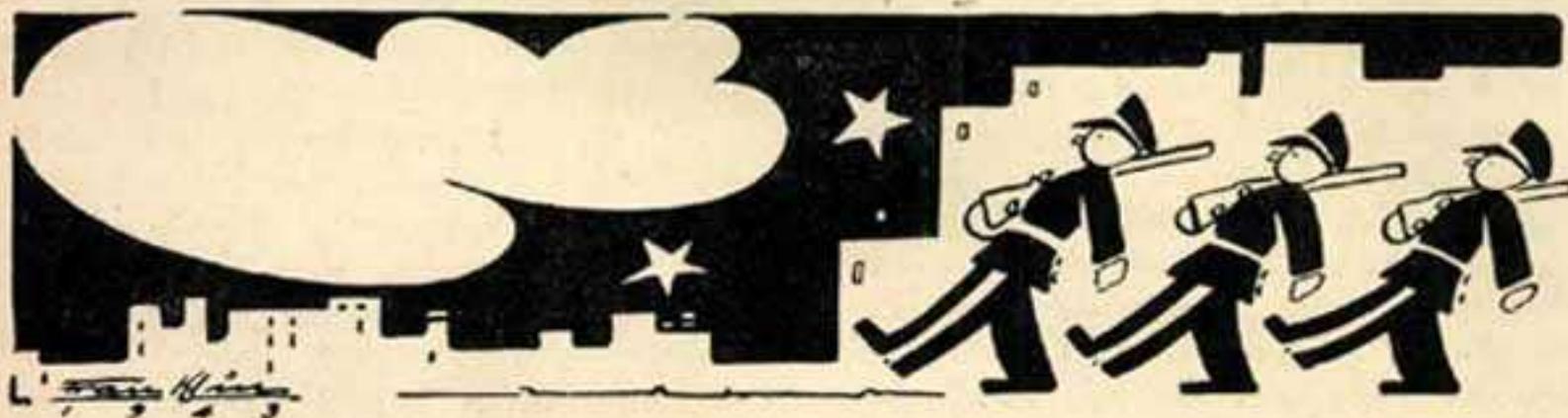
para formar su criterio profesional ante casos profesionales y asentando sus conocimientos de los principios científicos, de las normas legales y de los procedimientos efectivos que ha de realizar en su profesión.

Por otra parte, el hecho de llegar un día a la escuela un hombre rudo que jamás había soñado penetrar dentro del aula distinta de aquella donde conoció el abecedario, y saberse alumno, sentirse estudiante serio y comenzar allí una vida nueva, hace cambiar automáticamente su psicología, creándose o suscitándose en su ánimo un complejo favorable que capacita su subconsciente para recibir lecciones y para formarse deformando su anterior personalidad dentro de la vida escolar, por corta que ésta sea.

Una de las mejores pruebas que traducen esa transformación es la expresión hablada o escrita de todo aquello que ha asimilado y asociado a la realidad de su vida profesional. Su lenguaje es el reflejo de su vocación ya encauzada en el que flotan sus preocupaciones especiales por dominar los problemas que se imponen a su curiosidad intelectual y la apreciación de éstos, más o menos acertada, conforme a la técnica de su profesión, es justa y da paulatinamente la medida del aprovechamiento logrado de las materias de estudio.

Importa tener en cuenta lo que es al principio la mentalidad virgen de un aspirante al curso de agente en la tarea de las aulas. Probado ya para llevarla a cabo, la escuela está segura de conocer la personalidad individualizada de cuantos la forman. Viene entonces la labor de adaptación que el profesor realiza en acuerdo con la escuela, labor que, ejecutada mediante observaciones psicológicas singularizadas por períodos escolares, garantiza definitivamente el buen éxito de los estudios de un alumno determinado. Porque cada uno es un gran dato estadístico cuyas modalidades van cambiando subjetivamente en la medida del progreso adquirido en el trabajo escolar, ya sea de tipo civil o puramente militar, las cuales, a su vez, son otros tantos datos que se toman en cuenta para el estudio parcial del estudiante. Semejante celo es necesario, es apenas indicado como necesario para tener la seguridad más o menos absoluta de que no se está perdiendo el tiempo, a pesar de tantos requisitos previos, con el alumno que se prepara a servir a la sociedad.

No se crea, pues, que las aulas de la Policía no alcanzan debidamente su objetivo. Y que es imposible formar, siquiera aproximadamente, un criterio profesional científico, de índole policial, en varones de veinticinco años. La psicología de las materias de enseñanza policiaca, en cuanto constituyen una especialidad, apenas queda esbozada en esta nota. Pero, habrá de serlo, técnicamente, en forma propia, en otra ocasión, tratando de hacer un ensayo sobre el proceso y formas del aprendizaje de esas materias, cuáles son el objetivo, el método y el contenido de ese proceso y los elementos propios de esas formas. Porque, como en toda enseñanza, nosotros tenemos en cuenta que la misión especial de la psicología de las materias *elementales, especiales y profesionales* de la policía, es determinar lo que son los *procedimientos* específicos de enseñanza, *cómo* se emplean, *por quién* se aplican y *qué* materiales se usan para obtener los resultados apetecibles.





Presentamos a continuación un interesante problema de investigación criminal, que el doctor Luis Alberto Pinzón tradujo especialmente para nuestra revista.

Se trata de un problema de difícil apariencia pero de muy fácil solución. Quienes lo lean con atención pueden deducir claramente su trama y absolver las incógnitas que el problema plantea. Quienes lo resuelvan y envíen la respuesta a nuestras oficinas, podrán participar en el sorteo de VEINTE PESOS (\$ 20.00) con que la revista premiará la mejor solución. Esta se publicará en el próximo número junto con el nombre del favorecido. Las respuestas se reciben hasta el 20 del presente mes.

### LA DIRECCION

*¿Quién asesinó a Carlos Ríos?*

*La sospecha de crimen del asesinato está limitada a dos hombres solamente.*

*¿Cuál de los dos cometió el asesinato?*

*Examine usted cuidadosamente los hechos establecidos y conteste después a las preguntas que se hacen al fin del problema.*

La ciudad de San Felipe amaneció conmovida el 15 de junio de 1925, a consecuencia del asesinato de un ciudadano distinguido. Carlos Ríos, fundador y presidente de la Sociedad Explotadora de Petróleo, de esa ciudad, había sido asesinado con gas venenoso, producido en su propia alcoba durante la noche.

La investigación policial reveló los siguientes hechos pertinentes:

Ríos fue hallado muerto en su propia alcoba, entre su cama, a las 8 de la mañana, por su sirviente, Negro, quien durante muchos años lo despertaba siempre a esa hora. En la cornisa de la chimenea (no había hogar) encontró la policía una botella de vidrio, de un cuarto, más o menos, de capacidad. Le faltaba la tapa. Esta clase de botella era propia de un laboratorio químico.

Los expertos conceptuaron que la mezcla de sustancias químicas había generado el gas venenoso, cuya difusión se hizo rápidamente dentro de la alcoba. Ni sobre la superficie del frasco ni sobre otros objetos se descubrieron huellas digitales. Además, las persianas de las dos venta-

nas de la pieza estaban levantadas a 8 pulgadas del piso, aproximadamente. Las cortinas verdes se encontraron corridas hacia abajo, de manera que el cuarto se mantuviera en plena penumbra.

El dedo de la sospecha empezó a señalar a dos jóvenes. Cada uno de ellos



estaba conectado con los negocios de Ríos. Además, cualquiera de los dos tenía suficiente experiencia de laboratorio para suponer que alguno de ellos pudo preparar el gas.

E. Ríos Arias, sobrino y único pariente vivo del occiso, fue uno de quienes se sospechó. Pedro Sierra, secretario privado de Ríos, fue el otro. Pero, cada uno de ellos alegó y sostuvo su inocencia y ambos presentaron pruebas de ella.

En acuerdo con las investigaciones de la policía, y hasta donde se pudo determinar, ambos tenían una buena hoja de vida. No tenían deudas ni compromisos dudosos. Ambos parecían afectados profundamente por la tragedia y no se les suponía capaces de haber cometido tan cobarde crimen. Aún más: la policía estudió la forma como estaba escrito el testamento de Ríos. Allí aparecía dividida la mitad de los bienes entre su sobrino favorito y sus empleados, y la otra mitad la legaba para obras de caridad. Por otra parte, los términos del testamento nunca habían sido un secreto.

Ríos Arias y Sierra habían mantenido cordiales relaciones entre sí, aunque no íntimas, mientras estuvieron al servicio de Ríos. Y, por eso, cada uno de ellos expresaba su confianza en la inocencia del otro.

El legista examinó el cadáver a las 9 y 50 a. m., y declaró que Ríos había muerto hacia 4 horas, y posiblemente, 10 horas antes de dicho examen. La posición del cuerpo en la cama indicaba con certeza que la muerte había ocurrido mientras Ríos se encontraba recluido en su cuarto, a causa de una ligera enfermedad. La policía, fundamentando su sospechas sobre Ríos Arias y Sierra, decidió que ellos debían dar razón del asesinato, puesto que tenían conocimiento de la hora aproximada en que fue generado el gas en la alcoba de Ríos.

Sierra, el secretario, había estado con Ríos hasta un poco después de las 11 y 30 p. m. Así lo admitió él, y su retiro de allí, lo que sucedió a las 11 y 45 fue confirmado por el testimonio de la anciana señora Ruiz, ama de la casa de Ríos, cuya habitación estaba situada en el segundo piso, contigua a la de Ríos. Sierra ha-

bía estado discutiendo asuntos de negocios con su jefe, quien se encontraba recostado en su lecho, convaleciendo de gripe. También admitió Sierra haber regresado a la alcoba de Ríos pocos momentos después de haberse retirado de allí para, según lo dijo él mismo, recoger un maletín que había olvidado. Al mismo tiempo —dijo— apagó la luz de la alcoba, a petición de Ríos, y cerró la puerta al salir. Después de haber abandonado esa casa, Sierra se dirigió a la suya directamente. Sierra compartía un piso en una antigua mansión con dos jóvenes. Durante el resto de la noche, y hasta cuando el cuerpo fue descubierto por el criado, su coartada fue perfecta.

Ríos Arias había regresado inesperadamente, muy temprano, de Panamá, a la una de la mañana. La anciana Ruiz, al oírlo entrar, salió de su habitación y le preguntó en el descanso de la escalera si podía servirle en algo. Ríos Arias le respondió que no tenía hambre y que podía acostarse. Preguntó por la salud de su tío. Se dio cuenta de que Sierra había estado allí hasta cerca de la media noche atendiendo algunos pormenores de los negocios. Luego subió las escaleras en dirección a su pieza, situada en el tercer piso.

La señora Ruiz, que sufría de reumatismo, se recogió de nuevo en su alcoba, leyó durante unos momentos y se acostó

a las 2 y 30, según supuso ella. Desde esa hora, hasta el descubrimiento del asesinato, tanto la inocencia de Ríos Arias, como la de Sierra, no tenían el respaldo de otro testimonio que el de la señora Ruiz. En resumen: la policía sospechó, y sus sospechas, por lo bien fundadas, vinieron a demostrar que, si Ríos murió antes de la media noche, fue Sierra quien dejó libre el gas que lo mató; y que si Ríos murió después de la media noche, entonces fue Ríos Arias el propio asesino de su tío.

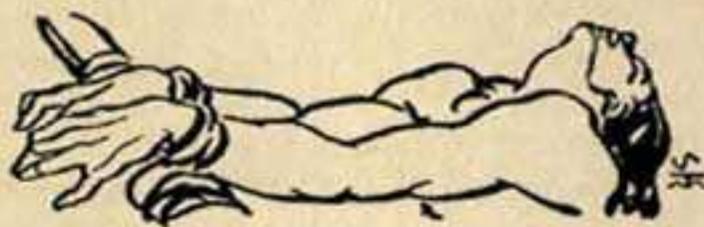
Señor lector: ya tiene usted toda la evidencia necesaria que dio margen a la policía de "San Felipe" para fijar inequívocamente la hora aproximada del crimen y, por consiguiente, para determinar la identidad del asesino.

*Ahora, se pregunta:*

1) *¿Quién fue el asesino?*

2) *¿Cómo lo dedujo la policía?*

*Mientras usted estudia esta relación detenidamente y emplea su imaginación con base en los hechos relatados hasta en sus más ínfimos detalles, podrá responder estas preguntas explicativamente. Si no lo logra, en la próxima edición de esta Revista serán publicadas y explicadas satisfactoriamente.*





Los altos jefes militares de la Policía Nacional presencian el desfile de los alumnos de la Escuela "General Santander."

## LA CLAUSURA DE ESTUDIOS DE LA ESCUELA DE POLICIA "GENERAL SANTANDER"

Como previamente se había anunciado, el día 19 de los corrientes se llevó a efecto en la Escuela de Policía "General Santander" el acto de clausura de estudios, presidido por la ilustre presencia del señor José María Barrios, Director General de la Policía Nacional; el señor doctor Darío Samper, Secretario General del Cuerpo; la alta oficialidad de la Institución; miembros del Cuerpo Diplomático y selectísima concurrencia.

A las 10 y 30 de la mañana, formado el Batallón Escuela en traje de gala en el patio principal, se dio comienzo al acto con los honores al Pabellón Nacional, el cual era portado por uno de los oficiales de planta y su escolta respectiva.

Rendidos los honores al señor Director General, se dio comienzo a la revista de gimnasia sueca, número que estuvo a cargo del señor Subteniente José Joaquín Ayala Vargas, alumno fundador del Instituto y quien demostró con éste la excelente disciplina y preparación del personal, el cual se presentó severamente uniformado de blanco.

Acto seguido los alumnos del curso de suboficiales dirigidos por el profesor Miguel A. Valderrama, presentaron una muralla de esgrima de daga, la cual resultó muy lucida, haciéndose notoria la uniformidad en los movimientos y la seguridad que los futuros instructores tienen en el manejo de las armas blancas, lo cual indica la importancia de esta instrucción.

Número bastante llamativo fue el que nos presentó el señor Subteniente Luis Arturo Cárdenas Arboleda, también alumno fundador del curso de oficiales, con la bellísima revista de gimnasia rítmica con armas, a los acordes de un vals de Strauss, ejecutado maravillosamente por la Banda de la Policía Nacional. Ella es la demostración clásica del nivel cultural alcanzado por los alumnos de la escuela en este sentido, pues no solamente se apreció la destreza en el manejo de las armas, sino la memoria, atención y oído musical de nuestros alumnos, y fue así como el público supo apreciarlo demostrándolo con sus calurosos aplausos.

Para finalizar la revista, el señor Subteniente Alberto Guzmán Aldana, de los Carabineros de la Policía Nacional, nos presentó una espectacular demostración ecuestre, la cual puso de relieve la insuperable preparación técnica de nuestros jinetes y la agilidad de los famosos caballos de la Institución, que han hecho eco en nuestro público.

Terminada la gran revista que fue planeada de antemano por la Dirección de la Escuela, y que gustosos presenciamos, el señor Director General del Cuerpo pidió el juramento de rigor a los alumnos, y a continuación en elocuentes frases exortó a todo el personal de la Policía Nacional y en especial a los alumnos que recibían su grado, para que se guiaran siempre por el sendero invariable que nuestras leyes han trazado para el correcto desempeño de la función policial, al mismo tiempo que expresaba su deseo y el del Gobierno por hacer de la Escuela de Policía la Institución modelo por excelencia.

Posteriormente se verificó la lectura del acta por la cual la Junta de Ascensos de la Institución concedía el ascenso a aquellos alumnos del curso de suboficiales que cursaron con provecho, haciéndose acreedores a tal distinción.

Bellísimos trofeos fueron entregados a los mejores alumnos, entre éstos: el de Esfuerzo Personal, al agente Marco Lino Urrego; segundo de Esfuerzo Personal, al cabo Luis María Lozano Martínez; tercero de Esfuerzo Personal, al agente Jorge Enrique Lamprea Ospina. El premio de Aprovechamiento, concedido al mejor estudiante, sargento Bolívar Guerrero; el premio para el Mejor Compañero, concedido al agente Heliodoro Caballero H.; el premio de Tiro, al cabo Luis Alberto Sánchez Enciso, y el premio para el Mejor Jinete, concedido al sargento Luis E. Jiménez R.

Verificada la repartición de premios y diplomas, se sirvió en el Casino de los señores Oficiales del Instituto una copa de champaña a las altas autoridades que asistieron a la revista; pocos momentos después se hacían los honores a la salida del señor Director General del Cuerpo y altas autoridades.

En síntesis: la revista que presenciamos dejó en nuestro ánimo el orgullo de pertenecer al Cuerpo Policial Colombiano y la magnífica preparación de los alumnos de la Escuela de Policía "General Santander."

La REVISTA DE LA POLICIA felicita calurosamente a los señores Oficiales de Planta, Profesores y Alumnos del Instituto que tan alto saben colocar el nombre de la Institución.



En la imponente revista de fin de curso en la Escuela "General Santander", el Director y los altos jefes de la Institución asisten al desarrollo del programa. Comisiones del Ejército y de varias Embajadas extranjeras participaron en la tribuna de honor.



**CORONEL  
CARLOS GALVIS**

Quien desempeña actualmente la jefatura de las guarniciones de fuera y está encargado de la Jefatura de Vigilancia. El Coronel Galvis es uno de los más distinguidos y meritorios oficiales de la Policía Nacional.



**MAYOR  
CLEOBULO PLAZAS RONDEROS**

Desempeña con singular eficacia y acierto la jefatura de personal de la Policía Nacional, uno de los cargos más importantes de la Institución.



Los alumnos del curso hacen una admirable exhibición de esgrima dirigidos por el profesor Valderrama. Los distintos asaltos con diferentes armas fueron objeto de nutridos aplausos.



Un magnífico salto verificado por un alumno de la Escuela de Policía, durante los actos de la clausura de estudios.



Una admirable vista de la exhibición de gimnasia militar.

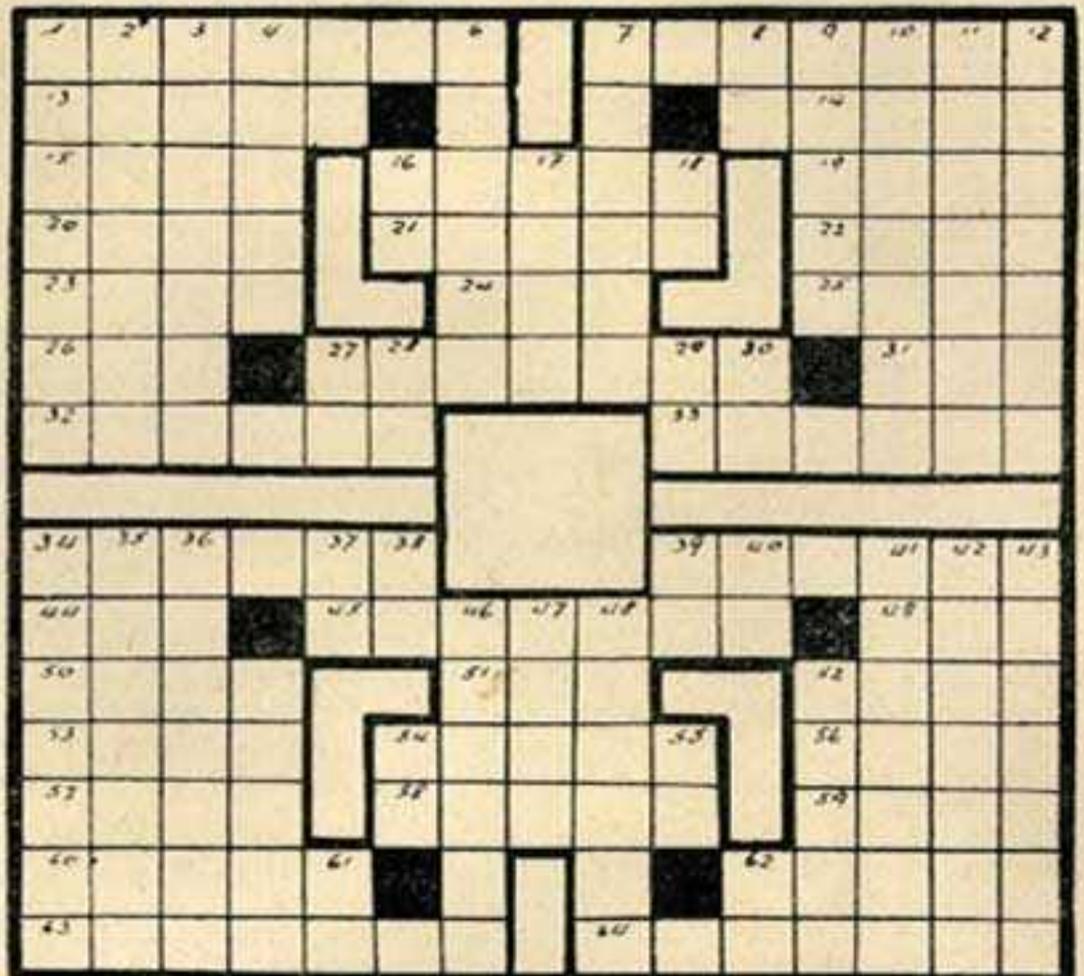


## POLICIGRAMA

### HORIZONTALES

- 1—Pitada que hace el agente en solicitud de ayuda, amparo. Inv.
- 7—Perteneiente a la Institución que evita incendios.
- 13—Acción teatral.
- 14—Que indica retroceso.
- 15—Sin mezcla.
- 16—Rumiante. Pl.
- 19—Remover la tierra con el arado.
- 20—Acción de medir.
- 21—Distintivo en la tropa de la Policía Nacional.
- 22—Que no tiene compañía.
- 23—Ortiz Gutiérrez Antonio Ricardo. Inic.
- 24—Acción de ir. Inv.
- 25—Parte del tronco de una planta.
- 26—Perro.
- 27—Grosera, basta.
- 31—Organo de la visión.
- 32—Perfume, olor muy agradable. Pl.
- 33—Muy grueso. Pl.
- 34—Persona que cuida del ganado.
- 39—Elemento implantado por la Misión Chilena en la Policía Nacional en el año 1936. Pl.
- 44—Repetición de un sonido. Inv.
- 45—Escrito satírico o infamatorio. Inv. Pl.
- 49—Piojo de la gallina.
- 50—Piedra grande, roca.
- 51—Cólera, enojo.
- 52—Tinaja, vasija grande que sirve para diversos usos. Inv.

- 53—Río de Suecia.
- 54—Decadencia, declinación.
- 56—Pedro Antonio López Uribe. Inic.
- 57—Instrumento musical.
- 58—Tejido de lana antiguo.
- 59—Fístula que se forma en el ojo, debajo del lagrimal. Inv.
- 60—Sábalo.
- 62—Fila de casas a cada lado de la calle.
- 63—Afeitarse.
- 64—Adorno circular que se suele poner en los techos. Inv.



## VERTICALES

- 1—Acción de acomodar. Inv.
- 2—Regar, rociar.
- 3—Medicamento líquido.
- 4—Que no se puede dividir.
- 6—Historia, crónica.
- 7—Región de la Grecia antigua.
- 8—Gesto, figura ridícula. Rep.
- 9—Leña o carbón encendido.
- 10—Lo que sirve de apoyo o sostén.
- 11—Organillo.
- 12—Agente que acude para prestar auxilio a otro. Inv.
- 16—Consonante. Rep.
- 17—Onomatopeya de ciertos ruidos. Inv.
- 18—Moneda de cobre, romana. Inv.
- 27—Interjección.
- 28—Pronombre personal.
- 29—Negación.
- 30—Demasiado candoroso. Rep. Inv.
- 34—Propio del pueblo.
- 35—Mula o macho de carga.
- 36—Solitario, aislado. Pl.
- 37—Repetido, mamífero, carnicero.
- 38—Oro en francés. Inv.
- 40—Nota musical. Inv.
- 41—Raza, familia, Pl.
- 42—Dícese de los compuestos derivados del etano.
- 43—Impregnar un cuerpo en un flúido.
- 46—Liquidar.
- 47—Tiempo, período. Pl.
- 48—Primera palabra del distintivo del agente de policía cuando se halla en servicio.
- 52—Acción de aparar.
- 54—Interjección.
- 55—Vocales distintas.
- 61—Nombre del sol entre los egipcios. Inv.
- 62—Repetido, familiarmente papá. Inv.

## PRUEBE SU MEMORIA Y SUS CONOCIMIENTOS

Presentamos a continuación 28 puntos para que usted los resuelva. Por cada uno que acierte, anótese 5 notas; por cada uno en que se equivoque, reste 2 notas, y por cada uno que no sepa resolver no anote ni reste nada.

Si el total de sus notas es de 120, puede estar seguro de muchos éxitos en la vida; si está entre 95 y 120 tiene grandes probabilidades de triunfo; si está entre 70 y 95 basta con un poco de lectura para mejorar; si está entre 45 y 70 debe usted preocuparse seriamente por sus lecturas; si está entre 20 y 45 piense muy detenidamente en dedicarse a estudiar con gran empeño o entregarse a las labores del campo, y si tiene menos de 20 resuélvase de una vez por las labores del campo.

- 1º En qué orden fueron Presidentes de la República: Francisco Javier Zaldúa, José Hilario López, Mariano Ospina, Tomás Cipriano de Mosquera y Manuel Antonio Sanclemente?
- 2º Quién descubrió el río Amazonas: Gonzalo Jiménez de Quesada, Francisco de Orellana o Nicolás de Federmann?
- 3º En qué Departamento de Colombia están las ruinas de San Agustín?
- 4º Qué es "Sarrapia": un árbol, un pueblo o un animal?
- 5º Qué nombres ha tenido el Estado de que es actualmente capital Bogotá?
- 6º Quién escribió *La Vorágine*: Tomás Carrasquilla, Jorge Isaacs o José Eustacio Rivera?
- 7º Bajo cuál de estas administraciones se implantó en Colombia la representación de las minorías: Rafael Reyes, Alfonso López o José Vicente Concha?

- 8º Quién fue en Colombia el libertador de los esclavos: Simón Bolívar, Manuel Murillo Toro o José Hilario López?
- 9º Quién fue en los Estados Unidos el libertador de los esclavos: Abraham Lincoln, Jorge Washington o Teodoro Roosevelt?
- 10 En qué país se usó primeró el café como bebida: Brasil, Colombia, Arabia o Chile?
- 11 De cuál de estas composiciones es autor Guillermo Valencia: La Marcha Triunfal, Los Camellos o El Nocturno?
- 12Cuál es el mamífero que vuela?
- 13 Dónde están las "Cataratas del Niágara?"
- 14 Quién escribió la letra del Himno Nacional Colombiano: Miguel Antonio Caro, Rafael Núñez o Marco Fidel Suárez?
- 15 Quién fue el defensor de Moscú en la primera fase de la ofensiva alemana en 1941: Gregory Zhukov, Simeón Timoshenco o el Mariscal Budenny?
- 16Cuál fue el primer país suramericano en romper relaciones con el eje después del Pearl Harbour?
- 17 Cuántos dedos tiene la paloma?
- 18 Obra de cuál de estos escultores es la estatua de Bolívar que está en Bogotá en la plaza de su nombre: Ramón Barba, Vitorio Macho o Tennerani?
- 19 Cuáles de estas ciudades fundó Sebastián de Benalcázar: Tunja, Popayán, Medellín, Cali y Manizales?
- 20 Qué ciudad del mundo tiene a su entrada una gran estatua de la Libertad?
- 21 Cómo se llamaba el acorazado de bolsillo alemán destruido por cruceros ingleses en la costa oriental de Sur América, en una famosa batalla de esta guerra: Graff Spee, Prinz Eugen o Von Tirpitz?
- 22 En dónde desemboca el río Putumayo?
- 23 Qué artista famosa del cinema ha sido contratada para trabajar junto a nuestro inimitable Carlos Julio Ramírez: Grace Moore, Jeanette Mc Donald o Lilly Pons?
- 24 De quién son las palabras : "Aré en el mar y edificué en el viento?"
- 25 Dónde tienen las orejas las vacas: adelante o detrás de los cuernos?
- 26 Un avión gasta de Medellín a Bogotá 90 minutos, y de Bogotá a Medellín, hora y media. A qué se debe?
- 27 Cuáles son los 4 próceres que guardan las 4 esquinas del Parque del Centenario?
- 28 Quién descubrió la cuadratura del círculo?

**Vea respuestas en la última página**



Al almuerzo de camaradas concurren el Director General, el Secretario y los altos Oficiales de la Escuela, quienes departieron cordialmente con los alumnos del curso.



En los magníficos jardines de la Escuela de Polleña se sirvió un almuerzo campestre en honor de los alumnos que aprobaron su curso y que fueron inmediatamente ascendidos para ocupar las vacantes existentes y como un premio a sus esfuerzos.



Aspecto del almuerzo de camaradas con que se celebró la clausura del curso de 1942 en la Escuela "General Santander." — Los alumnos fraternizan con los Directores y Oficiales de la Institución.

DR. JORGE EDUARDO CABRERA

Por decreto del señor Presidente de la República fue designado Secretario General de la Policía Nacional, el doctor Jorge Eduardo Cabrera, distinguido abogado tolimense y una de las más destacadas figuras de la nueva generación.

Reemplaza el doctor Cabrera en el alto cargo que le ha discernido el Organo Ejecutivo al doctor Darío Samper, quien ejerció la Secretaría durante varios meses, cooperando con entusiasmo ejemplar en la obra que viene realizando la Dirección de la Policía en bien de la Institución. El doctor Samper ha dejado un gratísimo recuerdo entre el personal militar y civil con el cual colaboró con entusiasmo y devoción dignos de elogio.

El doctor Cabrera trae al nuevo cargo el fervor de su juventud, su voluntad de servicio y su magnífica inteligencia, cualidades esenciales que harán de su labor en la Secretaría una etapa digna de recordación.

La REVISTA DE LA POLICIA NACIONAL se complace en presentar al doctor Cabrera su saludo muy cordial, le ofrece sus páginas y le desea los mejores éxitos.

## GERENTE DE LA CAJA DE PROTECCION SOCIAL

Por decreto del Organo Ejecutivo fue designado Gerente de la Caja de Protección Social de la Policía don Arturo González González, conocido periodista a cuya inteligencia y a cuyas dotes de organizador confiamos el progreso de la Caja de Protección, que tan eficazmente viene sirviendo los intereses del personal.



El Director de la Policía, doctor J. M. Barrios entrega los trofeos a los alumnos que se distinguieron por su consagración, por su voluntad de servicio y por su esfuerzo.

# *La Cooperativa de la Policía Nacional*



Don Joaquín Barón, quien fue designado Gerente de la Cooperativa de la Policía Nacional.

El actual Director de la Policía Nacional, doctor José María Barrios, es un hombre de realizaciones, y su permanencia en tan importante cargo ha traído y seguirá trayendo una serie de beneficios para la Institución. Una de sus mejores obras, quizá la de mayor importancia y más amplia trascendencia para el personal ha sido la creación y organización de la Cooperativa. Muy acertadamente fue designado como Gerente don Joaquín Barón Durán, persona vinculada desde hace tiempo a los intereses de la Policía, y gracias a su colaboración hace ya un mes que el admirable proyecto viene tomando caracteres de evidente realidad. El trabajo tenaz y el gran despliegue de actividad que el señor Barón Durán ha empeñado en tan importante labor no dejan lugar a duda de que en muy poco tiempo el personal de la Policía Nacional gozará de los admirables servicios de la Cooperativa.

En días pasados buscamos la ocasión de conversar con el Gerente, a fin de dar a los lectores de la Revista una síntesis informativa de sus proyectos.

“La organización cooperativa —nos dice— tiende a buscar un mayor número de ventajas para todos sus afiliados, y el alcance que mediante este sistema se puede lograr es imponderable; no podría concretarse desde ahora el plan detallado de actividades que se desarrollarán, porque aún no se conocen todas las necesidades, pero sí puede asegurarse que se procurará el establecimiento de todo servicio en que medie el interés de los cooperados y tienda a llenarles una necesidad; el fomento de industrias, la organización de talleres, la instalación de almacenes, etc.

Hemos venido adelantando también una serie de investigaciones en distintos centros de producción agrícola, con el propósito de eliminar al intermediario en nuestras actividades y organizar así directamente la compra de todos aquellos artículos necesarios, abaratando radicalmente los costos.

Una de las bases fundamentales cuyo estudio se adelanta a fondo es la organización de la proveeduría, que una vez conocido suministrará

a la gerencia datos invaluable de organización y formas ventajosas de servir a los socios.

La colaboración de la Junta de Administración que está integrada por distinguidos caballeros vinculados íntimamente a la institución e interesados notablemente por el buen éxito de la Cooperativa asegura la excelente gestión de esta institución.

La Cooperativa es la obra para todos y para cada uno, ese es el espíritu de la idea y el ánimo del gerente. Por él serán atendidos todos los cooperados en cualquier problema, en cualquiera idea, y en fin, en todo lo que para su labor tenga interés.

Nuestra Cooperativa ha organizado sus gestiones de acuerdo con las normas de la Superintendencia Nacional de Cooperativas y creo que gracias a la organización general que le imponamos —como al volumen de sus socios, más de 5.000 accionistas— sea esta una de las más importantes instituciones de esta naturaleza que existen en el país.

Con el propósito de facilitar a todo el personal de la Policía Nacional su incorporación a la Cooperativa hemos establecido notables facilidades para adquirir las acciones, lo que le da a nuestra institución un marcado carácter democrático.”

El señor Barón, hombre práctico y austero, nos dice que prefiere hablarnos en una forma más concreta de la Cooperativa, una vez que ésta se encuentre en plena actividad.



En la elección del Consejo de Administración de la Cooperativa de la Policía Nacional, participaron en forma democrática los socios civiles y militares de la Guarnición de Bogotá.

# LA MEDALLA "POLICIA NACIONAL"

Con el fin de estimular al personal militar y civil, el Sr. Presidente de la República ha creado la Medalla "Policía Nacional", que será entregada a quienes la merezcan por sus méritos el DIA DE LA POLICIA, de cada año.

El decreto por el cual se crea esta distinción dice:

"DECRETO NUMERO 2.390 DE 1942  
(Octubre 14)

Por el cual se establece la Medalla "Policía Nacional"

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

en uso de sus facultades legales y

## Considerando:

Que la Policía Nacional es una Institución que cumple una misión social de fundamental importancia dentro de la organización jurídica de la Nación; y

Que es conveniente estimular el espíritu de servicio de los Oficiales, agentes y empleados civiles, exaltando sus acciones distinguidas en nombre de la República, a la que consagran su esfuerzo con desinterés y abnegación ejemplares;

## Decreta:

Artículo 1º Establécese la medalla "Policía Nacional", que será otorgada por el Ministro de Gobierno el día 5 de noviembre de cada año, con ocasión del "Día de la Policía", previo concepto de una junta calificadora designada por Resolución emanada de dicho Ministerio.

Artículo 2º La Medalla de la Policía se dispensará al personal militar y civil de la Institución en la siguiente forma:

a) A los Directores Generales y Coroneles, después de un año de servicio efectivo en el cargo o grado respectivo.

b) A los Secretarios Generales y Tenientes-Coroneles después de dos años de servicios.

c) A todos los miembros militares y civiles del Cuerpo, que hayan cumplido diez años de servicio efectivo y que se hallen en ejercicio de sus funciones.

d) Anualmente, al Oficial que haya ejecutado algún acto de valor o alguna acción distinguida en circunstancias no comunes, o haya efectuado algún trabajo intelectual o de otra índole, que beneficie a la Institución, o que se haya destacado en la instrucción, educación de sus subalternos o como administrador.

e) Anualmente al Sub-Oficial que más haya sobresalido por su espíritu policial o consagración al trabajo; o haya ejecutado un acto de valor o alguna acción distinguida en circunstancias no comunes; o haya llevado a cabo algún trabajo intelectual o de otra naturaleza que beneficie a la Institución.

f) Anualmente al Agente que haya demostrado mayor espíritu de trabajo, iniciativa o disciplina, o se haya destacado ejecutando actos de valor o acciones distinguidas en circunstancias no comunes, o haya efec-

tuado cualquier trabajo intelectual o de otra índole en favor de la Institución; y

g) Anualmente al empleado civil que haya sobresalido en el cumplimiento de sus deberes, consagración al trabajo e iniciativas en favor del servicio público, o haya ejecutado acciones distinguidas en circunstancias no comunes o haya efectuado trabajos intelectuales o de otra índole en beneficio de la Institución.

También podrá concederse la medalla, previo concepto del Director General de la Policía, a los diplomáticos de naciones amigas, a los miembros de misiones especiales o de Policías extranjeras y a los altos funcionarios nacionales que hayan llevado a cabo alguna obra destacada en pro de la Policía Nacional.

La Medalla "Policía Nacional" será entregada, según el caso, por el Jefe del Estado, el Ministro de Gobierno o el Director General.

Artículo 3º Las características de la medalla serán las siguientes:

Fabricada en plata dorada y formada por una circunferencia de cinco (5) milímetros de radio, con el Escudo Nacional en el anverso y en todo el centro con un cuerpo de uno y medio (1½) centímetros, colocado dicho escudo sobre una estrella de cinco puntas con una longitud de cuatro (4) centímetros, sobrepuesta en dos círculos, el central de 30 milímetros en que aparecerá el tricolor nacional, y el otro círculo de 40 milímetros de radio por cinco (5) milímetros de ancho en que estará inscrita la leyenda "República de Colombia.—Policía Nacional", rematando una corona de laurel de cinco (5) milímetros de ancho.

La medalla será soportada por un cóndor con las alas desplegadas, de 25 milímetros de alto por 40 milímetros de una punta a la otra de las alas, con las garras colocadas entre las dos puntas de la corona de laurel y sobre la faja circular que lleva la leyenda arriba mencionada.

En el reverso llevará la medalla hacia el centro una circunferencia de 30 milímetros de radio, en cuyo centro se inscribirán las siguientes palabras: "Honor al Mérito y al Servicio" y luego, en otra circunferencia de cinco (5) milímetros de ancho, llevará la siguiente leyenda: "Guardianes del Orden-Centinelas de las Leyes"; y como remate, la corona de laurel de 5 milímetros de ancho y en una argolla la cinta de seda respectiva de color amarillo naranja y de 40 milímetros de ancho.

Con la medalla se entregará un Diploma de 25 centímetros de ancho por 35 centímetros de largo, que ostentará en la parte superior el escudo de armas de la Nación, enmarcado dentro de las palabras: "República de Colombia.—Ministerio de Gobierno", y con la siguiente leyenda: "En nombre del Presidente de la República, Jefe Supremo de la Policía Nacional, se concede la medalla **Policía Nacional**, al señor.....". Este diploma será firmado por el Ministro de Gobierno.

Artículo 4º Aprópiase la partida de \$ 2.500 m. c. para pagar en el presente año los gastos que demande la confección de la medalla "Policía Nacional". En adelante se apropiará la suma de \$ 1.000 anuales, con destino al mismo gasto.

Comuníquese y cúmplase.

Dado en Bogotá, a 14 de Octubre de 1942.

El Presidente,

**ALFONSO LOPEZ**

El Ministro de Gobierno,

**Darío ECHANDIA"**

# FABRICA ITALO-COLOMBIANA DE CHOCOLATES

*Los chocolates y dulces  
que suslituyen los importados  
superándolos por su frescura.*

Carrera 7a. No. 40-58 — Bogotá.



## **“EL VESTIDO NACIONAL”**

**FABRICA Y ALMACEN**

**Carrera 13, No. 17-44—Tel. 74-12**

Fabricamos toda clase de prendas para militares y civiles,  
desde un capote hasta una gorra; especialidad en prendas  
sobre medidas, en telas lavadas.

Le ofrecemos lo mejor por el menor costo.

Empresa colombiana con elementos absolutamente  
colombianos.



—Y la carta, dónde está? — Aquí la truje, doptor.”

—Pero quién lo echó?

—Pes quién, doptor? El patrón. Ora verá. Jue y me dijo cuando paró el carro: “Ole, Nastasio...”

—Ya lo dijo, hombre.

—Pero no todo, doptor. Jue que después me dijo: “Le doy sus diez pesos, me entriega la carta y nu hay pa que güelva”. Lo vio que m’echaron, doptor?

El secretario escribía rápidamente las respuestas.

—Se fue para Chía? —inquirió el alcalde—.

—Eso mesmito. Yo soy una persona honrada, doptor. Jui a Junza, pero no encontré a naides. Tuve dos días buscando y nada.

—A nadie?

—Pes al que debía darle la carta. Mejor dicho, a quen me habían mandao a buscar. En Junza no había ningún Forge Gómez. Antós yo me jui pa Chía y ora supe quisque habían matao al patrón. Y me vine a ver no creyeran que m’iba a desconder.

—Y la carta, dónde está?

—Aquí la truje, doptor.

Extendió el sobre, sucio y arrugado. La dirección estaba escrita a máquina: “Se-

ñor Jorge Gómez.—Funza.” El alcalde rompió el sobre y en el interior sólo había *un papel en blanco*.

—Esta era la carta que mandó don Salustiano con tanta urgencia?

—La misma, su mercé. Dios me perdone. Y como no topé a don Forge Gómez, y don Salustiano m’había dicho que no golviera... Hay algo malo, doptor?

—Por lo pronto lo voy a detener. Usted tiene que explicar muchas cosas y probarlo todo. Enciérrenlo, incomunicado.

—Taba preparao pa eso, doptor.

Con Anastasio Toquica eran cuatro los detenidos provisionales. En realidad, no había cargo concreto sino contra éste. Ya se sabe que con mucha frecuencia indicios fuertes bastan para establecer una culpabilidad. El secretario se puso, después de este interrogatorio, a explicar al alcalde:

—Para mí, don Juan, que la cosa va bien. De los cuatro, uno es. Usté es injusto conmigo, don Juan. El trago ha sido mi maldición, es verdá. No debía decirlo, pero podía estar en Bogotá bien empleado. Perdí el puesto que tenía en el ministerio de gobierno, porque iba borracho, Dios me perdone! Y eso fue peor.

## LINEAS DE TRANSMISION DE ENERGIA ELECTRICA

LAS EMPRESAS UNIDAS DE ENERGIA ELECTRICA, S. A., ponen en conocimiento del público y de sus consumidores las medidas que se han visto obligadas a tomar para protegerlos de los innumerables robos de materiales eléctricos que se han presentado últimamente:

**PRIMERO.**—Las Empresas no aceptarán ni conectarán instalaciones ejecutadas con materiales usados por la dificultad de comprobar su procedencia;

**SEGUNDO.**—Para las instalaciones que se ejecuten con materiales nuevos las Empresas exigirán, antes de conectarlas, certificado de procedencia del material, y

**TERCERO.**—Cuando algún consumidor desee trasladar su instalación a otro local deberá como primera medida solicitar de las Empresas un inventario de los materiales para que puedan ser aceptados en el nuevo local. Esta revisión de los materiales que se van a retirar la harán las Empresas sin costo alguno para el consumidor.

Si con estas medidas no se consigue remediar el robo de materiales eléctricos, las Empresas se verán obligadas a tomar medidas más rigurosas para salvaguardar los intereses de sus clientes.

### "IMPERIAL"

Exija Ud. esta marca en sus compras de:

### CAMISAS y PIJAMAS

En los mejores almacenes de artículos para hombre

SIEMPRE QUEDARA SATISFECHO

**CALLE 24, No. 5-31**

**Tel. 82-31—Apartado 1128**

# Electrolux

**CASA SUECA, Cía. Ltda.**

*BOGOTA — MEDELLIN*

*BARRANQUILLA — CALI*

Pídanos una demostración de las mundialmente famosas máquinas Aspiradora y Enceradora "ELECTROLUX"

Me llené de deudas, y por fin me conseguí este empleo aquí hace casi tres años. Estoy tranquilo, no le hago mal a nadie, quiero ganarme honradamente mis treinta pesos. Yo creo que no me va a votar, don Juan. Como le decía, uno de los cuatro es. Vamos a eliminar circunstancias con juicio, y verá que tenemos al asesino. Déjeme echar un trago, y tome usted otro, don Juan. Se nos aclaran las ideas.

El alcalde aceptó maquinalmente la copa que le ofreció su secretario, el cual guardaba siempre una botella en su escritorio.

—Tenemos —siguió diciendo García— en primer lugar, a Venancio. Se presenta aquí, denuncia a don Salustiano, lo amenaza...

Uno de los guardianes interrumpió:

—Un telegrama, doptor. Lo acaban de traer.

El alcalde recibió el mensaje, escrito a mano en una titubeante caligrafía femenina, y leyó lo siguiente:

"Bogotá, junio 20 de 1942. — Alcalde. Altoverde.

Acabamos de descubrir cadáver don Salustiano en esta ciudad. Urge averiguar quién fue enterrado ese cementerio. — Detectives."

#### IV

##### *Confusión.*

—No, don Salustiano no podía tener dos cadáveres —dijo enfáticamente el secretario—.

—Claro que no, animal! —replicó, enfadado el alcalde—.

García estaba tembloroso ante la horrible noticia, que venía a sumir la calma habitual de su empleo en una complicación superior a toda comprensión.

—Los detectives están equivocados, don Juan. Sería horrible que hubiera otro cadáver de don Salustiano en Bogotá.

El alcalde revisó una vez más los objetos que había encontrado en los bolsillos del muerto: la cédula de identidad, con todos los requisitos legales. El pase de chofer, también con su fotografía. Cartas sin importancia, pero estrictamente personales. Su libreta de apuntes, con anotaciones tontas, pero que sólo podían pertenecer a él.

—Y el sitio donde apareció muerto —dijo, completando su cavilación—. En su propia finca, cuando bajaba del carro para entrar a la casa.

La consternación del secretario era conmovedora. Hacía frío, pero tenía la frente cubierta de sudor.

—No hay más, los detectives están equivocados —repetía—.

—A ver, guardián —ordenó el alcalde—. Tráigame a los presos!

Inmediatamente fueron presentados los cuatro detenidos, que estaban encerrados en el único lugar habilitado para cárcel.

—Oiganme: ustedes conocieron a don Salustiano, bien?

Todos respondieron afirmativamente. De manera atropellada explicaron las circunstancias. Muchas veces lo habían visto de cerca, habían disputado con él, habían trabajado en la finca, les había pagado con sus propias manos.

—Y el muerto era don Salustiano? Piensen antes de contestar. Usted, Sebastián.

—Pes claro, su mercé. Güeno: tenía la carita despedazada, pero era su mismo empaque, la misma figura.

—Y el vestido, su mercé. No ve que yo le conocía el vestido? —dijo Venancio—.

—A luégo qué pasó? —preguntó Toquica, que era el más avisado de todos.

—Maldita sea! —gruñó el secretario—. Que don Salustiano fue asesinado dos veces: una aquí y otra en Bogotá. Ahí está el telegrama.

Los campesinos manifestaron su asombro. Sebastián comentó:

—A yo me tiene preso por nada. Pero esto es cosa del mismo patas.

Gravitaron la angustia, el desconcierto, la desazón, en la pacífica alcaldía. La noticia de los dos cadáveres trascendió en seguida y la gente ingenua compartía el concepto de Venancio: era cosa del diablo. Pero el alcalde tenía que poner en claro todo.

En la única asistencia del pueblo, a la hora del almuerzo, el alcalde estuvo preocupado. La señorita Lucrecia Martínez, directora de escuela de niñas y compañera habitual de mesa del burgomaestre, se propuso estimularlo.

## **El suscrito Secretario de la Junta Asesora de la Administración Municipal**

HACE SABER

que el día 29 de enero entrante se llevará a cabo una licitación pública para adjudicar al mejor postor el contrato de arrendamiento de los sótanos de la Avenida Jiménez de Quesada, entre carreras 7ª y 8ª, de conformidad con el pliego de cargos que se suministra a los interesados en la Secretaría de la Junta (Palacio Municipal, oficina número 17, segundo piso).

Bogotá, diciembre 21 de 1942.

FRANCISCO J. AREVALO,  
*Secretario.*

**DEPOSITO DE DROGAS**

**JESUS CORTEZ**

Ventas y compras al por mayor  
Cotizaciones a vuelta de correo

Carrera 14, No. 15-82

Tel. 27-76 — Telégrafo: Drogcortez

**DROGUERIAS:**

**Girardot: Droguería Inglesa**

Bogotá: Jesús Cortez

Carrera 13, Nos. 61-25 y 61-29

Teléfono 500 Chap.

Donde mejor se le atiende

**ALMACEN**

“*La Palma*”

VIVERES, RANCHO  
Y LICORES

VENTAS POR MAYOR  
Y AL DETAL

CARRERA 7a. No. 20-74  
TELS. 34-14 y 70-73

**BOGOTA**

—Ya lo sé todo: lo de los dos cadáveres. Habrá alguna confusión. Van a venir los detectives otra vez?

—Los espero ansiosamente. Si no llegan me volveré loco!

—Yo he pensado mucho en la cosa —agregó la maestra—.

Tendría veinticuatro años y era agraciada, aun cuando carecía de belleza. Desgranaba su juventud tranquilamente, sin inquietudes aparentes, en la paz aldeana y en la monotonía pedagógica.

—Y qué se le ha ocurrido, señorita? —inquirió el alcalde, por galantería—.

—Para mí, ninguno de los presos es. Son unos pobres hombres incapaces de ese crimen. Podrá ocurrir que bajo la influencia de la chicha riñan, se maten unos a otros. Pero tienen un respeto instintivo por los patronos. Además, son demasiado cándidos. Lo habrían confesado en seguida. Fíjese también que ni siquiera se han atrevido a destruir la desviación de la quebrada que hizo don Salustiano y que tanto los perjudica.

—Sí —respondió el alcalde—. Pero yo no puedo mandar a Bogotá el expediente con unas declaraciones, el concepto del médico legista, el levantamiento del cadáver, y ni un preso. Sería un fracaso! Y ahora con esta endemoniada complicación! Además, el indio Toquica está muy comprometido.

—Mire, don Juan —dijo la maestra—. Yo creo que las cosas son como cada uno las ve. Hay una serie de hechos en todos los problemas de la vida. Pues vamos a ver cómo los ve usted y cómo los veo yo. Pero será después de que vengan los detectives.

—Lo malo es que yo, como funcionario... La reserva del sumario... La ley...

—Ahí encalla todo. Bueno: hablaremos otro día. La presencia de los detectives puede aclararlo todo.

No ocurrió así, y cuando relataron las pesquisas hechas en Bogotá, en un informe que debía agregarse al expediente, el problema, lejos de aclararse, se complicó más aún.

Según lo dijeron los "tiras", don Salustiano tenía un departamento por la plaza de la Concordia. Se pudo localizar con

relativa facilidad por medio del correo urbano. No recibía sino muy escasa correspondencia, pero tenía su dirección registrada. El departamento abría su puerta sobre la calle, en un lugar de escaso tránsito. En el vecindario nadie sabía nada. Las tiendas son los mejores centros de información y en las cercanías no había ningún expendio de víveres. Se pudo saber, sin embargo, que don Salustiano llegaba algunas veces ebrio, acompañado de mujeres a quienes despachaba a la mañana siguiente. Parecían, según las insuficientes averiguaciones obtenidas, de baja categoría. Sin embargo, también se presentaba otra mujer bien vestida, con relativa decencia y discretamente penetraba a la habitación del hombre. Hasta ahora no se había hallado esta mujer, pues la descripción que de ella hicieron los pocos que la habían entrevisto era contradictoria hasta el punto de que podría tratarse de tres o cuatro personas diferentes.

Nadie conocía la familia de don Salustiano, pero los detectives, al cabo de cuidadosas averiguaciones con posibles amigos, quienes habían tenido negocios con el occiso, lograron saber que éste era casado. Pero hacía muchos años la esposa fatigada del mal tratamiento a que la sometía y de su avaricia, se había vuelto con su familia. Residía posiblemente en Ibagué, donde se había efectuado el matrimonio, porque nadie volvió a saber de ella. La fortuna que dejaba podía calcularse en unos veinticinco mil pesos. La finca de San Marcos, que no se explotaba como era debido, podía valer quince mil pesos. En la ciudad tenía otra clase de negocios: prestaba dinero, compraba objetos de diversa índole para cambiarlos o revenderlos, y era lo que suele llamarse, con cierta ambigüedad, un agente comisionista. No tenía oficina, pero en su departamento recibía a las personas con quienes trataba.

Provistos de las autorizaciones necesarias, los detectives violaron la cerradura del departamento y penetraron en él. Había, a primera vista, un gran desorden. El primer cuarto era un despacho. En uno de los ángulos estaba un escritorio, sobre el cual veíanse un tintero de cris-

# Samacá

LAS TELAS DE MAYOR RESISTENCIA Y DURACION

GERENCIA Y CENTRAL DE VENTAS EN BOGOTA

**Carrera 9a. No. 13-47**  
**Tels. 5309-5534-157**

# Casa Inglesa

INDUSTRIAS IVOR S. A.

CALLE 13. No. 15-93-A  
TELEFONO 18-00

Aceites Lubricantes - Maquinaria  
Agrícola - Asbestos y Fibras para  
Bandas de Frenos

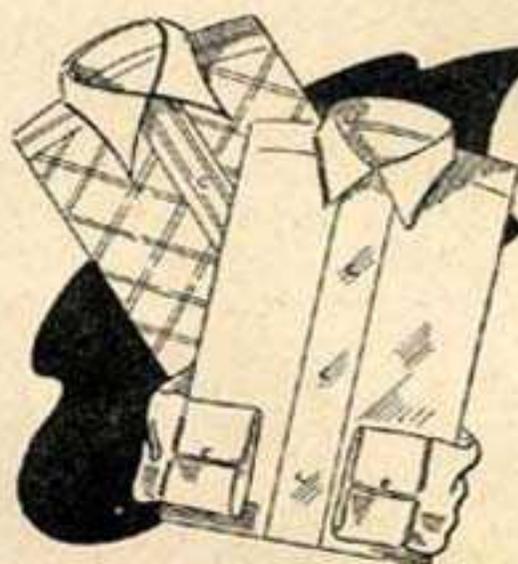
EFICIENTE SERVICIO  
ATENCIÓN Y CORTESIA

# Coltejer

FABRICA LA  
MEJOR TELA  
PARA CAMISAS

- EN COLORES
- Y BLANCO

TODAS MERCERIZADAS



# Coltejer

LA TELA NACIONAL  
INSUPERABLE

tal, volcado, una lámpara eléctrica, también volcada, y gran cantidad de papeles, confusamente amontonados. Los cajones del escritorio habían sido fracturados y su contenido estaba tirado por el suelo. En el otro ángulo de la habitación erguía una caja de hierro de tamaño mediano. Estaba entreabierta y se veía que también había sido cuidadosamente requisada. Más papeles, correspondencia, recibos y un fajo de documentos y de letras canceladas, y por consiguiente, sin valor alguno.

El examen de esos papeles no reveló nada de importancia, como no fuera la circunstancia negativa de que no había ni un solo comprobante de acreencias ni de existencias de dinero, ni de préstamos, ni de nada que indicara un capital activo. Pero esto no tuvo en el primer momento la importancia que adquirió después. Un diván o chaise-longue, varias sillas, dos sillones modernos de brazos y una mesilla con una máquina de escribir completaban el mobiliario del despacho, en donde sólo resaltaba, desde el primer momento, ostensible desorden. A la derecha se abría la puerta que conducía a la alcoba. Aun cuando se veían claras huellas de que este aposento también había sido requisado, las cosas se mantenían en su lugar. Una lujosa cama moderna, ancha, cubierta con edredones de seda, erguía en el centro, y sobre ella había un pijama, cuidadosamente doblado. El suelo estaba protegido por un gran tapiz de lana. Las mesas de noche eran del mismo estilo del lecho. La cama estaba tendida y no se había usado recientemente. En un ángulo había una licorera, un radio Punto Azul, de gran tamaño, con aditamento para tocar discos, y varias sillas, todo lo cual daba sensación de alegría y de confort. En la pared opuesta a la cama se levantaba un gran armario, en cuyo interior colgaba buena cantidad de ropa. Hallaron cuatro vestidos de calle casi nuevos, camisas, cuellos, prendas interiores, todo masculino.

Veíanse dos puertas más. Una conducía al baño, amplio y cómodo, donde se encontró el detalle más extraordinario de la investigación. Debajo del lavamanos, a medio ocultar, se hallaban un zapato y

una media de seda, femeninos, que no encajaban con ningún otro objeto. Ambos indumentos estaban sin usar, y su presencia fue de todas las cosas, lo que más impresión y desconcierto produjo en los funcionarios. La otra puerta se abría sobre una cocina, que al parecer no se usaba nunca, porque la escasa loza que había en un estante estaba cubierta de polvo y lo mismo la estufa. Sobre el polvo veíanse bien marcadas huellas de manos. Y un gran refrigerador, cuya presencia parecía insólita e innecesaria. Los detectives pensaron que aquel costoso artefacto, cuyo tamaño era el mayor que se consigue en el mercado, era una cosa superflua, que chocaba contra todo lo demás, como el zapato y la media. Si este aparato no estuviera tan nuevo y reluciente, se habría pensado que provenía de uno de los cambalaches que formaban parte de los negocios de don Salustiano. Al abrir la puerta metálica, esmaltada de blanco, apareció en ropas interiores, embutido, la cabeza sobre las rodillas, el cuerpo doblado sobre sí mismo, *el cadáver de don Salustiano*. La nevera funcionaba normalmente y el cuerpo se hallaba en perfecto estado de conservación.

Los detectives comunicaron este hallazgo a sus superiores, y uno de los jueces de instrucción abocó inmediatamente el seguimiento de la investigación. Los médicos legistas dictaminaron que el cadáver presentaba una contusión, producida por instrumento contundente esgrimido con gran fuerza, en el occipital, que aparecía fracturado y hundido, y las primeras vértebras cervicales fuera de su lugar, como si un segundo golpe con el mismo instrumento hubiera fracturado el cuello. Ambas heridas eran mortales, pero muy posiblemente la víctima había muerto desnucada a consecuencia del segundo golpe. Era imposible calcular, siquiera aproximadamente, el tiempo que el cadáver llevaba en la nevera, por estar casi congelado, lo que mantenía de manera indefinida sus condiciones.

Como a los detectives les hubiera impresionado la nevera, tan fuera de lugar, tan superflua, que parecía adquirida exclusivamente para guardar el cadáver, hicieron algunas indagaciones en tal senti-

# Bell & Howell Co.

CHICAGO—LONDRES—HOLLYWOOD

• •

LOS MAS GRANDES MANUFACTUREROS DEL  
MUNDO EN EQUIPOS DE CINE Y FILMADORAS  
DE LA MAS ALTA CALIDAD

• •

RESULTADOS PROFESIONALES CON  
LA COMODIDAD DEL AFICIONADO

• •

*Filmo*

Unicos distribuidores para Colombia:

**AGENCIA KODAK  
FOTO ESTRELLA**

Carrera 7a. No. 12-66





"Los empleados que lo instalaron declararon que habfan visto en el gran lecho del departamento, en tanto que trabajaban una mujer tendida, al parecer ebria o dormida...."

do. El artefacto había sido adquirido la víspera del día en que fue hallado el primer cadáver de don Salustiano en su finca de San Marcos, y los empleados que lo instalaron declararon que habían visto en el gran lecho del departamento, en tanto que trabajaban, una mujer tendida, al parecer ebria o dormida. Estaba de lado, de espaldas a la puerta, por lo cual no pudieron contemplar el semblante que, por otra parte, parecía casi cubierto con una sábana. Pero vieron, en cambio, el zapato de tacón alto, la media de seda en torno de una pierna robusta, acaso demasiado musculada, como de mujer cuarentona, y sobre una de las sillas, una cartera, un abrigo y un sombrero femeninos. El dueño de casa había vigilado tranquilamente a los obreros. La nevera

fue introducida por cinco personas, pero sólo dos permanecieron en el cuarto por más de media hora, tiempo que invirtieron en adaptar una instalación eléctrica que ya estaba hecha.

Otros detectives habían sido comisionados para indagar acerca de esta mujer, lo mismo que, sobre la que firmaba la carta con una equis y pedía dinero con gran frialdad. Díaz y Céspedes venían a presenciar la exhumación del cadáver sepultado en Altoverde y a buscar en él alguna señal de identificación.

Pero esta operación no dio resultado alguno. Los restos se hallaban en estado de descomposición, aun cuando fue posible obtener huellas dactilares para buscar algún indicio en la oficina de cedulaación electoral. Los campesinos presos, los

mismos que habían sido puestos en libertad, y en general cuantos en el pueblo habían tratado o conocido de cerca a don Salustiano, desfilaron ante el ataúd, en el cementerio rural, y reconocieron de manera unánime, hasta donde era posible, el cadáver putrefacto del despótico propietario de San Marcos.

El alcalde, Juan Cortés, tuvo que suspender la investigación en este punto y enviar el expediente con las diligencias rutinarias a Bogotá para que continuara trabajando uno de los jueces de instrucción. Junto con las diligencias fueron remitidos los presos Venancio Benavides, Sebastián Guaical, Anastasio Toquica y Marcos Teque.

El investigador tendría que aclarar en Bogotá cuál de los dos cadáveres era auténticamente el de don Salustiano, y qué relación había entre los dos antes de la muerte. El alcalde no tenía medios de averiguarlo, como tampoco establecer la identidad de la mujer vista por los obreros, cosa que le parecía de gran importancia. Por lo demás, la imaginación se perdía en una serie de conjeturas contradictorias, absurdas e infundadas. ¿Quién podría decir si fue uno solo el asesino de los dos? ¿Cómo se encontraría el motivo preciso de estos crímenes?

En vano pasó el alcalde el resto de la semana entregado a su preocupación, esperando conocer alguna noticia, recibir nuevas órdenes para practicar cualquier diligencia que contribuyera a satisfacer su curiosidad. Sólo el sábado tuvo la noticia de que Venancio y Sebastián habían regresado, y que disfrutaban de libertad incondicional.

## V

### *Divagaciones.*

Era domingo y el alcalde disponía de todo su tiempo, después de los breves negocios de la mañana. Después del almuerzo, quedóse en la mesa, y la señorita Lucrecia Martínez le hizo una excelente compañía. Se habló primero del ambiente local, de la obra pedagógica de la maestra, de los vecinos y luégo del crimen.

—Si pensáramos bien la cosa, tal vez diéramos con algo —sugirió ella—. El

otro día le dije que lo importante es abrir los ojos y ver las cosas desde un ángulo adecuado.

—No puedo, Lucrecia. La reserva del sumario... Cómo le voy a contar las cosas del sumario?

—No es curiosidad, se lo aseguro. Tal vez de pronto, meditándolo, se nos ocurra algo.

El alcalde acabó por acceder y le hizo un breve resumen de los hechos. Cuando había algún punto oscuro, ella formulaba preguntas oportunas. Y lo inquiría con tanto acierto y seguía de tal suerte la marcha de los acontecimientos buscándoles encadenamiento lógico, que el alcalde acabó por confiarse enteramente. En realidad ya no tenía la responsabilidad de la investigación, que estaba en poder de uno de los jueces de Bogotá, pero continuaba siendo funcionario, y era su deber primordial ayudar, si podía, a la justicia.

—Y no han puesto en libertad a esa gente? —preguntó ella cuando el alcalde terminó—.

—Ayer llegaron Sebastián y Venancio. No los vio? Los sindicatos hasta ahora son Anastasio y Marcos Teque. Desconfío mucho del tal Anastasio.

—Pero cómo relacionan los dos crímenes? No comprende que, en el fondo, pueden ser uno solo?

—Estarán investigando. Esperemos a ver qué dicen en Bogotá.

—Y usted sabe por fin cuál es don Salustiano?

—El muerto de Bogotá. Me lo explicaron ayer Venancio y Sebastián. El de aquí no ha sido identificado, dicen. Ni en las oficinas de la policía, ni en las de la cedulaación existen sus huellas dactilares. En cambio, las del cadáver de allá coinciden con las de la cédula electoral.

Ella quedóse pensando un rato. De pronto preguntó:

—Y la carta, Juan? La carta que llevó Anastasio?

—Es uno de los detalles más inexplicables.

—Hay otros muchos, pensándolo bien.

—Pudo suceder —dijo el alcalde— y me parece la solución más acertada, que

equivocara los papeles. La verdadera carta pudo quedársele en el departamento.

—Pero a quién? A cuál de los dos? Y además, por qué, siendo un hombre avaro, pagaba espléndidamente un servicio pequeño? Diez pesos por llevar una carta y era un papel en blanco. Y no pudo quedársele en el departamento, porque iba precisamente dirigida a una persona que no existía.

—Qué sugiere? —preguntó él—.

—Quería quedarse solo. Más aún. Quería que Anastasio no volviera nunca!

—Quedarse solo? Para esperar al asesino?

—Tal vez.

—Habría entonces una cita con éste?

La maestra volvió a meditar, las negras pupilas perdidas en el vacío, concentradas sus facultades.

—Y la mujer? —expresó—. La que vieron los hombres de la nevera! Podría, tal vez, aguardarla en la finca, y no quería testigos.

—Pero cómo vendría?

—Más tarde, en otro coche. O estaría en algún sitio próximo, oculta, mientras él llegaba a preparar la casa y a alejar a la gente. Esa mujer lo enlaza todo: tal vez sea el centro del asunto.

—Será la misma de la carta en que le pedía dinero?

—Cómo era la carta? Digo, en qué tono?

—Más o menos decía que le enviara el dinero que le había prometido y que le expresaba la seguridad de su agradecimiento. y luego, como firma: "X".

—Tal vez esté yo equivocada. Pero esa es otra. La misma no tenía para qué escribir, si estaba con él.

—Claro! No había pensado en ello. Hasta ahora he creído que sólo hay una mujer en escena.

—Vio? Podremos, tal vez, aclarar algo más. Usted estuvo en la requisita de la casa de la finca?

—Sí. La hice yo mismo.

—Había papeles de crédito, documentos, recibos, algo de eso que los detectives echaron de menos en el desorden del departamento?

—Claro! Había un paquete, cuidadosamente atado. Representaba créditos por

unos cuatro mil pesos. Y una libreta de cheques con saldo favorable. Pero no en la casa: estaban escondidos en el automóvil.

—Y esos papeles?

—Entregados a la investigación, desde luego. Están buscando a todos los acreedores, creo. Por ahí podría ser.

—Absurdo —declaró ella—. Si un acreedor hubiera querido recoger sus papeles, había dejado los otros. Y sin embargo, los buscaron cuidadosamente, todos, y a ello se debió el desorden del escritorio. Cómo encajarían, en el crimen de un acreedor, los dos cadáveres?

—No había pensado tampoco en eso.

—Cómo explicaron los detectives el hallazgo de un zapato y una media de seda en el departamento?

—Conjeturas. Se trataría de una mujer coja.

—No explica nada. Una coja no compraría sino un solo zapato. Podría usar las medias sucesivamente y guardar la otra. Había llamado la atención del menos avezado y observador de los vecinos. Alguien ha mencionado a la coja?

—Parece que no.

—Sigamos por ahí. Eliminemos a la coja. También a alguien que escapara apresuradamente ante un gran peligro. Podría huir una mujer con un solo zapato y una sola media? Si el terror hubiera llegado a ese extremo de desconcierto, habría salido gritando, pidiendo auxilio. Alguien la habría visto, aun en lo avanzado de la noche. Además, ese detalle suena mal.

—Otra cosa —sugirió el alcalde—. Podría ocurrir que ella fuera la asesina. Cumplida su obra en el departamento, por lo menos la primera parte, se llenó de angustia frente al cadáver. Pudo tomar un taxi. Los choferes no van a denunciar, porque eso supone una serie de incomodidades, la pérdida de tiempo, las citaciones a declarar, a veces hasta la detención. Es una de las irregularidades de nuestros procedimientos investigativos. Se aterroriza a los testigos espontáneos.

—Será cierto —repuso la maestra—. Pero si el temor de esa mujer la llevaba a tal grado de aturdimiento, cómo podríamos explicar la presencia del cadáver

NOS HEMOS IMPUESTO ENTRE  
LA OFICIALIDAD DE LA POLICIA

☆ *Por nuestro cumplimiento*  
☆ *Por nuestro buen gusto*  
*Como los mejores cortadores civiles y militares.*

## SASTRERIA NUÑEZ

Carrera 9a., número 9-81 — Teléfono 46-17

Telégrafo: JULNUÑEZ — Apartado 1956

— DESPACHOS POR CORREO —

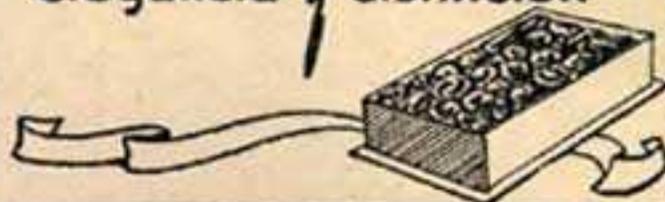
Productos

*Marro*



para  
sus  
**FIESTAS**

elegancia y distinción



EQUIPAMOS A LOS CUERPOS DE  
POLICIA Y EJERCITO

EL ALMACEN DE

**LEOPOLDO GUTIERREZ B.**

*ofrece toda clase de prendas para  
Militares, tales como morrales, tu-  
bos, cinturones universales, cinturo-  
nes para servicio, cinturones para  
tráfico y cinturones para sable. Abo-  
tonaduras, espuelas, espolines, etc.,  
etc. Todo de acuerdo con el Regla-  
mento vigente. Despachos a toda la  
República. Ventas por mayor  
y menor.*

Almacén:

Calle 12 Nos. 10-30/32. Tel. 44-13

Fábrica:

Calle 11 N° 29-52. Tel. 90-95

Telégrafo: LEGUBAR. - Apart. Nal. 163

Bogotá — Colombia.

Cra. 23, No. 12 B-30-32—Tel. 5348—BOGOTA  
**Bielsa, Bohigas y Cía.**

en la nevera? Quien lo colocó en ese sitio actuaba dentro de una gran serenidad. O era que tenía sangre fría para mantener al hombre, desnudarlo, meterlo en el refrigerador, ponerse a buscar los documentos y luego, de súbito, se llenaría de un terror tal que se fugara con un solo zapato puesto?

—No, no puede ser...

—Luego la explicación que usted da es imposible. Pero espere: dije algo que me produce una idea. Pero no sé cuál. Repita las palabras que acabo de decir.

El alcalde repitió, como pudo, esa idea.

—Tenemos que desmenuzarlo todo. Algo que dije se relaciona con un hecho esencial. Algo! Qué?

—Dejémoslo, quiere? —sugirió el funcionario—. Nos romperemos la cabeza, sin encontrar solución. Además, los investigadores de Bogotá lo están haciendo todo.

Pero ella pareció no oírle. Ahora hablaba como si estuviera meditando en voz alta:

—El cadáver... La nevera... Una media y un zapato... Una mujer aterrorizada... Doblado en dos... Desnudarle...

De repente lanzó una exclamación.

—Claro! —gritó—. Desnudarle! Eso es! Para qué lo desnudaban? Para quitarle la ropa! Porque necesitaban la ropa! La ropa que tenía puesta! El vestido que todos le conocían en la finca. Los que había en el armario no servían, porque no eran bien conocidos aquí.

—Pero qué sugiere, Lucrecia?

—Piense, por Dios, un poco. Para qué querían el vestido? Para que lo viera alguien que lo conocía. Otro traje no serviría. El de cuadritos era esencial. Con otro, el parecido podría parecer más lejano, tal vez desaparecer. Enlace esto: el cadáver en ropas interiores, habiendo más ropa; la desaparición de los documentos y su hallazgo en el automóvil; el envío de Anastasio con una carta que no era carta; la generosidad de darle diez pesos; no bajar del automóvil al darle la carta... No le dice nada todo eso?

—Sí... Sí...

—No era el mismo!

—Claro que no era el mismo! Son dos personas distintas.

—Sí! Pero no ve que el muerto de aquí mató al de allá? Quería hacerse pasar por él en la finca.

El alcalde se quedó pensando un rato. Ella tenía los ojos brillantes, febriles.

—Tiene que ser así —dijo por fin el funcionario—. Lo habrán descubierto en Bogotá? Tendré que ir mañana!

—Y qué hace con la mujer? —insistió Lucrecia—.

—La mujer?

—Sí. La enferma o ebria de los obreros de la nevera. Qué hace con ella? Cómo la encaja en esto?

—Tal vez sea enteramente accidental. Fue a visitarlo, bebieron, no tenía costumbre... O bien, sufrió un síncope.

—Elimine el síncope. El habría llamado médico ante el temor de que se muriera ahí, y luego se viera complicado, por ejemplo, en un envenenamiento. Por el contrario, usted me dijo que estaba tranquilo y actuaba naturalmente.

—Entonces ebria? —preguntó él.

—Por Dios! Y el zapato y la media?

—Eso es inexplicable! Pero para qué nos estamos martirizando?

—El zapato y la media... El zapato y la media... —repetía ella, procurando extraer de las sílabas hasta el más remoto contenido que pudiera ocultar—. El zapato y la media... Los hombres de la nevera... Testigos y espectadores...

De pronto, Lucrecia lo vio todo diáfano.

—Uno se complica la vida y se complica todas las cosas por no pensar. Si todo está claro! No le sugiere nada la palabra espectadores? Todas las palabras tienen una indicación, un significado que las relacionan unas con otras y con los hechos que sugieren. Y esto lo olvidamos siempre.

—No entiendo lo que quiere decir.

—El espectador no sugiere el espectáculo? Y éste no es la escena, el teatro? Dije espectador y esa era la palabra clave. Se había preparado un espectáculo. No hacía falta para ello sino un solo zapato y una media. Las prendas compañeras quedaron olvidadas en el baño. Las que se utilizaron deben estar es-

# SEÑORES COOPERADOS DE LA POLICIA NACIONAL

Tienen la oportunidad de hacerse a un sobretodo impermeable bien sea para hombre, señora o niño, por un precio cómodo y con facilidades para el pago por conducto de la Cooperativa, de la acreditada

marca

***Eroydon***

**Almacén: Cra. 9, No. 13-27**

**TELEFONO 20-13**

También tenemos calzado de lona y caucho vulcanizado para deportes y uso diario.

condidas en alguna parte, junto con un abrigo, un sombrero y una cartera de señora.

—Pero qué dice? No divague!...

—No había mujer, Juan! No lo ve? *Era el cadáver!*

El alcalde se puso en pie de un salto.

—No! —casi gritó, bajo el peso de la sorpresa—.

—Cierre los ojos —respondió la maestra dulcemente—. Piense unos momentos y reconstruiremos la escena. Eso es todo: escena.

Hubo un breve silencio. Después ella comenzó a hablar.

—Enlacemos estas cosas, Juan: había más ropa en el departamento, y el cadáver apareció casi desnudo, en la nevera. Ninguno de los trajes que estaba en el armario parecía usado en el mismo día. Será muy rara la persona que se desnude, por ejemplo, para dormir, y antes de acostarse guarde el vestido en el armario y se ponga a pasear en ropas interiores hasta que lo encierran en un refrigerador. Y más aún: que teniendo pijamas, como debía tenerlos, estuviera en prendas íntimas.

—Sí! — casi gritó el alcalde—. Había pijamas. Uno de ellos estaba extendido sobre la cama, listo para ser usado.

—Alguien necesitaba el traje para cambiar de personalidad. Quién? Sólo una persona: el que viene en el automóvil a San Marcos, le regala diez pesos a Anastasio, lo que sirve para identificarlo, dado que don Salustiano era avaro para pagar los servicios, y lo aleja con el pretexto que indica la necesidad de que se vaya *esa misma noche*. No al día siguiente: esa noche. Y esto sin descender del carro, ante el temor de que algún ademán, algún movimiento, cualquier cosa produjera sospechas sobre su identidad. El ruido del motor podría disimular un poco la voz.

—Es diáfano, como la luz —comentó el alcalde—. Pero lo de la mujer?

—La víspera de ese día —respondió la maestra— el almacén de artículos eléctricos recibió el pedido del refrigerador, no? No sabemos si fue personalmente, como es muy posible. Llegaron los obreros. Pero el refrigerador tenía un objeto

preciso. No era una compra al azar ni un capricho. Cuál era este objeto? Esconder y conservar el cadáver. Si este cadáver era el del auténtico Salustiano, el refrigerador sólo se compró después de la suplantación.

—Caramba! Pues todo eso es cierto, Lucrecia.

—Entonces el cadáver estaba en el departamento —siguió ella— cuando fueron a instalar el aparato. Dónde podría ocultarlo el asesino? Dónde? Debió pensarlo largamente. Por fin concibió un plan y entonces decidió adquirir un par de zapatos y un par de medias de mujer. Colocó en el pie del muerto una sola pieza, porque no necesitaba más para que los obreros vieran la pierna de mujer. Debió arreglarla cuidadosamente dejando ver apenas lo indispensable. Puso unas prendas en un lugar bien visible, y con ello alejaba toda sospecha.

—Pero todo eso para qué?

—Un exceso de precaución, tal vez. Explíqueme de otra manera la presencia del zapato y de la media, y la palabra espectáculo.

—En realidad...

—Sí. Porque si los obreros ven un hombre, la malicia natural hubiera podido seguir una ruta que acabara de conducir, aunque indirectamente, a la verdad. En cambio, la presencia de la mujer podría despertarles sonrisas, comentarios sucios, inclusive, pero se quedaban dentro de lo... picaresco, me parece que se dice. La imaginación de los obreros se conducía por una ruta más sencilla y cautivadora. O no lo cree?

—Tiene que ser así! —dijo enfáticamente el alcalde—. Y mañana me voy para Bogotá, con el fin de comunicar al investigador estas teorías. Gracias, Lucrecia, porque esto puede ser un éxito.

Se marchó a la plaza, después de estrechar con vivo entusiasmo las manos de la maestra. Pero en seguida regresó, angustiado. De manera brusca gritó casi desde la puerta:

—Y el motivo, Lucrecia? Las cosas no se hacen sin motivo.

Ella lo esperaba, sonriente.

—Lo he pensado —contestó—. Especialmente desde cuando se fue. Cómo le

parece esto? Un individuo equis, con alguna semejanza con don Salustiano, solo, sin familia, y ausencia de escrúpulos, decide hacerse pasar por él. Medita largo tiempo, meses, años tal vez, esta posibilidad. Hay negocios, depósitos bancarios, una fortuna tentadora, la finca de San Marcos, dineros prestados. Tendría que preceder una prolongada investigación, un largo espionaje, una ardua labor para enterarse de todas sus cosas. Las mujeres que iban al departamento podrían ser, acaso, sus agentes.

—Todo eso está muy bien —interrumpió el alcalde—. El usurpador lo realiza todo admirablemente. Tal vez pensara ocultarse en San Marcos durante seis meses, fingiéndose enfermo. Se dejaría crecer la barba, haría entretanto diligencias para vender la tierra, liquidaría poco a poco, desde su casa, los negocios, y cuando todo estuviera reducido a dinero, se iría a otro lugar con su propio nombre.

—Sí —interrumpió ella—. Cuando estuvo maduro el plan y sabía todo lo necesario para la suplantación, lo asesinó. Compró la nevera para conservar intacto el cadáver mientras venía a la finca, despedía a la gente que hubiera, escogía un lugar adecuado para cavar la sepultura, y más tarde regresaría por él, trayéndolo en su mismo auto, cualquier noche. De esta suerte, como nunca se descubriría ningún cadáver, no podría aparecer sospecha. Lo esencial era mantener el incógnito en la finca. Y esto era fácil aun cuando el parecido físico no fuera absoluto.

—Todo muy bonito —dijo él con ironía—. Pero cuando llegó aquí encontró que, por ejemplo, lo esperaba el muerto con un machete y le despedazaba la cabeza, no?

Ella se sintió humillada como si sus explicaciones fueran sólo una concatenación de absurdos ridículos.

## VI

### *El segundo asesino.*

La vida transcurrió apasiblemente en la paz aldeana de Altoverde durante algunos meses. El acontecimiento trágico se fue desmenuzando en el olvido. La ma-

leza invadía la finca de San Marcos, que había sido entregada en guardia a un depositario mientras se liquidaba la herencia. El depositario cosechó el trigo y después la dejó abandonada.

La maestra había acertado en sus deducciones. La investigación fue confirmando los hechos expuestos por ella. El alcalde comunicó oportunamente sus teorías al funcionario de instrucción, y una segunda y más minuciosa requisa en el departamento dio por resultado el descubrimiento, en el hogar de la estufa, de un paquete de ropas femeninas que contenía, exactamente, un abrigo, un sombrero, una cartera, un zapato y una media femeninos, los dos últimos compañeros de los que estaban en poder del juzgado. Todo esto confirmaba la presencia de un suplantador que continuaba desconocido porque no se había encontrado huella alguna para establecer su identidad, y que planeó cuidadosamente, con largo estudio y preparación, el crimen, para ser asesinado, a su vez en la propiedad que había pretendido usurpar.

El crimen de San Marcos permanecía sin solución. Los campesinos detenidos fueron puestos en libertad incondicional, incluso Anastasio Toquica, y no había un solo sindicado. Y cuando llegó noviembre y las escuelas entraron en vacaciones, el misterio subsistía, con perspectivas de hacerse insoluble. Ningún indicio había descubierto la autoridad, a pesar de la diligencia de los detectives. Toquica comprobó su inocencia con pruebas concluyentes, a pesar de ser el más sospechoso.

Se hizo la acostumbrada solemnidad para clausurar el año lectivo, y la señorita Lucrecia anunció su decisión de irse a pasar las vacaciones a Bogotá. Su familia consistía en una tía casada y con tres hijos. Huérfana desde hacía varios años, se había acostumbrado a vivir sola, pero durante las vacaciones escolares, el anhelo de no sentirse desamparada la conducía a esa apariencia de hogar, donde la recibían con un cariño reticente pero acogedor. Con frecuencia, durante los últimos meses, había hablado con el alcalde, tratando de encontrar al asesino, pero todas sus conclusiones se consideraban absurdas. Ella aseguraba que la

clave estaba en la mujer desconocida que pedía dinero. Pero no había sobre ella ni el más leve indicio.

Una mañana de noviembre tomó el bus que prestaba servicio regular entre Altoverde y la capital, y abandonó el lugar, con el propósito de regresar en enero. Juan Cortés se había resignado a permanecer en aquella aldea, en espera de un indefinido traslado. José Hilario García, envejecido y caduco a causa, tal vez, del alcohol, siguió prestando sus servicios como secretario, y el alcalde no había vuelto a preocuparse por cambiarlo, reducidos los ímpetus de eficacia que lo habían animado al principio. Ahora las cosas marchaban rutinariamente y todo estaba bien.

Suele desconfiarse del azar. Pero el azar es quien preside nuestras vidas y determina los grandes acontecimientos que las tergiversan. Y fue, precisamente, el azar quien ofreció una contribución de apariencia insignificante, en donde reposaba el descubrimiento del criminal. Y una mañana fue al Almacén Tía para buscar unos hilos que necesitaba. Durante su permanencia en Bogotá y después de realizar algunas gestiones oficiales, dedicóse a bordar un juego de cama para obsequiarlo a su familia en recompensa del hospedaje. En el Almacén Tía ocurrió el encuentro. Mientras miraba las mercancías expuestas, se sintió estrechamente abrazada.

—Pero eres tú, Lucrecia? —decía una alegre voz femenina—. Cuánto tiempo sin vernos!

—Ester!

Habían estudiado juntas y recibieron su grado al mismo tiempo. Lucrecia fue nombrada para una escuela rural en Nocaima y Ester fue designada, en la misma categoría, para Sopó. Entonces se separaron. Durante algún tiempo sostuvieron una cariñosa correspondencia, que languideció y después quedó interrumpida.

—Y tú? Te casaste por fin?

—Me casé. Pero ni me hables. Por qué no vamos a tomar té, por ejemplo al Regina? Cuánto tenemos para contarnos!

Frente a la mesilla donde se servía el té hablaron largamente. El matrimonio

de Ester resultó un fracaso. El marido bebía. Todos los días llegaba borracho, a pesar de lo cual los primeros meses todo fue bien, pero después se hizo despreciable. Perdió el empleo, contrajo deudas, y ella acabó por volverse a su casa, en Ibagué. Por fortuna no habían tenido hijos. Poco después él prometió enmendarse y se reunieron de nuevo. Pero entonces la maestra tuvo que trabajar. Mientras conseguía otra vez un destino, se puso a dar clases en algunos colegios. La vida fue peor. El marido era incorregible y ella decidió de nuevo no volverlo a ver. Pero tampoco regresó a su casa.

—Vivo sola, en un departamento, dentro de una casa de familia, respetable. Qué te parece?

—Y él? —preguntó Lucrecia—. Qué fin tuvo?

—Cometió alguna fechoría. Supe que la policía lo buscaba por una estafa o algo así. Pero no quise saber nada. Había sufrido tanto por su causa!

Bebían lentamente el té y comían los abundantes bizcochos. Y luego Ester, efusiva y cordial, esperó a su vez las confidencias de su amiga. Pero la vida de ésta era plana, monótona. De Nocaima había sido trasladada a una escuela urbana de Altoverde y allí estaba desde hacía tres años.

—Y novio? Marido?

—Qué va. Bueno: te diré que me gusta mucho el alcalde de Altoverde. Parece un buen muchacho, no tiene vicios, es sano y agradable. Me atiende mucho, pero creo que sólo serán las relaciones naturales entre funcionarios.

Cuando terminaron, Ester propuso:

—Vas hasta mi departamento? Tendremos que vernos con frecuencia y es bueno que sepas en dónde vivo.

—No, no. Tengo que irme ya.

—No te demoras, boba. Apenas para que sepas la casa y me visites.

Accedió. Estuvo un momento y luego se marchó. Pero la amistad así restaurada volvió a acentuarse y procuraron estar juntas todo el tiempo posible.

Cierto día, en que habían convenido ir a matinée, Lucrecia se puso a arreglarse en el tocador de su amiga.

—No tienes crema? —preguntó—.

mérica está construyendo dos grandes ejércitos—

# UD. PERTENECE A UNO DE ELLOS!



Aunque usted no sea miembro de las fuerzas armadas de América, puede hacer un trabajo importante para defender su país. América necesita trabajadores especializados o técnicos tanto como ella necesita soldados y marinos disciplinados.

El hombre que descuida su preparación, descuida su patriotismo.

Si usted está empleado en los negocios o en las industrias, las Escuelas Internacionales por Correspondencia ofrecen a usted un probado programa de preparación a bajo costo. Cientos de miles de hombres iniciaron su éxito tomando un curso por las Escuelas Internacionales.

Automovilismo y motores — Comercio y Propaganda — Matemáticas y Dibujo — Vapor — Electricidad — Ingeniería de Construcciones — Radio — Ingeniería civil — Ferrocarriles — Carreteras — Puentes — Hidráulica — Química — Hilados y Tejidos — Mecánica — etc., etc.

**ESCUELAS INTERNACIONALES POR CORRESPONDENCIA**  
(International Correspondence Schools, Scranton Pa. (U. S. A.).

En la página 94 aparecen las direcciones de las oficinas en Colombia de las  
**ESCUELAS INTERNACIONALES**

—Está en el cajón de la derecha —respondió Ester, mientras se ponía el sombrero.

Abrió el cajón, y Ester le dijo:

—No. Ese no. Al otro lado.

Pero Lucrecia estaba agobiada. Había visto una fotografía: don Salustiano la miraba desde el fondo de la gaveta. Logró contener la emoción que esto le produjo, pensando en el significado que podría tener la posesión de aquella fotografía. Invirtió más tiempo del normal en ponerse la crema, después los polvos, el colorete. Sus pensamientos seguían una ruta ordenada. De pronto se volvió a su amiga y exclamó, casi gritó:

—Tú eras la mujer que pedía dinero!

Ester se manifestó sorprendida por la incongruencia de la frase. Lucrecia sacó el retrato, lo puso ante sus ojos y agregó:

—Y tú podrías ser sospechosa para la policía!

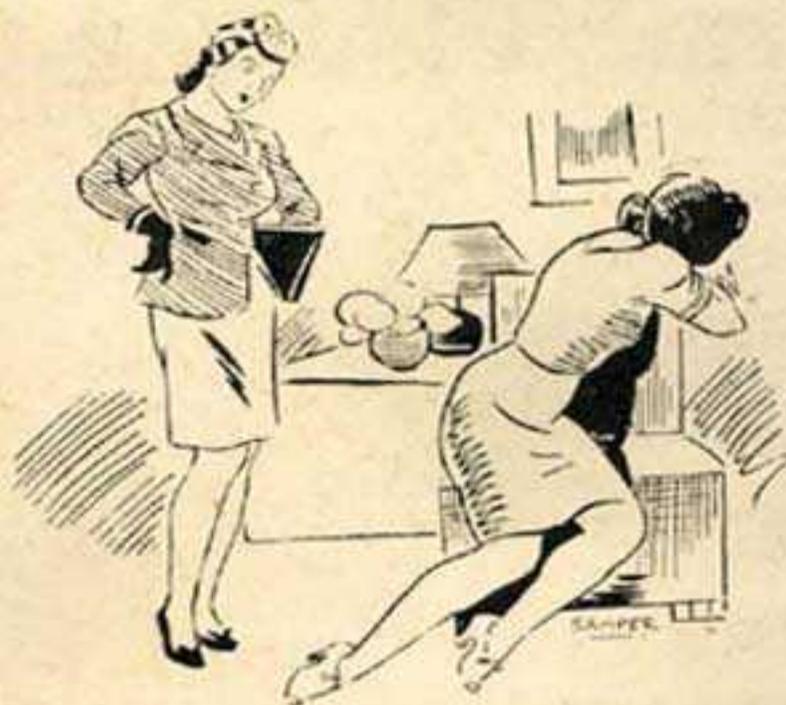
Ester desfalleció y cayó sobre una silla. Tenía el rostro lívido. La angustia la poseía. Tuvo apenas fuerzas para decir:

—Mentira! No tienes derecho a decirlo!

—No. No lo mataste. Pero tú firmabas cartas con una equis.

Guardó silencio. Después prorrumpió en sollozos. Lucrecia la consoló.

—Cuéntamelo todo, Ester. A veces se me ocurren ideas.



Ester desfalleció y cayó sobre una silla...

Entonces la culpable, ahogando el llanto, se confesó. Toda su desventura provenía de eso. Para qué habría conservado el retrato? No, no lo quería. Cómo podría querer a ese hombre sórdido, miserable, ruin? Pero cuando se separó de su marido, no tuvo valor para regresar a su casa con la tragedia de su matrimonio como equipaje. Durante varios días pidió en vano que la reintegraran al empleo que había renunciado para casarse. Buscó la manera de dictar clases en algunos colegios. Pero el año lectivo estaba avanzado y era imposible. Esta era la verdad. El otro día no lo había dicho todo, porque se avergonzaba. A don Salustiano lo conoció en Ibagué, en su juventud, y cierta vez que lo encontró en la calle, cuando ella estaba casi resuelta a regresar a su casa, la saludó y tuvo la debilidad de aceptarle conversación. Ella necesitaba confiarse a alguien y le refirió su amargura. Don Salustiano le ofreció su apoyo, a cambio de que alguna vez fuera a su departamento. Todo transcurrió entonces como bajo la influencia de la locura. Ella se resistió cuanto pudo, pero acabó por aceptar la invitación. Entonces descubrió, tarde, que era un hombre sórdido y avaro. Le pedía plazos para darle algún dinero. La humillaba cruelmente a cambio de sus centavos. Poco después empezó a sufrir el asedio de su marido, que se presentó en su habitación y le pidió que reconstituyeran el hogar. Fue indigna y vil, porque al cabo convino en ello. Pero entonces se interponía la sombra del seductor, que la amenazó con mandarle anónimos a su marido si ella no seguía visitándolo. Como siempre ocurre, el engañado, que no se había enmendado, descubrió todo, precisamente a causa del retrato. Don Salustiano, tal vez con el ánimo de vincularla más a él, la obligó a guardar la fotografía con algún plan proclive y ella la aceptó, con intención de destruirla en seguida. Pero no pudo hacerlo, y el mismo día todo se supo. Su marido tuvo para ella los ultrajes que merecía y desapareció.

Después, cuando tuvo por los periódicos la noticia del asesinato, concibió la esperanza de que la investigación nunca llegara hasta ella. Había procurado usar



la mayor discreción posible para sus visitas, avergonzada de sí misma. Varias veces tuvo que mandarle pedir algún dinero, pero lo hacía secamente, sin firmar con su nombre, enviando alguna carta con un mandadero ocasional o con una sirvienta. Su angustia era que alguno de éstos declarara algo, pero por fortuna no había ocurrido. Y así, durante seis meses estuvo viviendo dentro del espantoso sobresalto de verse descubierta. La pérdida de su honor, retratos en los periódicos, la revelación de sus circunstancias irregulares la hubieran conducido, tal vez, al suicidio. Cómo podría conservar sus cátedras, conseguir la manera de vivir, aun cuando fuera precariamente? Por fortuna, don Salustiano, desconfiado y ruin, nunca le dio un cheque, temeroso, acaso, de que lo adulterara.

Las lágrimas le fluían mientras descubría su miseria ante su amiga dilecta.

—Perdóname! Yo necesito que alguien me perdone!

Lucrecia despedazó en silencio la fotografía y luego la quemó, observando cuidadosamente hasta que se consumió el último fragmento. Pulverizó las cenizas y las tiró. Entre tanto se puso a buscar febrilmente en todos los cajones y entre los muebles.

—Tienes cartas? Algún papel tan comprometedor como ese retrato?

—No. Nada. Ese inmundo recuerdo.

—Ya no existe. Pero dime: tú sabías que este hombre tenía una propiedad en Altoverde?

—No. Sé muy poco de él. Lo conocí en Ibagué, cuando yo era muy niña. Supe que se había casado, que la esposa lo había abandonado y que luego él se había establecido aquí. No era confidencial. Era una bestia repugnante! Pero yo necesitaba las limosnas que me daba.

—Consuélate. Algo hay en todo esto más horrible que lo que me has dicho. Necesitarás, creo, de todo tu valor todavía. Después, más tarde, te irás a una aldea desconocida y vivirás en paz. Es absurdo pensar que sólo en la ciudad se encuentra la dicha. Déjame marchar ahora. Quédate tranquila. Mañana volveré.

Lucrecia estuvo en su casa, largo tiempo meditando. Durante toda la no-

che concatenó indicios, detalles, sospechas, razonamientos. A la mañana siguiente, muy temprano, expidió un telegrama a Altoverde, concebido así:

“Bogotá, diciembre 12 de 1942.—Juan Cortés, alcalde Altoverde. (Estrictamente personal).—Capture inmediatamente su secretario, José Hilario García. Es el asesino. Piénsolo mucho. Lucrecia.”

## VII

### *Desenlace.*

Dos días después, el catorce de diciembre, Juan Cortés se presentó a la casa de Lucrecia. Traía un gran ramo de flores. Ella lo hizo seguir a la sala y lo presentó a sus parientes. El funcionario tenía una honda preocupación, que debía ser jubilosa. Se habló, como de costumbre de cosas generales, y sólo cuando se quedaron solos, Juan dijo:

—Dígame, primero que todo, cómo lo supo, Lucrecia.

—Confesó algo?

—Todo. Se puso a llorar como un cobarde.

Lucrecia le dio noticia de su encuentro casual con su antigua condiscípula.

—Desde el principio, como usted recuerda, teníamos la idea de que la mujer que pedía dinero era el centro del enigma. Y esta mujer era ella, Ester. Lo supe sólo cuando vi el retrato de don Salustiano en la gaveta del tocador.

—Y ese retrato dónde está?

—Lo quemé. Para qué torturarla más? Pareció descontento. Ella se anticipó a explicar:

—Para qué el retrato? Establecido plenamente el hecho de que el asesino de don Salustiano fue un suplantador a quien ya no se descubrirá sino por propia y voluntaria confesión, ningún objeto había en complicar a mi desventurada amiga.

El lo comprendió así.

—Pero lo otro? —inquirió.—

—Mientras Ester hablaba, tomada por la sorpresa para que bajo la influencia del miedo fuese sincera, me empecé a imaginar que el marido debería tener las características de su secretario. Relacioné la presencia de éste en Altoverde con

# AVISO!!

## A LOS ENCARGADOS DE LA REVISTA EN LAS DIVISIONES

Los valores por concepto de venta de la Revista  
deben venir dirigidos en la siguiente forma:

REVISTA de la POLICIA NACIONAL  
Caja de Protección Social de la Policía

## PRINCIPALES OFICINAS EN COLOMBIA de las Escuelas Internacionales por Correspondencia

Escuelas Internacionales — Bogotá  
Banco de la República N° 33  
Apartado N° 847 — Aéreo 3444

Escuelas Internacionales. Barranquilla  
Calle San Blas-Cuartel. Bajos Hotel  
Suizo — Apartado N° 680

Escuelas Internacionales — Medellín  
Edificio Central — Apartado N° 480  
Escuelas Internacionales. Bucaramanga  
Apartamento N° 70 — Apartado N° 79

Escuelas Internacionales — Cali  
Calle 11 N° 9-37 — Apartado N° 99  
Escuelas Internacionales — Manizales  
Calle 21 N° 22-52 — Apartado N° 30

Escuelas Internacionales — Cúcuta  
Avenida 5 N° 10-40

Escuelas Internacionales — Tunja  
Carrera 5ª N° 7-40 — Apartado N° 92

Escuelas Internacionales — Pereira  
(Caldas).

Escuelas Internacionales — Ibagué  
Carrera 3ª N° 12-62

Escuelas Internacionales — Pamplona  
(Norte de Santander).

Escuelas Internacionales — Sogamoso  
(Boyacá).

su desaparición de Bogotá. Empezaron a coincidir detalles. De pronto, ella me dijo el nombre. Pero no me sentí satisfecha con eso. Con el pretexto de buscar cartas o papeles de don Salustiano, me puse a abrir cajones y practiqué una rápida requisa. Por fin descubrí el retrato.

—Otra fotografía?

—Claro: la que yo buscaba. La del marido. Era un carnet de empleado. Ella casi no se dio cuenta cuando me dio el nombre, y yo disimulé todo, para no hacer una afirmación aventurada. Sólo cuando medité largamente me decidí a poner el telegrama.

—Y el motivo?

—Se fijará más tarde. Venganza, por ejemplo. Cómo le parece éste? Aunque envilecido por el trago, el hombre conservaba sus residuos de dignidad. Cuando se enteró de su infortunio, sedimentos de comprensión le revelaron que, en el fondo, el verdadero culpable era él mismo. Por eso lejos de tomar represalia o de hacer una escena melodramática, desapareció. Se radicó, precisamente, en Altoverde y allí vio muchas veces a don Salustiano y lo descubrió vil, sórdido, despótico. Debió comprender cuánto debía sufrir su esposa, si mantenía sus absurdas relaciones. Y lo sabía. Cuando venía a Bogotá procuraría enterarse; posiblemente la siguió. La vio entrar al departamento. Pudo pensar que hubiera un testamento que la favoreciera en algo. Hay una complejidad de sentimientos de venganza, de rencor, de afecto por la desgraciada que se le había entregado confiadamente, de piedad, le sugirió el asesinato. No es un motivo plausible?

—Lógico —respondió el alcalde—. Y no sólo lógico, sino que coincide en parte con la confesión de García. Algo parecido confesó, pero eso son argucias de criminal.

—Es sincero, Juan. Créamelo.

—Dijo que su verdadero crimen consistía en haber tratado de inculpar a un pobre campesino inocente. Concibió su plan y esperó hasta que alguien pusiera una demanda contra el déspota. Entonces

se ingeniaria para que el demandante u otro cualquiera prorrumpiera en amenazas ante el mismo alcalde. Confiaba en que don Salustiano llegaría a su finca de noche, como lo hacía con frecuencia, y desde cuando éste vino a Bogotá, la última vez, García estuvo todas las noches junto al cobertizo que servía de garage, oculto entre el matorral. Su vigilancia estuvo compensada. El asesinato ocurrió como lo habíamos conjeturado.

—Y el cambio de persona? No podía saberlo!

—Obró persuadido de que asesinaba a don Salustiano, y en realidad, lo vengaba. Dicen que nunca sabe el diablo para quién trabaja!

—Tengo una esperanza y un deseo. Habrá generosidad en su corazón para ocultar, por lo menos durante las publicaciones iniciales, el nombre de su mujer? La investigación lo descubrirá más tarde y acabará por saber toda la abyección de su martirizada vida privada. Pero entonces ya el crimen habrá dejado de ser sensacional para los periódicos y nadie se acordará de ello.

—Ha tenido esa generosidad, Lucrecia. Habló de una mujer para explicar, en parte, los motivos, pero no habló de su matrimonio. La fingió lejana, ausente. El drama que debía vengar había ocurrido en otro tiempo.

—Tal vez tenga fortaleza para continuar en su piadosa mentira!

Hablaron otras palabras aún sobre el crimen. Y de súbito, sin transición, él dijo:

—Y a usted de dónde le viene ese conocimiento del corazón humano? Y esa bondad innata, natural?

—No diga tonterías. Qué corazón humano! En la vida, el todo es saber entender las palabras y su oculto significado.

—Entonces voy a ver si me hago comprender para decirle una cosa: por qué no se casa conmigo?

—Porque no me lo ha pedido, señor!

F I N

**PAÑO "ATLAS"**

**EL PAÑO INGLÉS  
INSUPERABLE**

GARAN-  
TIA DE



CALIDAD  
Y COLOR

**EL PAÑO "ATLAS"**

**DURA MAS Y VISTE  
MEJOR**

**PAÑO ATLAS**

*Unicos importadores*

**SALDARRIAGA, BRAVO & CIA.**

**BOGOTA - CARRERA 7, No. 13-91**

## RESPUESTAS AL CUESTIONARIO

(Viene de la pág. 64)

- |  |  |
|--|--|
| 1º Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, Mariano Ospina, Francisco Javier Zaldúa y Manuel Sanclemente.   | 13 Entre Estados Unidos y el Canadá          |
| 2º Francisco de Orellana.  | 14 Rafael Núñez.                             |
| 3º En el Huila.  | 15 Gregory Zhukov.                           |
| 4º Un árbol.   | 16 Colombia.                                 |
| 5º Virreynato de la Nueva Granada, Estado de Cundinamarca, La Gran Colombia, La Confederación Granadina, Estados Unidos de Colombia y República de Colombia. | 17 Cuatro.                                   |
| 6º José Eustacio Rivera.   | 18 De Tennerani.                             |
| 7º Rafael Reyes.   | 19 Cali y Popayán.                           |
| 8º José Hilario López.   | 20 Nueva York.                               |
| 9º Abraham Lincoln.  | 21 Graff Spee.                               |
| 10 En Arabia.  | 22 En el Amazonas.                           |
| 11 Los Camellos.   | 23 Jeanette Mc Donald.                       |
| 12 El murciélago.  | 24 De Bolívar.                               |
|  | 25 Debajo.                                   |
|  | 26 A que 90 minutos es igual a hora y media. |
|  | 27 Córdoba — Ricaurte — Rondón y Girardot.   |
|  | 28 Usted.                                    |



# El misterioso caso

de Hermann Winter

Don Rodrigo de Arce,  
DETECTIVE

Novela policiaca por:  
XIMENEZ

Aquella mañana luminosa de mediados de enero, llevó a las cosas, al aire mismo, algo que ponía una extraña inquietud en el ánimo de don Rodrigo de Arce. Tras de las antiparras anticuadas, los ojillos del luctuoso poeta curioseaban. Su barba en punta, ruca ya por obra de los años (que eran más de cincuenta) mostraba displicente desaliño. La ancha boca, de labios gordezuelos, rojos aún y sensuales, pretendía publicar una maliciosa sonrisa. Allí, detrás, estaban los dientes parejos y blancos. Y, más allá, la discreta lengua que no osaba hablar a desatiempo. Lo demás, era el cuerpo enjuto; la cargada espalda; las cortas piernas; las manos finas, hábiles, nerviosas. La frente amplia. La nariz respingada y los cabellos alborotados, algo rubios; muy puestos en melena, según la moda romántica de los vates de mil novecientos diez.

La voz daba un tono cantante, guerrillero; reminiscencia de la época feliz en que don Rodrigo ganó, por valeroso, las charreteras de coronel, en la última revolución.

—¡Tiempos aquellos...! musitó don Rodrigo. Y a su imaginación se acercaron como frescos y actuales, algunos episodios de la juventud. El levantamiento en Cuen-

ca. Su matrimonio. El nacimiento de Lina, único objeto de su vida de ahora, precaria y pobre y opaca.... Luégo?... el exilio... Su establecimiento como sastre, sastre de tercera categoría, en ese zaquisamíz del extremo oriental del Parque de los Mártires. La lucha ardua, dura... Pero, también, los versos, sus baladas en quienes los suicidas colocaban las posterras meditaciones de los cerebros destrozados y enloquecidos por el dolor y el sufrimiento... Su amistad con el general de León, prefecto de seguridad... Aquellas aficiones detectivescas que, de unos meses a esa parte, coadyuvaban a arruinarle la murria natural y explicable de hombre rico y venido a menos; de desterrado; de objeto vencido.

—¡Papá, papá! exclamó una voz alegre, reidora y armoniosa, en la estancia contigua.

Papá... Vén que ya está servido el desayuno y hoy es día de mucho trabajo. Recuerda que le debes entregar su vestido al sargento Martínez.

Don Rodrigo sonrió, plácidamente. Soltó, sobre la mesa del taller, las grandes tijeras de su oficio. Se atusó las guías del decadente mostacho. Pasó su mano por la barba, holgándose en el tacto de sus pe-

*Cooperación.....!*

## **El Almacén Morales**

EDIFICIO MORALES - CARRERA 8a., No. 11-37

Está dando mercancías a crédito a todos los miembros y empleados de la Policía Nacional, a los precios de contado para pagar en seis (6) cuotas quincenales.

Vengan y vean el surtido de mercancías el cual es casi completo.

## **Biblioteca del Banco de la República**

Se recuerda a los profesores y alumnos de las universidades y colegios y a las personas aficionadas a los estudios económicos que la Biblioteca del Banco, instalada en amplios y cómodos salones y bien provista de libros y revistas, está abierta para el público

Todos los días de las 2 a las 4 $\frac{1}{4}$  p. m.

los; enmendó el pecho; emitió un suspiro leve, sentimental; se quitó el peto de kaki con que se favorecía el traje domingue-ro que, por causa de un cuasi subconsciente deseo de elegancia conservaba, y respondió:

—Ya voy, hija, ya voy. Y en cuanto a lo de Martínez, no me lo recuerdes, que le tengo aquí, dijo, señalándose con el dedo índice de la mano derecha, la mitad de la soñadora frente.

Con su hija Lina, de 14 años, trenzas negras, ojos azules y un cuerpo exquisitamente tentador, don Rodrigo vivía en un apartamento constituido de dos piezas. Una de ellas, daba a la calle y allí funcionaba el taller. La otra era la alcoba. Se interponía entre la cama del padre y la hija, un bastidor o mampara de madera barata, forrado en cretona floreada. En un rinconcillo, estaba la pequeña estufa eléctrica, en que Lina preparaba los alimentos. Allí, había una especie de chiribitil, en que se guardaban viejos trastos y cosas inservibles. Una gran cómoda o armario de nogal era el útil más brillante y rico. Había unas dos sillas, correspondientes a un antiguo mobiliario. Un tocador, muy coquetamente dispuesto y arreglado por Lina. Un retrato de don Rodrigo, en óvalo de luctuoso ébano, que lo representaba luciendo uniforme de coronel ecuatoriano.

Tanto el taller como la alcoba (habitación interior) presentaban aquella nítida apariencia de las cosas pobres, pero limpias. Lina era un ama de casa ejemplar y puede decirse que la poquedad de los recursos, no era poderosa para malear la sana alegría de la muchacha, ni para entristecer la vida del padre y de la hija, orgullosos, los dos y firmes en sus tradiciones y costumbres; a pesar de la enemistad notoria de la buena fortuna.

—Los paños de ahora, manifestó don Rodrigo, en tanto que deglutinaba con delectación los succulentos pericos con tomate y café con leche, que le había servido Lina, no son como los de antaño, hija mía. Vé, si no, el paño que nos trajo el sargento Martínez, para el vestido que le debemos entregar hoy. No gusto de inmíscuirme en

negocios de extraños, pero si te digo que, si de mí dependiera, les haría pasar a esos desalmados comerciantes unas horas difíciles. No te fijaste luego, continuó, en la trama de algodón que se nota a primera vista? Pero ese Martínez, aunque buen hombre, es algo tonto, y en esto de achaques de sastrería, de paños, ¿qué puede conocer el simple, si antes de ingresar al cuerpo (1) era un albañil sin porvenir? Gracias a que el doctor García, que lo había conocido, le dio una recomendación para el doctor Alvarez... Que de no, Martínez estuviese, aún manejando la "cuchara" y el palustre... Aunque ¿sabes, Lina? Martínez tiene sus dedos de detective; no le falta perspicacia y por causa de su sangre chibcha, es malicioso y picarón..

—Tiene madera, en fin, agregó don Rodrigo, en tanto que fumaba un cigarrillo, una vez consumido el modesto desayuno...

—¿Tiene madera, papá?, inquirió Lina.

—Sí, hija, sí; madera, con lo cual quiero decir que tiene vocación o habilidades propias, naturales y peculiares para la investigación policial, arte al cual, según habrás visto, Lina, soy aficionado; tanto como al más noble, aunque menos apasionante, de la poesía estrafalaria y funesta... Pero vamos... que es hora de comenzar la jornada y ponerle el pecho a la brega del día.

Regresó, pues, don Rodrigo, a la habitación-taller. Se aderezó de nuevo su "peto" de kaki y se entregó, devotamente, a la tarea de aplanchar un saco o americana de color azul claro, en cuyas solapas se veían las hebras blancas de los hilvanes. Lina, entretanto, se dispuso a lavar la lona usada en el desayuno y a arreglar, definitivamente, la alcoba, tarea cuyo cumplimiento le urgía, para luego dedicarse a asesorar a su padre; bien soplando y calentando la plancha de vapor; bien prendiendo los botones que hicieran falta; bien haciendo, primorosamente, los ojales o respuntando la "obra de pecho", que en todo era hábil y hacendosa la doncella.

Cursaron, así las horas, beatífica y pacíficamente, sin que las melancólicas re-

(1) Policía Nacional de Bogotá.

Cédulas de  
Capitalización



Banco Central  
Hipotecario

Si usted quiere reunir un capital de \$ 1.000 pagando pequeñas cuotas mensuales, **SOLICITE INFORMES EN NUESTRAS OFICINAS**

## **BANCO CENTRAL HIPOTECARIO**

Oficina Principal: BOGOTA

AGENCIAS: Armenia, Bucaramanga, Cartagena, Duitama, Garzón, Girardot, Ibagué, Medellín, Pasto, Popayán, Barranquilla, Cali, Cúcuta, Honda, Manizales, Montería, Neiva, Pereira, Santa Marta, Tunja.

## **"LA INSUPERABLE"**

**HARINAS DE LOS MEJORES TRIGOS DUROS**



Finisimas pastas alimenticias y variadisimo surtido de galletas de fantasia, de soda y saltinas.



LOS PRODUCTOS "INSUPERABLE"

SATISFACEN Y DELEITAN EL PALADAR



**"LA INSUPERABLE", S. A.**

**APARTADO AEREO NUMERO 62 - BARRANQUILLA**

presentaciones de los tiempos mejores hubiesen regresado al magín de don Rodrigo. Hábilmente el glorioso lirida, terminó, remató, el flux o traje del sargento Martínez. Colgó este producto de su capacidad artesana, con mucho cuidado, de la percha del taller y se disponía a iniciar un nuevo trabajo, cuando sintió sobre sus hombros la presión de una mano confianzuda.

—¿Pero, cómo? exclamó, alzando la testa para mirar a la persona que así lo trataba.

—¡Pero si es usted, sargento! Allí está su vestido, recién acabado y más perfecto y elegante que la ropa que vende, a precios exorbitantes, el señor Valdirí. Pruébeselo usted, no más, que estoy ansioso de ver cómo le sienta y cómo se ve usted, así, trajeado de paisano, sin ese uniforme de color amarillo, ya tan viejo y usado, que le hace perder a usted, sargento, mucha parte de su bizarría natural.

—Pues a ello, repuso alegremente el sargento Martínez, mozo de no más de 25 años, alto y fornido, barbilampiño, de ojos negros, sesgados y modales desenvueltos, de cuya persona se soltaba un hálito de envidiable simpatía.

—A ello, agregó el sargento, porque, no crea don Rodrigo, que estoy muy ocioso; que el general de León me ha pedido que le diga a usted que hay "algo interesante y nuevo", como él dice. Y me corre prisa de que vaya usted a ver lo que es... entiendo que se trata de un crimen...

—¡Bahhh! Crímenes y más crímenes. Algún asesinato vulgar y corriente, repuso don Rodrigo haciendo un mohín malhumorado... Porque en este Bogotá nunca ocurren sino sucesos vulgares. ¿Dónde el robo interesante, o el crimen misterioso? ¿Dónde el hecho policiaco en que uno pueda desarrollar sus capacidades detectivescas, sargento?

Y en tanto que así se quejaba, le probaba al sargento, el nuevo traje, halando de esta manga, corrigiendo aquella arruga y dando suspiros de satisfacción al ver cómo el saco, la chaqueta, forraba cabal y perfectamente, el busto musculado del agente del orden.

—¿Y a qué hora quiere el general que vaya?

—Me dijo que a las tres. Pero si puede antes, don Rodrigo, vaya antes. Como que se trata de algo interesante de verdad.



# **LA FABRICA DE PAÑOS "COLOMBIA"**

produce actualmente paños cardados de primera calidad 100 x 100 de lana de vellón, hilada en el país, y por tanto pueden venderse a precio inferior al de otros paños de inferior calidad elaborados con hilazas extranjeras.

**El uniforme que próximamente  
usará la Policía Nacional, será de  
"PAÑOS COLOMBIA"**

## **GONZALEZ Y AYALA LTDA. DROGUISTAS**

**Teléfono: 70-11 - Calle 15, Número 12-88 - Telégrafo: JEMAGON**

Somos importadores de drogas de la más alta calidad y estamos en condiciones de suministrar para entidades oficiales y al comercio en general nuestras mercancías, garantizando con eficiencia nuestros precios y cumplimiento

**VENTAS POR MAYOR**

**IMPORTACION DIRECTA**

Allí están muy complicados en el asunto. Y Ramírez Gaviria desea que lo ayude.

Don Rodrigo, por sistema, no leía la prensa. Era amigo de los reporteros, de los reporteros de policía, pero no leía nunca, los relatos. Las informaciones, las tomaba directamente en los juzgados, en la prefectura de seguridad de la dirección general de la Policía, de boca de los mismos protagonistas, pero nunca en la prensa. "porque esos reporteros son, nada más, que unos locos mentirosos. Y todos tragan entero, menos yo, que soy persona cuerda". Don Rodrigo era amigo, especialmente, del reportero Jiménez, de "El Tiempo".

Y a no ser por esa manía tonta, si hubiese leído los diarios, don Rodrigo se habría informado, esa misma mañana, a la hora en que se mortificaba con amargas memorias, del hallazgo hecho en un lugar montuoso y solo, arriba de sitio de "Barrocolorado", en donde, a comienzos del siglo se perpetuó un atentado contra la vida del general Rafael Reyes, presidente de Colombia, del cadáver de un hombre ahorcado, pendiente de un pomposo eucalipto, y cuya muerte, aparecía rodeada del más impenetrable misterio.

—Hemos identificado el cadáver, propuso el general de León, cuando a las tres de la tarde de ese día se presentó a la oficina del prefecto de seguridad, en cumplimiento de la promesa que le había hecho el sargento Martínez.

—Lo hemos identificado, así como lo oye, don Rodrigo, y resultó corresponder a quien en vida se llamó Hermann Winter, nacido en la ciudad de Leipzig, Alemania, en 1875.

—Puedo darle más datos, agregó el general. Winter, baldado de una pierna, por causa de una herida de bala que sufrió en su juventud tempestuosa, vino a Bogotá, una vez terminada la guerra mundial a comienzos de 1919. Perito en floricultura, estableció en Bogotá cultivos de flores y a poco, estaba en desahogada posición, habiendo formado compañía en el negocio, con un distinguido ciudadano alemán. El establecimiento aquél, se llamaba La

Flora y cobró mucha fama por la excelencia de sus productos. Winter vendió su parte en la compañía, hace unos tres años. Desde entonces vivía encerrado en una casucha de la calle 44. Hacía una vida modesta y era atendido, por Ana Rosa Jiménez, mujer de unos cuarenta años, oriunda de Fontibón.

—En este mismo pueblo, Winter residió por espacio de seis meses, creo que curándose de una afección reumática, o tal vez, movido por una como insana inclinación misantrópica que varios de sus conocidos le habían adivinado. Hace cuatro días, desapareció de su casa, en donde se le vió por última vez, a las once de la mañana del 9 de los corrientes. Le manifestó a Ana Rosa, que iba a dar uno de sus paseos acostumbrados, por la carrera 7a. Su cadáver fue hallado ayer, en las circunstancias que he referido. Los médicos dicen que murió ahorcado, por asfixia. No hay rastro ninguno de violencia. La soga que se utilizó, es un trozo de cuán, del empleado por los albañiles criollos. El aguacero que cayó anteanoche, seguramente borró las huellas de pisadas y pasos, pues no se hallaron ni las correspondientes al mismo difunto. Agregó que Winter había sufrido un fuerte ataque de apoplejía, por cuya causa, a más de la cojera ocasionada por la herida de bala, tenía paralizado, parcialmente, el lado derecho. Están detenidos dos muchachos que hicieron el hallazgo del cadáver, y la sirvienta Ana Rosa Jiménez, a quienes se les recibe indagatoria en la inspección municipal. La muerte, según los médicos legistas, debió ocurrir a la media noche del 12 de enero. Esta es toda la información hasta el momento, ¿Verdad, Ramírez?

—Verdad, respondió el doctor Jorge Ramírez Gaviria, jefe de detectives. ¿Los datos son más que deficientes, no? don Rodrigo?

—Veréis... veréis, respondió don Rodrigo, que gustaba de hablar así, recordando las comedias de Calderón, a quien era muy aficionado. Verán, ustedes, prosiguió, corrigiéndose. De lo que ustedes me cuentan, pueden desprenderse tres cir-

# OFICINA DE ARQUITECTURA - ROBERTO SICARD C.



Tenemos técnicos especializados en construcciones de cuarteles; en instalaciones sanitarias y eléctricas; en urbanizaciones en general de tipo moderno.



**SI USTED PIENSA CONSTRUIR, CONSULTEENOS**  
Edificio Vergara - Avenida Jiménez de Quesada - Oficina 405  
**TELEFONO No. 39-78** **BOGOTA - COLOMBIA**

# JUAN DE DIOS CAMACHO

**PROVEEDOR DE LA COOPERATIVA DE LA POLICIA NACIONAL**

**TELEFONO: 77-84**

**PLAZA DE MERCADO**

Cuando Ud. necesite panela  
pídala a este teléfono



Le ofrecemos las mejores garantías  
con los precios más bajos del día.

cunstances principales, a saber: no se conocen los móviles del presunto crimen. El suicidio puede descartarse, mediante la consideración de que un hombre baldado y paralítico no puede ir, por sus propias fuerzas, desde su casa hasta un paraje tan alejado, y de difícil acceso como ese de que ustedes hablan. No se ha establecido a qué altura se ató la zoga al eucalipto. ¿Es así?

—Así es, respondió Ramírez. ¿Y ve usted general, cómo no nos habíamos fijado en ese detalle de la altura de la zoga? Creo que tiene importancia.

—Importancia y grande, interpuso don Rodrigo. ¿Cuánto mide el cadáver?

—A cuánta altura podía alzar, aún paralítico, los brazos? ¿Podía mantenerse de pies, guardar el equilibrio, con los brazos o con el brazo en alto, siendo paralítico y cojo? Tres cuestiones que ustedes, mis queridos amigos, deben averiguar a toda costa, a menos que se compruebe el suicidio o, que se deseche, por absurda, la tesis del homicidio.

—¿Y usted, qué va a hacer?

—Veréis, veréis... Trabajar, porque estas aficiones no me dan rendimiento... Mas, ¿cuál es la dirección del sitio del hallazgo?

¿Barrocolorado? Muy bien... ¿Y la casa del difunto? ¿Calle 44? Mejor... Por allí iré. Y aquí volveré, señores. Más que todo, me gusta el delicioso whisky del general de León... Y acepto, incontinenti, una copilla.

—Se me hace duro, Lina, comenzó a decir don Rodrigo, que tu consideres estas aficiones detectivescas o detectivales, más, como a cosa condenable y absurda. Vamos, ¿Por qué? ¿Crees tu que mi vida es muy alegre y holgada o que me sobran distracciones y entretenimientos con qué alejar del magín la triste presencia de la realidad, aún más protuberante con la alegre memoria de mejores días? Cumple con lo que debo. No has querido educarte mejor de buena que eres; aunque tu educación no desmerece un punto de la que un potentado pueda ofrecerle a su hija. Quieres acompañarme aquí, en mis labores. Y

yo, de corazón, te lo agradezco. Es mucho el amor que le tendrás a este vejete de tu padre para sacrificarle en esa forma. ¿Pero, sabes? Nosotros los vates, los poetas, y quiero decir, especialmente los vates luctuosos, estafalarios y nefastos, requerimos, como del agua, del aire y del fuego, de una entretención prosaica. ¿En dónde pudiera hallarla, en esta ciudad, sin amigos y siendo quisquilloso y orgulloso y mañoso como soy? Pues ese de León me ha tomado cariño y en el detectivismo si no me consideran, me aprecian al menos, déjame que me envolote la pena con estos oficios de pequeño detective, que ellos, además de procurarme sano esparcimiento, también me allegan dineros, ya que, como en el caso del sargento Martínez, voy haciéndome a una clientela, si modesta, muy honrada y segura. Así, ablanda ese ceño, que está muy mal en una chiquilla como tu; endulza la mirada y sonríe. Dame tu permiso y entretanto que yo voy a investigar, a averiguar por esos parajes de Barrocolorado, tú, hija mía ve adonde las Cifuentes, tus buenas amigas y convidalas a que contigo vayan a cine.

—Toma, añadió, sacando de su cartera un billete rosado. Toma estos pesos y alégrate, en tanto que yo trato, cuando más, de distraerme.

Del tranvía de la franja amarilla que tomara en la misma esquina del Parque de los Mártires, se apeó don Rodrigo en la esquina de la calle 44 con carrera 13. El famoso vate vestía ciertas prendas que acostumbraba usar para la ejecución de aquella suerte de trabajos. Un gran abrigo de paño gris, de Cuenca, de aquel que fabrican los indígenas ecuatorianos; un sombrero de fieltro, de la misma fabricación y un bastoncillo de guayacán, finamente labrado. Don Rodrigo no portaba, ni aun en las excursiones peligrosas, otra arma o defensa que el bastoncillo de marras, muy popular en las esferas de la policía, y cuya talla, obra de la mano del mismo vate, representaba curiosas escenas satánicas, dantescas y horripilantes, con una mezcla divertida de figuras de brujas, demonios y odiosos murciélagos. Llevaba, además, una potente lámpara eléctrica de pilas.

# BANCO FRANCES E ITALIANO

## PARA LA AMERICA DEL SUD

Capital en Colombia	\$ 1.000.000.00
Reserva legal	" 60.000.00
Reservas eventuales	" 180.000.00

### SUCURSALES EN COLOMBIA:

- B O G O T A
- BARRANQUILLA

- MANIZALES
- MEDELLIN



Enderezó los lentos pasos, por la calle 44 hacia arriba, y al llegar a la intersección de la carrera séptima, hizo una breve pausa para tomar aliento. Se acercaba el crepúsculo; una tenue penumbra invadía la ciudad. Se encendieron las primeras bombillas, y entre la sombra, destacaban las moles de las casas y edificios, como naves ancladas en un puerto nocturno. Las farolas de los automóviles, lanzaban una ancha racha de luz, descubriendo fachadas y colores, para perderse, minutos después, a lo lejos.

Contra ese alto murallón de la quinta que hoy se llama "Cataluña" fueron ajusticiados los autores del atentado de 1907. No acertaba a maliciar don Rodrigo la causa de esa turbada desazón que, al iniciarse aquel día, lo molestaba. Hay días así, pensaba el vate. Días en que parece que un cósmico y misterioso aliento nos inquieta. Habían, pues, cursado las horas y la inquietud se mantenía firme en el alma del poeta; ahora, tal vez, más intensamente que antes, propleciada por el advenimiento de la noche; el juego de colores

del crepúsculo, allá en el occidente y el croar de las ranas, en las charcas del vecino tejear.

Subiendo un poco y traspasando unas alambradas con agilidad rara en un individuo de sus años, don Rodrigo llegó al tejear mismo. Aquel chirca formaba parte de una cadena de tejares en que se beneficiaba la arcilla, con la producción de tejas, adobes y ladrillos. Las empinadas chimeneas de los hornos formaban uno como bosque fantasmal, por cuya cima iba el humo, pausadamente, movido por una tenue brisa. Más allá, subiendo la empinada pendiente de esa estribación de Monserrate, cerro tutelar de Bogotá, se veía un cerrado bosque de largos y delgados eucaliptos, de cuyas frondas se desprendía un sabroso aroma vegetal. Don Rodrigo prosiguió el ascenso, hasta llegar a un paraje medianamente despejado, en la cima misma de la loma. Fue allí en donde, según las informaciones que obtuviera, había sido hecho el hallazgo del cadáver de Winter.

En realidad, nada extraordinario se ofrecía a la inquisidora mirada del detective-poeta. Dentro de esa paz, esa apacibilidad inherente a una noche niña, que acababa de nacer, el paraje era, sencillamente, vulgar. Se podía distinguir, sin esfuerzo, se podía identificar, el árbol al cual se había atado la zoga en que se ahorcara o ahorcaran a Herman Winter, viendo los destrozos hechos en la corteza, por los policías y buscones, horas después del hallazgo. Para ir hasta dicho paraje empleó don Rodrigo, caminando reposadamente, como compete a una persona de más de cincuenta años, cerca de tres cuartos de hora, tomando como punto de partida la intersección de la calle 44 con la carrera séptima. Era, pues, lógico presumir que el baldado y paralítico Winter hubiese gastado en dicho recorrido por lo menos el doble del tiempo; esto es, una y media horas. A las once de la mañana salió el extinto y antiguo dueño de La Flora, el día 9 de enero, de su casa, para no regresar a ella nunca. En consecuencia Winter vagó, por lugares ignorados, dos días, tres, tal vez, antes de encontrar la muerte en la hor-

LAS HARINAS DE LOS  
**Molinos EL BISONTE**

son preferidas por la Cooperativa de la Policía, por

- ★ Su magnífica calidad.
- ★ Su precio conveniente.
- ★ Su esmerada higiene en la elaboración.

Consuma estos productos y se  
convencerá de sus ventajas.

**Calle 13, No. 14-33 - - Teléfono 701**  
**BOGOTA**



**"EL VESTIDO NACIONAL"**

**FABRICA Y ALMACEN:**

**Carrera 13, No. 17-74-Teléfono 74-12**



Fabricamos toda clase de prendas para militares  
y civiles, desde un capote hasta una gorra,  
especialidad en prendas sobre  
medidas, en telas lavadas.

Le ofrecemos lo mejor por el menor costo.



**Empresa colombiana con elementos  
absolutamente colombianos.**

ca. ¿Cuáles ocupaciones embargarían estas horas postreras de la vida del alemán? ¿A cuáles menesteres se dedicaría hasta el punto en que su espíritu se escapó de la cárcel del flaco y martirizado cuerpecillo? Los médicos legistas afirmaron en el acta de la autopsia, que la muerte debió ocurrir mediada la noche del 11 al 12 de enero. Fueron, pues, aproximadamente 60 las horas que vagó Hermann Winter. En la reconstrucción de su vida de esas horas, pensó don Rodrigo, estará la clave que decifre el misterio de la muerte del alemán.

Los reporteros de la prensa ya comenzaron con sus invenciones, prorrumpió el general de León, antes de contestar el saludo que el poeta detective le hiciera, al penetrar a los oficinas de la seguridad, al día siguiente, apenas mediada la mañana. ¿No leyó los periódicos? ¡Claro! No los ha leído. Pero por esta vez debe hacer usted una excepción a la regla y romper su manía. Se han inventado un folletón estupendo: se dice que Winter fue asesinado por personas connacionales suyas, que quisieron así tomar venganza sangrienta de alguna hazaña del difunto. Que en el caso, median intereses económicos cuantiosos. Que la policía debe interrogar a fulano y a zutano y que es absurda la tesis del suicidio, única explicación hasta ahora, de la muerte. Vamos don Rodrigo, agregó el general. Libe usted una copa del whisky, que tanto le gusta y hablemos... ¿Qué ha hecho usted y qué piensa en relación con la muerte de Winter?

—No he hecho ni pienso nada, respondió pausada, socarronamente, el poeta detective. Mas puedo decirle que Winter, en vida, según los datos de la sección de extranjeros, medía 1.65 centímetros de estatura; era pues, un hombre de talla mediana. He examinado el cadáver en el anfiteatro, y puedo asegurar, que, dada la longitud de sus brazos, por lo menos podía levantar el izquierdo a una altura de 2.15 metros. Aunque con mucho esfuerzo, Winter ha podido atar un extremo de la zoga, del trozo de cuán, al eucalipto de marras y anudarse el otro extremo, al cue-

llo. Ha podido luego dejarse caer prostrado, hacia el suelo, y ahorcarse así, simplemente. O ha podido atar la zoga a menos de un metro y medio de altura y lanzarse, hacia adelante, pereciendo ahorcado con el mismo peso del cuerpo. Es, pues, como usted ve, muy aceptable la tesis del suicidio.

—¿Y usted la acepta?

—Ni la acepto ni la niego; esta es mi táctica. No la acepto hasta tanto que no se me presenten pruebas fehacientes; no la niego hasta el punto en que se afirme, con pruebas de la misma categoría, la ocurrencia del asesinato o del homicidio, según el caso. ¿Y quiere usted saber una cosa, dilecto amigo y general? Algo veo, algo intuyo en el simple hecho de la muerte de ese hombre, que me apasiona. Usted ha hecho versos, no?

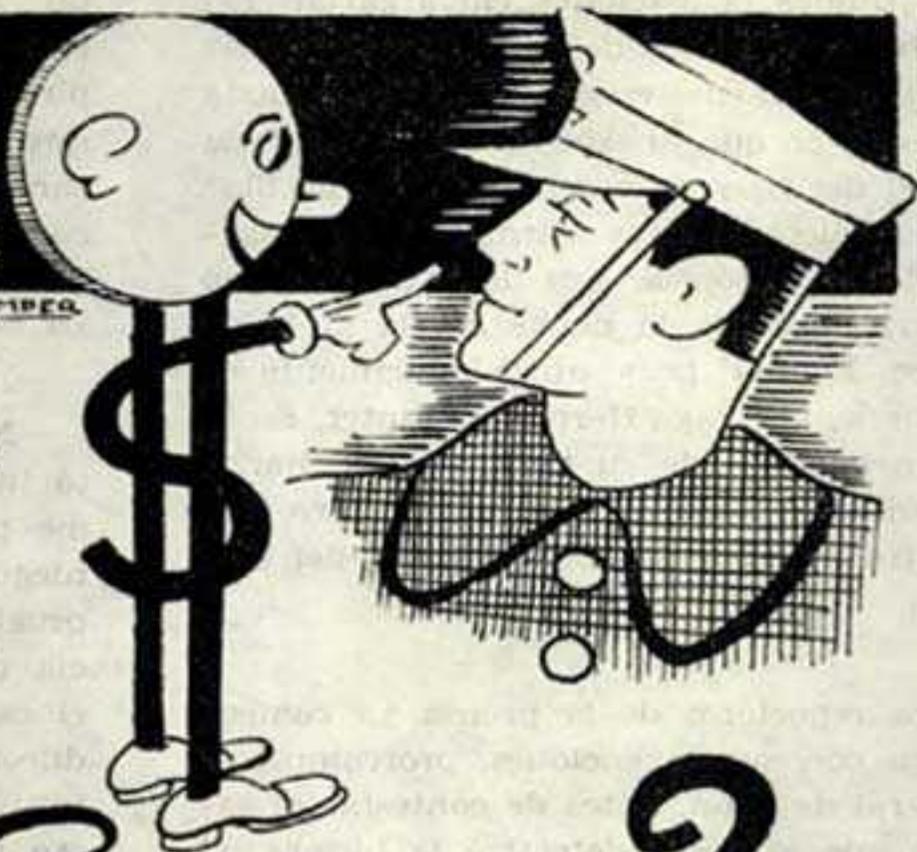
Pues al poeta, cuando se le acerca, se le aproxima el trance de la inspiración, siente una especie de trastorno biológico, espiritual anímico... que ¡vamos!, resulta muy difícil explicarlo... Algo semejante he sentido yo, desde ayer. Algo inexplicable, y a la par que extraño, natural y verdadero. Recuerda usted que yo le pedía un crimen así, un suceso apasionante, como para que le sirviera de tema a una novela policiaca? Mire usted, general; este caso de Winter va a ser ese suceso...

—Ya lo verá... ya lo verá, repitió, apurando la copilla de whisky, número 2, que el prefecto le había obsequiado... Por ahora, sólo quiero que se me den facilidades; entrada al anfiteatro y una orden de ronda, para penetrar a donde se me antoje. Lo demás será de mi cuenta. Y me despedido.

—En cuanto a los reporteros, agregó, déjelos hacer, general. Y usted, Ramírez Gaviria, no ponga esa cara de luengo desencanto que hoy muestra. Deje hacer a los reporteros y no tome en cuenta sus informaciones. Yo vendré o llamaré por teléfono, para enterarme de la "marcha oficial del asunto". Caso de algo extraordinario, con el sargento Martínez me pueden avisar.

—Y a propósito, Ramírez, ¿será muy

**SEÑOR  
AGENTE:**



*Usted  
puede  
economizar  
la suma  
que quiera*

**Como?**

—En cualquiera de nuestras Oficinas en toda la República le entregan **gratis** una tarjeta postal, en cuyas casillas usted pega estampillas de ahorro postal desde \$ 0,50 en adelante.

Y en cualquier momento le cambian estas estampillas por **dinero efectivo.**

Y si lo prefiriere, por un **bono postal** que también es convertible en dinero.



**AHORRE POR CONDUCTO DE  
El Banco Postal**

**El ahorro más seguro y eficaz**

difícil que me presten a Martínez por dos o tres horas, cada día?

—No. Llévase Ud. cuando y como quiera, don Rodrigo. Ojalá que investigue con buen éxito. ¿Y sabe? Lo de Winter me parece una "chichigua"... Asesinato o suicidio la muerte está cumplida. En tanto que yo he de ocuparme de la banda de Mediabola, que no está muerta, ni es suicida; sino que se dedica a robar en Teusaquillo, cuyos habitantes, todos gentes prestantes arman un alboroto...

"Linda como una caléndula  
la niña de la camándula  
parece una nube péndula  
sobre la vida sonámbula..."

—¿Amaneciste poeta, papá?

—¿Balada tenemos?

—No hija, estos son versos piedracelistas, no nefastas baladas. ¿Sabes que estoy contento? El caso de Winter me entretiene. Y, dime, Lina, hijilla, ¿Por qué se puede quitar un hombre la vida?

—¿Suicidarse, papá? Yo qué voy a saber... Ta vez por falta de dinero; por estar enfermo o por amor. Sí por amor, recaló la doncella... la gente suele suicidarse por amor...

—Hija que estás en la edad de achacarle la culpa de todo al diosillo ciego, a quien llaman amor. Pero en este caso, Lina, no hay tal. Winter tenía sesenta y dos años, y a esa edad no se ama, o se ama muy poco. La víscera cardíaca de un sesentón no puede apasionarse demasiado...! Por falta de dinero? Winter tenía un mediano, un holgado pasar, que ya lo quisiéramos nosotros, Lina. Por enfermedad? Nó, Winter estaba enfermo, sí, pero como todo enfermo, aferrado a la vida. Su enfermedad era parcial, no total; una parálisis del lado derecho, a los sesenta años, que aún lo dejaban caminar, andar, moverse valerse... Esta no fue la causa del suicidio de Winter, como tampoco el amor o el dinero. Y además, no creo que el hombre se suicidara. Para mí, que en el caso hay algo de siniestro y complicado. El fue muerto, recibió muerte violenta. En este asunto, por primera vez, los reporteros tienen razón... Pero si tanto me

intereso por lo de Winter, ¡qué será de nosotros, hija mía? Primero el trabajo, la recreación luégo. Conque, dime, ¿hoy deba venir a la prueba el doctor Villamizar Pinto? Alcánzame su saco y ayúdame a marcarle las hombreras.

—Mira papá, que estás haciendo lo que no debes. ¿Qué te va o qué te viene con lo de ese viejo Winter que bien malo sería, cuando murió de tan mala manera? ¿Acaso no hay autoridades, detectives y policías que se ocupen de esos menesteres? Y, además ¿qué te trae a tí el preocuparte de ello? Como no sea que te hagas a enemigos, tu, que eres respetado y apreciado de todos aquellos que te conocen. Cada cual a los suyos... Cada uno es cada uno. Produce versos, baladas, si quieres... pero meterte a policía... ¡Vamos, que es una chifladura!...

—No Lina, no, respondió, bondadosamente, don Rodrigo, marcando la siza de la manga derecha. No, ya te expliqué ayer lo que me pasa, lo que me ocurre en estos achaques investigativos, son mi distracción y mi deleite. Con ello no le hago mal a nadie. Créeme que si perjudicase a alguno, cancelaría la afición para siempre. Trato, sólo de esclarecer la verdad. Y la verdad, la verdadera verdad, a nadie perjudica y a todos beneficia...

Hurtándole tiempo a la faena de la mañana, don Rodrigo concurrió nuevamente a la prefectura de seguridad. No estaban presentes ni el general de León, ni Ramírez Gaviria. El secretario de la prefectura, Peñuela del Castillo le avisó que el sargento Martínez estaba dispuesto.

—Por allí en el salón de conferencias lo espera, manifestó.

Martínez en realidad, se mostró encantado con la proposición de don Rodrigo. Era una oportunidad para escaparse del servicio común. Llevar notas a las oficinas y ministerios; copiar las actas y declaraciones en esos copiadores de papel japonés; recorrer los puestos de vigilancia. En fin, una cosa tan prosaica... Esas comisiones de don Rodrigo, lo fascinaban. Movimiento, inventiva, iniciativa, oportu-

*Siempre  
vigilante*



*de*

*la tranquilidad  
pública...*

SEA EL GUARDIAN DE SU  
PROPIO BIENESTAR ACU-  
MULANDO SUS RESERVAS  
EN LA

**CAJA COLOMBIANA DE AHORROS**

nidades para lucirse, y además, cierta libertad.

—Estoy a sus órdenes, don Rodrigo, y a propósito; aquí tiene usted los quince pesos de la hechura. El vestido me quedó muy bien. Y el teniente Gómez me dijo que quiere encargarle la hechura de un corte que compró a bordo de un buque en Barranquilla. ¿Cuándo quiere que lo visite para lo de las medidas?

—Hablabamos de eso luego. Y mil gracias por el dinero. Mas ahora, vamos a robarle el tiempo al taller y a merecer una reprimenda de Lina, nos quedan pocas horas.

—Son las diez, ¿es así? dijo, mirando a su reloj de plata con tapas finamente grabadas a buril. Pues de aquí hasta la doce, o doce y media, a más tardar, vamos, andando.

—Tengo el presentimiento, Martínez, agregó cuando bajaban la escalera del edificio de la seguridad, de que estamos abocados a un caso en realidad interesante. Es claro que usted se ha leído todo lo que los periódicos han publicado sobre Winter y además, se habrá enterado de lo que hay en la Prefectura. Para mí este alemán no se mató, ni intervinieron en el suceso asuntos de intereses ni de venganzas, no. La prensa que acertó en la negación del suicidio, se equivoca, como de costumbre, en los móviles del homicidio o del asesinato. Yo, a fuer de poeta, soy un intuitivo, sabe usted, Martínez? Hasta ahora no tengo más información acerca del hecho que la que usted mismo tiene. Pero algo preveo; algo misterioso y horriblo, se desprende del mismo y simple acaecimiento que nos ocupa. ¿Usted vió el cadáver?

—Sí. ¡Y vaya el viejo más feo! Y tan flaco... Sí parece una pura momia. Debíó sufrir mucho antes de morir, pues en el rostro le quedó una expresión como de espanto...

—En eso de las expresiones de los rostros de los difuntos, no me fío. La muerte, ante todo es una mueca. ¿Sería extraño, así, que la mueca quede representada en el rostro, como esculpida en las lívidas facciones del cadáver? Pero todo esto que decimos, son filosofías inútiles. Vamos al

grano, Martínez. Usted tomará ahora mismo un bus y se irá a Fontibón.

—¿Y una vez allí?

—Una vez allí indagaré, sin levantar sospechas, con sus compañeros de policía, hábilmente como usted sabe hacerlo, cuál es la casa que habitó Winter en Fontibón; cuáles eran las personas a quienes recibía el lisiado y antiguo floricultor; cuáles son los antecedentes de Ana Rosa Jiménez, la criada de muerto... En resumen, averiguará usted todo lo que pueda. Yo iré de otro lado, y esta tarde, lo espero, una vez terminada la tarea en el taller, para que hablemos. Como siempre, lo que hagamos queda entre los dos. Nada de desparramar la noticia en la Prefectura. Y dígame al teniente Gómez, que mañana, a las nueve, lo espero para las medidas. ¿Estará de turno a esa hora?

—No, don Rodrigo, la hora es conveniente. Y hasta esta tarde, Coronel...

Así solía llamar Martínez al poeta detective, cariñosa y respetuosamente. Don Rodrigo lo toleraba. Fue siempre un hombre llano, cordial y sencillo.

El Inspector Municipal que tuvo a su cargo el levantamiento de la sumaria, por razones de jurisdicción, de la muerte de Winter, prolongó la diligencia de indagatoria de Ana Rosa Jiménez, la sirvienta del alemán fallecido, por espacio de tres días. La prensa denunció el hecho ilegal de la detención, por más de veinticuatro horas, de Telésforo Parra y Juan Heredia muchachos obreros del tejar "El Superior", quienes en la mañana de 15 de enero, hicieron el hallazgo del cadáver. El Inspector municipal era un funcionario joven; había salido de una facultad de jurisprudencia a ocupar aquel cargo que reúne funciones administrativas y judiciales y, este de Winter, era su primer caso famoso. Su retrato había aparecido en los últimos días, fotograbado en los principales periódicos de la ciudad. Había concedido reportajes y hecho "declaraciones especiales". No cabía en sí el inspector, de dicha; y ese dramatismo populachero que, desde el momento del hallazgo del cadáver se apoderó del barrio y que lle-

vaba a un núcleo nutrido de curiosos a las puertas de las oficinas de la inspección, lo movía a creer que una vez esclarecido el delito, o el suceso (que él no entendía como delito), su nombre sería famoso no sólo en Bogotá, sino en toda Colombia...

—Una oportunidad... Una extraordinaria oportunidad para surgir, pensaba. Y así, aprovechaba esa extraordinaria oportunidad, demorando las diligencias; hablando con solemnidad y prosopopeya y luciendo su vestido negro dominguero, para estar a la altura de las circunstancias... Muy pronto sería Juez del Circuito... Quizá Juez Superior... Tal vez Magistrado...

—El doctor está muy ocupado; sumamente ocupado y no puede recibir a nadie. Esto del caso Winter no le deja ni un solo momento libre, agregó el agente de policía con funciones de portero de la inspección respondiendo a la solicitud de don Rodrigo.

—El caso Winter... Winter... ¡Ah! Ya caigo, dijo, malicioso y socarrón el detective poeta. Fue un sujeto que se mató, según cuentan, no?

—Sí señor, que se mató o que lo mataron. La prensa dice que lo mataron, pero para mí, se mató. Así lo asegura el señor inspector. Era un alemán viejito, como usted... Dizque era muy rico y tenía mucha plata. Apareció ahorcado, el pobre, por allí, arriba. Pero vean, que han armado un escándalo...

—Hágame el favor, replicó don Rodrigo, de decirle al doctor, que precisamente sobre el caso de Winter quiero hablarle.

El policial interrumpió sus consideraciones, miró a don Rodrigo de arriba abajo; le examinó la perilla, las antiparras, ese estrafalario talante del poeta detective. Carraspeó, medianamente atortolado, y penetró al despacho del inspector, para reaparecer minutos después.

—El señor inspector lo recibe, si es cosa grave. Siga usted, por aquí a la derecha.

El inspector estaba allí, solemne y fundamental tras de su escritorio, y casi ocul-

to por un alto arrume de papeles y expedientes.

—¿En qué puedo servirlo? preguntó, examinando curiosamente la extraña figura del viejecillo.

—Pues verá usted, apuntó don Rodrigo. Este caso de Hermann Winter de que tanto ha tratado la prensa, me interesa sobremanera. Yo tenga algunas aficiones por la investigación policiaca. He realizado, anteriormente, ciertos trabajos y deseo que usted me informe sobre todo lo que haya...

—No es posible. Parece que usted ignorara que esta investigación se efectúa dentro de lo que se llama "la reserva de la sumaria". Y además, agregó, créame que francamente no comprendo cómo un particular se atreve a hacer tal suerte de solicitudes, como no comprendo, tampoco, qué interés pueda tener en conocer esas minucias...

—Perdone usted, explicó el poeta. No soy, considerándolo bien, un particular "ciento por ciento". Sírvase examinar usted esta credencial. Y le tendió al inspector, un carnet en el cual constaba que Rodrigo de Arce, era auxiliar honorario del cuerpo de detectives de la policía nacional.

Con la mera lectura del nombre, el inspector cambió de actitud y modificó su petulancia.

—Rodrigo de Arce... Rodrigo de Arce... No sé por qué, agregó, este nombre me parece familiar y conocido...

—Seguramente lo habrá visto usted en la prensa, colocado debajo de las baladas o poemas que dejan los lamentables suicidas...

—¡Ah! Ya caigo, ¡cómo no!, ¡don Rodrigo! ¡Cómo no! Usted dispense si no lo he atendido como usted se lo merece. Pero ya comprenderá que en estos asuntos, en mi profesión, quiero decir, hay que ser, sobre todo, discreto. Mas estoy a sus órdenes. Dígame en qué puedo servirle...

—Repito mi solicitud. Quiero saber su concepto sobre el caso Winter. Quiero conocer las declaraciones, indagatorias de las tres personas detenidas hasta ahora, a saber: Ana Rosa Jiménez, Telésforo Parra y Juan Heredia. Quiero saber todo



lo que su oficina conozca al respecto.

—Lo complazco con mucho gusto y así, le reffero. La declaración-indagatoria de Ana Rosa Jiménez es de una claridad meridiana. Relata que hace cerca de tres años entró al servicio de Winter, cuando éste residía, una temporada de cura o descanso, en Fontibón. De allí es oriunda Ana Rosa. Habla de las peculiaridades del carácter de Winter. Dentro de su léxico elemental, la Jiménez ha sabido explicar que Winter era un tipo retraído, melancólico, puslánime y temeroso. No recibía, casi nunca, visitas. No tenía relaciones sospechosas, hasta hace algunos meses. Recibía correo, de cuando en cuando, de Alemania. Cartas, según parece de su hija, Emmy Winter, residente en Leipzig y estudiante de la universidad famosa de aquella ciudad, vivía parcamente. La casa de la calle 44 era de su propiedad. Hacía una vida metódica. Se levantaba, siempre, antes de las seis de la mañana. El mismo se preparaba su desayuno, en un reverberillo de alcohol. Iba luégo al solar de su casa, en donde cultivaba un minúsculo jardín. Allí, cuando el día era soleado, empleaba la mañana entera. De no, se estaba en su alcoba, arrebujaado en las cobijas, leyendo una biblia alemana, fumando su pipa. Almorza-

ba a las once de la mañana, por lo común. Jamón, carnes frías; un caldo y algunas legumbres, que también cultivaba en el jardín. Reposaba, hacía la siesta, y salía, a eso de las tres de la tarde, a su diario paseo. No estaba, por completo impedido de caminar. La herida de bala le había causado una cojera leve y la apoplejía, le endureció la articulación de la rodilla derecha; tenía algunos movimientos en el brazo del mismo lado, y de la mano derecha se valía con bastante habilidad. Se acostaba a eso de las nueve, después de consumir una frugal cena, compuesta de legumbres y jamón. Dormía con la bombilla de la alcoba encendida. No cultivaba amistad con alemanes. Ni su exsocio lo visitaba. Los amigos, que muy de tarde en tarde, llegaban a la casa, eran antiguos hortelanos; antiguos compañeros suyos de trabajo, en los cultivos de "La Flora".

—Las declaraciones de Telésforo Parra y Juan Heredia, son poco interesantes, y confirman la tesis que yo he enunciado, sobre el suicidio del anciano. Se refieren al hallazgo del cadáver, la mañana del 13 de enero, aproximadamente, corridas más de treinta y dos horas del momento de la muerte. Subían a buscar un poco de leña, para alimentar los hornos del tejar "El Superior", del cual eran trabajadores. La noche anterior, para amanecer el trece, había caído un fuerte aguacero sobre el sector de la ciudad. Juan y Telésforo, resbalaban aquí y allá, subiendo la pendiente, en esa tierra gredosa, lisa, como un pan de jabón. Quisieron descansar un tanto, en un paraje algo despejado que existe en la punta de aquella estribación de Monserrate. Se sentaron; mejor, se recostaron contra los eucaliptus, cuando Juan prorrumpió en un grito de espanto.

Cubierto de lodo, tendido en el suelo, había visto el cadáver de un hombre. Heredia y Parra, bajaron, aceleradamente, presas del pánico y comunicaron el hallazgo a los compañeros del tejar. Al comienzo no les dieron crédito, pues se creyó que los muchachos habían sufrido una alucinación. Mas, como los dos afirmaran

y reafirmaran la verdad del suceso, llamaron a unos agentes de policía, y a las once, hora en que termina la jornada de la mañana, un buen grupo de obreros, policiales y curiosos, subió hasta el punto indicado por Heredia y Parra. El cadáver estaba allí, en realidad, como se ha dicho, tendido, a "horcajadas", sobre el fango. Pendía del cuello, un largo trozo de cuan. El lodo tenía cubierto, por completo el rostro, los vestidos, todo el cuerpo. Hicieron una barbacoa; avisaron al inspector; se practicó la diligencia de levantamiento y el cadáver fue llevado al anfiteatro. No hubo manera de establecer las condiciones y la situación del trozo de cuan. Los curiosos, en el acto mismo del levantamiento, y sin que la policía pudiera impedirlo, dejaron señales sobre el tronco del eucalipto de marras. De no haber borrado la lluvia torrencial las huellas de pisadas y pasos, se habrían confundido con las de la multitud que subió a ver el cadáver; con las huellas de Telésforo y Juan y con las de los mismos funcionarios.

Don Rodrigo entendió que le había faltado curiosidad y cuidado al inspector a este respecto. Heredia y Parra, los muchachos, estaban aún detenidos. Pero en el curso de la tarde, se les daría la libertad incondicional.

Guardó silencio el inspector, como esperando nuevas preguntas.

—Dígame inspector, inquirió el poeta detective. ¿Por qué dice usted, al hablar de la indagatoria de Ana Rosa Jiménez, que Winter no tenía relaciones sospechosas, hasta algunos meses?

—Ya esperaba yo que a usted no se le escaparía la importancia de esa advertencia. Y por esta causa, la Jiménez no ha sido puesta en libertad todavía. La frase "hasta hace algunos meses", ha sido explicada en la ampliación de la declaración indagatoria, por la Jiménez, así:

—"Hasta hace algunos meses", en efecto, Winter no tenía relaciones sospechosas. De cuatro o cinco meses a esta parte, la Jiménez lo sorprendió, tres o cuatro veces, hablando con una mozuela, al parecer de menos de veinte años de edad y de-

centemente vestida. A esto, precisamente, se refería la sirvienta.

—¿Y por qué la Jiménez llama a estas relaciones "sospechosas"?

—Yo creo, don Rodrigo, que lo dice sin malicia. Para esta clase de mujeres, las relaciones de un tipo como Winter con una muchacha de la edad que se ha dicho, son siempre sospechosas; adivinan relaciones de amor; relaciones pasionales, algo parecido, esto es, relaciones sospechosas.

Aceptó don Rodrigo el cigarrillo que le ofreciera el inspector. No había sido posible identificar a la muchacha de las relaciones. Pero el inspector no le concedía importancia ninguna a este accidente...

—Un hombre, ya sea viejo y tullido, puede muy bien, naturalmente, detenerse a conversar con una mujer joven. Y puede conversar con ella varias veces. Que la Jiménez lo haya sorprendido en esta tarea (y no ha sabido precisar el número de estas sorpresas), nada tiene de extraordinario...? No es verdad, don Rodrigo?

Tras de las antiparras, los ojos del poeta tuvieron un extraño brillo de inteligencia, que se le escapó al funcionario. Don Rodrigo tendió su mano al inspector, quien lo acompañó hasta la puerta del despacho. El policial portero, al verlo, se puso, respetuosamente, de ples.

Abandonó el edificio de la inspección. Ya era más del medio día y hacía un sol de verano, tibio y renovador. Los rayos de este sol se reflejaban en los cristales de sus gafas. Bajó a la carrera 13. Tomó asiento en el tranvía... En su misma banca, iban unas muchachas, hermosas, rientes, alegres. Ninguna de ellas tendría más de veinte años...

—Son tantas las muchachas de menos de veinte años... pensó. Y ocultó una maliciosa sonrisa, con la ayuda de la rucia perilla.

Terminado el almuerzo, Lina fue, como de costumbre, al parque. Gustaba mucho la doncella de emplear allí las horas de su descanso, en contacto con ese alarde artificioso de pomposidad natural que son los parques de las ciudades. El parque

era muy agradable, sobre todo, en las tardes. Iban las jóvenes madres con sus hijos pequeños dentro de los primorosos cochecillos. Los estudiantes devoraban sabiduría, tendidos, a la bartola, sobre el verde césped. Los fotógrafos ambulantes les robaban la estampa a los campesinos, a los vagabundos, a los presuntos suicidas. ¿Cuántas tragedias íntimas y profundas no encerraría una cámara fotográfica de esas? Cundía el sol; calentaba la arena de los senderitos y veredas. El tufo pestilente de la ciudad casi que se modificaba, amigable, con el aroma de las flores. Los árboles, altos, frondosos, pinos, eucaliptos, cipreses luctuosos, araucarias y palmas, eran el contenido del viento. Lina había heredado las aficiones artísticas de su padre en forma de una especial facilidad para la pintura. La doncella pintaba ingeniosa y primorosamente a la acuarela; para ella era un período de dicha, ese que gastaba copiando aquél, este aspecto del parque. Había vendido, ya muchos de sus apuntes y aguadas; mas el interés pecuniario no la movía al ejercicio de la pintura siendo que a él se entregaba, impulsada por un recóndito deseo de su alma virginal y sencilla.

Las horas primeras de la tarde se le fueron a don Rodrigo, en aderezar algunas piezas cuya entrega estaba próxima. Con la cinta métrica de hule sobre los hombros; al cinto el peto de kaki; entre los labios unos cuantos alfileres; hilos e hilachas en la noble melena y algunas motas de lana en la rucia perilla, nadie hubiera imaginado que aquel anciano tenía una inteligencia potente y envidiable; una imaginación muy abundante y un talento verdaderamente ejemplar.

El golpe amistoso, pero fuerte, que recibió en la espalda, por poco le hace tragar alfileres al poeta detective. Volteó, nerviosamente la cabeza, y exclamó:

—Ya me lo imaginaba que era usted, sargento Martínez. Y lo estaba esperando: mas le ruego que modere esa impetuosidad de su euforia; pues, a poco me hace usted tragar alfileres y agujas, y perecer como la suicida del cuento...

—¿Cuál suicida?, inquirió Martínez entre atortolado y apenado y curioso.

—¿La recuerda usted? Aquella dama solterona de setenta años, doña Crispula Ortiz, que se suicidó ha siete meses, si no estoy mal de memoria, ingiriendo, dentro de una bola de mantequilla, un paquetín de agujas para fonógrafo... ¡Y cómo sufrió la pobre, amigo mío!

¡Cuán dolorosa fue su muerte! Me asombro ahora de las consejas que las gentes crueles y desapacibles hacían sobre la causa de su original suicidio. Se aseguraba que las agujas de fonógrafo, le habían puesto a cantar una mala canción en las entrañas... De ella, fue esa balada que comenzaba:

“Pitirre, torro, aquelarre,  
las agujas de las brujas  
me pican, arre que te arre;  
y entre las rojas burbujas  
de mi sangre que se aterra,  
quiero tornar a la guerra,  
luciendo ese frigio gorro  
que es emblema de esta tierra...”

—Recuerdo la balada, Coronel, asintió el sargento Martínez... Mas, quiere usted que le dé noticia de los resultados de su encargo sobre Fontibón?

—A eso iba. Y soy todo oídos.

—Resulta que el vejete Winter, vivió, como usted me dijo, en Fontibón, residiendo en una casucha apartada de la plaza central, obra de siete cuadras, pasando la carrilera del ferrocarril, en terrenos en que hoy se realiza una nueva urbanización para veraneantes. Aquello fue, aproximadamente, hace tres años y el viejo permaneció en Fontibón por espacio de cinco meses, o más. La casucha, que hoy está destartalada y ruinosa, es de construcción primitiva; bahareque y techo de paja; tiene atrás un solar de más de fanegada y media de extensión. Allí cultivaba don Winter sus flores.

—De su vida en ese pueblo, poca cosa se recuerda. En Fontibón concertó para sirviente a Ana Rosa Jiménez, mujer hija de unos campesinos de cierta “vereda” o fracción; de estupendos antecedentes; sana y hacendosa, a quien dicen que el viejo se confió por entero... y algo más. Una da-

ma, dueña de una venta de pan que hay abajo de la estación del ferrocarril, muy vecina al sitio en que residió Winter, recuerda al difunto. Dice que era muy amable con ella; que parecía un "monito", éstas son sus palabras, con su bastón, la pierna encogida y el brazo contrahecho, andando por allí, en busca de bichos, de flores y de matas y hierbas. Recuerda que alguna vez lo visitó una jovencita, al parecer colegiala; mas la chica no fue a la casa del viejo, sino que se entrevistó con él en la misma tienda de doña Matea Pinilla, que tal es el nombre de la dama de la tienda. Winter, la trató paternalmente, le ofreció bizcochos y guarruz y, cuando la niña se fue, en el tren, para Bogotá, le obsequió obleas, bombones y unas monedas; los vueltos del gasto que había hecho y pagado con un billete de dos pesos, que por ese entonces circulaban todavía.

—La casa, hoy pertenece a la mortuoria de Winter. Há más de año y medio que no está habitada por persona. A su cuidado estaba un muchacho. Tobías Cruz, a quien también interrogué. Le pagaba el patrón Winter tres pesos mensuales por tenerle cuenta de esas ruinas, y le permitía, asimismo, aprovechar la tierra, fanegada y media, para cultivos propios. Cruz sembró, lo último, maíz. Y teme perderlo, pues el alcalde de Fontibón, comisionado por el inspector municipal que usted sabe, selló la entrada de la casa, en cuyos interiores no hay más muebles que una vieja mesa, muy traqueada, dos carretillas metálicas, sin parte sana y algunos sacos de fique, deteriorados. Lo demás es polvo, ruinas y residuos de cielo raso, que con el abandono, se ha venido a la tierra. Una de las ventanas de la casa, que tenía tres, se la robaron. Allí está el hueco, tapado con uno de los sacos de fique.

—En Fontibón, prosiguió Martínez, adelantándose a la pregunta que le iba a formular don Rodrigo, se hacen muchas imaginaciones acerca de la muerte de Winter. La señora Matea Pinilla lo ha sentido, pues como que le tomó cariño. Algunas otras gentes lo recuerdan. Las más, lo habían olvidado y sólo se dieron cuenta de quién era, o de quién fue, cuando la

prensa publicó el dato de que había resido en Fontibón. Gozaba, en el pueblo, fama de avaro y de misántropo. "Medio tocado y distraído", son los términos que usan el estanquero y el escribiente de la alcaldía. No hay más.

—Ha cumplido usted y desempeñado a cabalidad mi encargo, anotó don Rodrigo... Pero, veamos, prosiguió tras de breve pausa... Indagó sobre la filiación de la niña del mazato?

Martínez se quedó atónito. ¡No! Se le había escapado ese detalle, en cuya importancia ahora caía, y en cambio, había indagado, multitud de detalles inútiles.

—No, señor, respondió apenado. Pero la cosa se puede enmendar.

—Así lo espero, aunque perdemos tiempo... Nunca regresa un minuto... y una hora es una hora; cursa, y se va... Vaya pues, Martínez y subrane ese explicable descuido. ¿Esta misma noche dice usted? Vaya y mañana, cuando el teniente Gómez venga a mandarse hacer su vestido, acompañelo usted. Y traquílese hombre, que un detalle así se le escurre al más lince.

Francamente apenado, Martínez se despidió presuroso y abandonó el taller. A poco se encontró con Lina. La doncella regresaba de su habitual excursión al parque. Y el sol le había puesto lindísimos colores en los frescos mofletes.

Aquella mañana fue friolenta y nublada; espesa niebla cubría a la ciudad. Amagaba la lluvia. A las nueve, se presentaron al taller de don Rodrigo el sargento Martínez y el teniente Gómez, de la policía nacional.

—¡Coronel!, exclamó Martínez, que, a pesar de lo descompuesto del día, había amanecido de excelente humor. Le presento a mi teniente Gómez, de mi propia división, y de quien le hablé acerca de la hechura de un vestido: él trae el paño.

—Teniente Modesto Gómez, para servirle. Y don Rodrigo Estrechó la mano de un mozo alto, fornido, elegante en su uniforme militar; de brava voz y ojos que no miraban de frente. Gómez, era el prototipo del militarote; hecho para el duro

trato de la milicia; sin una pizca de sal en la mollera; rudo, patán, apasionado y autoritario.

—Tome usted asiento, teniente, en tanto que examinamos el paño.

Era un paño gris, labrado, inglés, de calidad aceptable. Martínez asistía a la escena, muy recatado, allí, con la presencia de su superior. Lo miró don Rodrigo y le adivinó en los ojos una multitud de cosas interesantes. El viaje nocturno a Fontibón, había dado, seguramente, muy buenos resultados.

Martínez, amable, ayudó a apuntar las medidas en el libro del taller. Recomendó el teniente Gómez que el pantalón llevase dos pliegues y bolsillito para el reloj. La americana debía ser ceñida; abierta, con tres botones, para apuntar en el del centro.

—Y buenos materiales, ¿no, maestro?

—Lo mejor que se pueda, asintió don Rodrigo, contestando el ademán de despedida que le hizo el teniente. Puede usted venir a la prueba dentro de tres días, agregó.

—¡Coronel, coronel!, exclamó Martínez en cuanto el teniente Modesto Gómez abandonó, petulante, marcial, solemne, el pequeño taller. —La niña tenía ojos verdes; cabello negro, crespo; nariz aguileña, aunque graciosa; un lunar sobre el pómulo derecho; vestía, según dice doña Matea Pinilla, medias cortas, traje marino y boina azul; calzaba de medio tacón. Un detalle interesante: la uña del dedo meñique de la mano izquierda estaba acanalada, según dice la señora Lastenia, como consecuencia de un golpe. No hubo más, a pesar de mis esfuerzos...

—Ni falta más, querido Martínez... Esta descripción de la niña de marras, puede ser muy importante. Y ahora, regrese usted a sus quehaceres habituales, pues temo que Peñuela se moleste si lo ocupo por más tiempo. Ya, si algo hay, lo llamaré de nuevo. Y óigame: así, como que no quiere la cosa, vaya, en un rato libre al tejar El Superior; converse con los muchachos; escuche lo que dicen. Vaya también a la calle 44, antigua residencia de

Winter; investigue con los vecinos. Pero esto ha de hacerlo con malicia, sin que la gente se dé cuenta; como un comentario a propósito de las informaciones de la prensa; ¿me explico?

—Sí, coronel. Y a propósito, la prensa afirma que está confirmada la tesis del suicidio. El inspector da un reportaje a "El Tiempo", en que sustenta esta afirmación; descarta el homicidio y explica que todo se ha reducido a un inmoderado deseo de publicidad de los reporteros, faltos de tema. ¿Es raro, no, don Rodrigo?

—¿Raro? Sí. Muy raro, Martínez. Esperemos.

Concluida la declaración indagatoria y ampliación de la diligencia, el inspector decidió poner en libertad incondicional a Ana Rosa Jiménez, la sirvienta de Winter. La buena mujer, para escapar al escándalo de la prensa, se fue a Fontibón. Y allí, se ocultó en la casa de una hermana suya, casada. La pobre se sentía como culpable y avergonzada y temerosa. Fue el sábado siguiente, en la tarde, cuando logró localizarla don Rodrigo.

Los dioses habían favorecido al poeta detective con ese don envidiable de una irresistible simpatía. Además, don Rodrigo inspiraba confianza; su talante era noble y la bondad de su corazón se le asomaba al rostro. Ana Rosa prometió decir la simple verdad, bajo la promesa formal de don Rodrigo, de que no se la molestaría más con actuaciones judiciales.

—Veamos, hija, comenzó el vate luctuoso y nefasto. Al rendir su declaración, usted dijo que el difunto Winter no había mantenido relaciones sospechosas, hasta meses antes de su muerte. ¿Cuáles fueron esas relaciones, o qué motivo tuvo usted para adjudicarles el mote de "sospechosas"?

—¿Relaciones? Yo vi a mi amo Winter charlar, con una muchacha, distinguida, una señorita decente, varias veces. Más de dos y menos de cinco, según recuerdo. Y dije que esas relaciones eran sospechosas... ¿Sabe por qué? Porque, qué hace un viejo como Winter, charlando a la

escondida, furtivamente, con una señorita así de joven, y además bonita?

—¿Amores, según cree, Rosa María?

—No sé si amores o no. Pero como los viejos a veces son tan "encaprichados", y las señoritas que una cree decentes resultan unas cualquiera, pues a mí se me ocurrió que había algo de sospechoso. Y por eso le dije. Y vea que si hubiera sabido el mal que me iba a causar esa palabra, nunca la habría pronunciado.

—No. Ana Rosa. Usted hizo bien... Pero no recuerda algo peculiar de la muchacha; su filiación, sus facciones, en fin?

Ana Rosa hizo un visible esfuerzo mental. Se llevó a la boca los flecos de su pañolón negro, de seda. Y de pronto, nerviosamente, exclamó:

—Sí... La vez en que los sorprendí a los dos, cuando estaban conversando en la esquina, y le fui a pedir al señor Winter las llaves, tuve ocasión de mirarla. Tenía los ojos garzos... Muy oscuros y crespito el cabello; se habría mandado hacer la permanente. La nariz pronunciada...

—¿Y qué más?

—Nada más... no; que yo recuerde...

—Bueno Ana Rosa, ¿qué llama usted "ojos garzos"? Ojos claros, ¿no es cierto?

—Sí señor.

—Claro, sean grises, verdes, o azules...

—Sí señor.

—¿Los de esa señorita no eran verdes?

—¿Pues cómo? Sí señor... verdes...

—¿Y no tenía un lunar, por allí cerca del ojo?

—¿Un lunar? Y cómo lo sabe usted? Sí. Un lunar, con pelitos, ya caigo. Eso mismo. Un lunar con pelitos.

—Muy bien y gracias Ana Rosa. Conserve buena y tranquila. Si para algo la necesito, vendré a buscarla. Y a propósito, no es ahora la cosecha de moras?

—Sí señor.

—Pues véndeme unas moras, unas cuantas, unas muchas moras...

Y al llegar esa tarde a su taller, don Rodrigo portaba un gran cesto de moras. Lina, al verlas, lanzó una exclamación de alegría. La doncella gustaba, sobremanera de las moras; de las moras y de todas las frutas silvestres.

∴

Los tres días habían pasado, con ese domingo plácido; su cielo azul; la misa a las once y luego, la dicha; el paseo a Tunjuelo. Lina llevó su cesto de mimbre y en la cesta, pollo, bizcochos y una botellita de vino.

Los dos tomaron un bus que los condujo hasta la misma ribera del Tunjuelo. Bajo un sauce llorador, se tendieron. Extendieron un blanco mantel las primorosas servilletas. Almorzaron opíparamente. Apuraron el vino... Y luego, sacaron la baraja...

—Hija: en el tute gana siempre, aquel de los jugadores que pueda fijar más su atención, en lo que hace.

Regresaron a las siete. Fueron al restaurante, a comer un bocado. Y por esto, por todo esto del domingo, don Rodrigo amaneció como rejuvenecido; potente; optimista como en los tiempos felices. Así, se le escapaba un poema:





guntará usted. Algunos, le respondo yo, e imploro su beneplácito para seguir, para seguir adelante. Si algo resulta, si mis teorías tienen, a la postre, fundamento, ya vendré a avisarle. Entretanto, dígame una cosa.

—¿Puedo contar con el sargento Martínez cada vez que se me ocurra?

—Sí, porsupuesto, don Rodrigo. Pero no creo en el buen éxito de sus trabajos. A la postre, se habrá de desengañar tanto, como yo lo estoy ahora.

—Y, dígame, ¿no sería mejor desengañarse de una vez, y no seguir mortificándose?

—Todo depende. Todo depende, manifestó don Rodrigo, apurando la tercera copa del delicioso whisky de la Prefectura. El hombre es un animal esencialmente curioso. Es más, la curiosidad es uno de los motores del progreso humano. Yo soy doblemente curioso. Y hasta tanto no me satisfaga, no podré estar tranquilo.

—¡Allá usted! Pero en todo caso, cuente con mi aquiescencia y cuente con los buenos servicios del sargento Martínez.

Los versos sáficos adónicos son, Lina, como los días; que unos son largos en sucesos y otros son cortos en acaecimientos. Hoy debe venir a percibir su vestido el teniente Modesto Gómez, a quien tu le tienes ojeriza y hoy ha de venir también, el sargento Martínez, a quien yo aprecio de veras y con quien tu te vas muy bien. Hoy será, pues, uno de los sáficos. Los adónicos, fueron estos días que pasaron, en que nada hubo de particular. Ni encargo de nuevas obras; ni sucesos interesantes. Sólo la vida corriente, vulgarizante, cotidiana...

—¿Y lo de Winter, que tan atareado te traía?

—¿Lo de Winter? Pues sigue lo mismo. Winter muerto, ahorcado, para ser precisamente claros. Su ánima en los paraísos eternos. Su cuerpo, inhumado en el cementerio de esta ciudad católica. Las autoridades empecinadas en su declaratoria de suicidio, declaración que ha obtenido el unánime consenso. El unánime, sí,

porque mi contraria opinión no cuenta; ni quita, ni pone...

Serían las once cuando se presentó el teniente Gómez. Vestía su uniforme azul, de gala y, ciertamente que lucía muy bizarro el oficial. Examinó el flux que le hiciera don Rodrigo. Se probó la chaqueta y la halló excelente, prometiendo encarar una nueva hechura, y avisó que, al rato, enviaría a un muchacho ordenanza suyo a que recogiese las prendas.

—¿Y a propósito: su encantadora hija Lina..., insinuó.

—Lina, ven acá, llamó don Rodrigo.

Presentóse Lina. La doncella ya había conocido la presencia del teniente en el tallercito, pues había oído su voz, firme, dictatorial y dura. Así, al entrar al taller, procedente de la alcoba, Lina tenía el rostro encendido en rubores. No obstante, saludó muy cortésmente al teniente.

—¿Su hija no va nunca al cine, maestro?

—¡Va, como no! Pero siempre que va al cine, va con su padre.

El teniente, azorado, se despidió, inclinando la cabeza y juntando, sonoramente, los talones de sus botas. El poeta detective sonrió, socarronamente...

"Oh amor, mi dulce amor enamorante..."

Mas no recitó sino este solo verso, por no molestar a su hija, que avergonzada, hizo un mohín de disgusto.

Horas después vino el sargento Martínez. Lo tenían "frito", según dijo, destacado en una comisión a la oficina de zona de servicio militar. Buscar reclutas, capturar pobres muchachos que, con sus buenas razones, trataban de evitar el ingreso al cuartel.

—Sargento, encantada de verlo... Y usted siempre se hace desear, ¿no?

—Señorita Lina. Ya le había contado a su padre lo atareado que estuve estos últimos días... Con que, discúlpeme.

—Vea usted sargento, que el teniente Gómez quiere flechar, como ahora se dice, a mi hija. El muy ladino, la mira tiernamente, y en mis mismas barbas la quiso convidar al cine.

—¿El teniente Gómez? exclama asombrado y molesto Martínez... ¡Ah! mi teniente Modesto Gómez? ¿Y le entregaron el vestido? Sí? Pues flechará a Lina, sin duda ninguna, coronel... Porque es más zumbado y más de buenas para las mujeres...

—Tiene fama en la división... Es uno de esos que llaman tenorios.

Y así lo confirmó, al día siguiente Lina. La doncella lo vió, por allí, paseando del brazo de una garbosa muchacha.

—¿Sabes, padre? vi al teniente y le descubrí uno de sus amores. Iba por San Victorino, del brazo de una muchacha muy plispa. Una muchacha de ojos verdes y pelo negro, con un lunar en la mejilla derecha... En verdad que tiene buen gusto.

Don Rodrigo dió un brinco. Mas, por fuerza de su voluntad, se mantuvo en silencio. Horas después, le solicitaba a Ramírez Gaviria, de nuevo los servicios del sargento Martínez...

—Este viejo está chocheando, dijeron en la Prefectura. Mas, sin embargo, le ordenaron a Martínez que se pusiera a las órdenes del poeta.

—Me hará usted un favor, querido Martínez, pero ante todo, prométame por su fe de caballero, que de esto no le dirá palabra a nadie, comenzó, solemnemente, don Rodrigo.

—¿Algo muy grave es, coronel? La promesa está hecha. La cosa, un secreto entre los dos. Pero cuente, diga, que me tiene sobre ascuas...

—Estábamos en que el teniente Gómez, oficial de su división, a quien yo hice un vestido ¿recuerda? es muy enamorado...

—Exacto coronel.

—Pues usted, de hoy en adelante le seguirá los pasos a su teniente Gómez, hasta el punto en que lo sorprenda, hablando, charlando, paseando, conversando, simplemente caminando, con una muchacha alta, garbosa, de ojos verdes; de cabellos negros, crespos y que tiene, en la mejilla derecha un lunar...

—Acaso exclamó sorprendido Martínez, acaso, don Rodrigo, piensa usted que...

—¿Insinúa?

—Como las señas que me da usted, la filiación concuerda con la filiación y las señas de la muchacha misteriosa del caso Winter..

—Pues no pienso. Sino que me he propuesto no dejar este asunto de la mano. Y a cada muchacha con ojos verdes, lunar en la mejilla derecha y pelo negro la he de seguir los pasos. Esta es la comisión que le doy. En cuanto la cumpla, y ha de ser muy discretamente cumplida, usted vendrá a avisarme.

—¿Y los jefes?

—No se preocupe, Ramírez Gaviria me lo "prestó" a usted de nuevo, sargento. Y manos a la obra.

El teniente Gómez, según decía el sargento Martínez, cambiaba de novia, de pareja, todos los días. Fue necesario esperar dos semanas. Por último, el lunes (quince días después del encargo) Martínez hizo el hallazgo. Sorprendió a Gómez del brazo con la dama de ojos verdes, a la entrada de la función vespertina popular en el teatro Faenza. En el cafetín del frente, Martínez esperó a que terminara la vespertina. Le siguió los pasos a la pareja. Ella se quedó en una casita del barrio de las Cruces (carrera 11 con calle 3a.). Se llamaba Lola, Lolita Paz. Trabajaba en una elaboración de cigarros. Hacía más de seis meses vivía allí.

—Perfectamente, dijo don Rodrigo al recibir las informaciones de Martínez, como siempre, usted se ha lucido, sargento. Otra comisión viene ahora. Irá usted a Fontibón. Indagará el paradero de Ana Rosa Jiménez, la sirvienta de Winter y de la señora Matea Pinilla, conocida suya. Las citará para el jueves entrante, a las tres de la tarde, al pie de la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, en el parque de la Independencia. Cita y sitio, precisos e inmodificables. Le dirá usted a Ana Rosa, que no es un asunto con los funcionarios judiciales... Y pensando, agregó:

—Le entregará usted este billetito de mi parte... Todo ha de hacerse con la acostumbrada discreción, eh? sargento. Creo, no sé por qué, que a alguna cosa

ha de conducirnos esta maquinación que urdimos.

Asentando los partes del servicio en el libro, el teniente Gómez fue interrumpido por una llamada telefónica...

—¡Alló, alló! ¿Don Rodrigo de Arce? ¡Ah! sí, como no, maestro, mucho gusto. Iré a su taller esta misma tarde. ¡Sí! Ya tengo listo el nuevo corte de paño y el vestido está excelente, inmejorable. Espéreme a las cinco. Esta tarde... Sí.

Lina se había arreglado como ella sabía hacerlo. Lucía su espiritual belleza esplendorosamente...

—¡Padre! Que nada más que lo que tu dices vaya a resultar de este asunto. Mira, que a mí no me gusta el teniente Gómez. Es más; me repugna. Pero bueno, por ayudarte en una de tus locuras...

El teniente llegó puntual, flamante, a las cinco.

—He olvidado el corte de paño... Pero en todo caso, le cumplo su cita. Es para mí un placer visitarlo...

—Papá, llamó, de la alcoba, la avisada Lina.

—¿Qué quieres hija? Ven que tenemos visita. El señor teniente Gómez está aquí. Apareció Lina, fragante, delicada, casi aérea.

—Señorita, es un verdadero placer... alcanzó a decir el teniente y se quedó silencioso, extasiado, fulminado con esa mirada de la doncella...

—Pues el teniente vino a hacerse un vestido... pero olvidó el paño, intervino don Rodrigo, en forma oportuna. Yo, asimismo, soy muy olvidadizo, verdad, Lina?

—Verdad, papá... Sí te olvidas de todo... Hasta de las cosas más triviales... Porque, como eres poeta... Siempre vives con la imaginación puesta en los versos. Y usted también es poeta, teniente?

—¿Yo, señorita? No. No lo soy... Pero me olvido... ve usted...? El servicio da muchas preocupaciones y poco a poco, se le va maleando a uno la memoria.

—Eso de la memoria, insinuó Lina, es asunto complejo, difícil, mi teniente. Pero, por más que las preocupaciones le embarguen a una la atención, siempre hay

cosas que se recuerdan. Yo recuerdo varias, a toda hora...

—¿Varias y muy interesantes, señorita?

—Varias, sí. ¿Interesantes? Lo juzgará usted, pues se las voy a contar todas. Recuerdo, por ejemplo, a mi tío Gaspar, muerto ha muchos años, cuando era apenas una chiquilla... Lo veo tal como era, alto, seco, con el rostro largo, los ojos azulísimos, regalándonos bombones de menta. Recuerdo también, una vez que me subí a un cerezo... Esto era en el Ecuador. Me subí al cerezo, pues, y al encaramarme a una rama, la rama mala, se partió y yo caí redondamente, al suelo. Y tú, papá, en lugar de consolarme, me castigaste en la misma parte lastimada, por desobediente...

—Sí Lina... recuerdo.

—Recuerdo, además, prosiguió Lina, a una compañera mía de colegio... se llamaba Lola, Lolita Paz... fue mi mejor amiga... Era tan linda, tan dulce, tan suave. ¿Qué camino habrá tomado en la vida? Ella era mayor que yo, y sólo un año fuimos condicípulas... Pero la imagen de Lolita Paz no se borra de mi mente. Es una de mis más amadas memorias... Aún la veo. Los negros cachumbos... los ojos verdes y un lunar en la mejilla que realzaba la gracia natural del rostro hermosísimo... Diera la vida misma por volverla a ver...

El teniente Gómez estaba sobre ascuas. Las miradas de la doncella le derretían el corazón. Al oír el nombre de Lolita Paz, regresó a la realidad, de ese dulce país de los sueños adonde lo transportaran las miradas, la voz, los ademanes de Lina.

—Lola... Lolita Paz, dijo Gómez maquinalmente, publicando subconsciente preocupación.

—Lolita Paz... ¿Pero por ventura usted la conoce, teniente?

—¿Decía usted, señorita?

—Teniente, que usted ha nombrado a Lolita Paz, con tal entonación en la voz que es claro, cierto, que usted la conoce. ¡Ay teniente! agregó Lina. Dígame... ¿Dónde está Lolita Paz? ¿Qué hace? ¿A qué se dedica? ¿Puede usted darme alguna información sobre ella?

—En realidad, explicó Gómez, incapaz de zafarse de esa red tentadora, conozco a una muchacha Lolita Paz... Y por cierto que tiene los ojos verdes y un lunar, como usted dice... Pero estoy seguro, completamente seguro, de que esta Lolita, no es la Lolita a que usted se refiere.

Manifestando una viva, una intensa agitación, Lina se puso de pies e insinuante, se le acercó a Gómez...

—¡Por su vida teniente!... Ustedes los hombres no comprenden cómo es de intensa la amistad que une a dos amigas inseparables del colegio. Habla usted de una Lolita Paz... Dice que usted la conoce, pero que está seguro que no es mi discípula. ¿Cómo puede saber que usted no está equivocado? ¡Ay, papá! qué hago en este caso?

—No te desesperes hija, ni te pongas nerviosa, que eso te hará mal y no te dejará dormir... La cosa es sencilla de solucionar. El teniente conoce a una muchacha, que tiene el mismo nombre de tu entrañable amiga, y el mismo color en los ojos... y hasta en sus cabellos... Yo creo que el teniente accederá a que hagamos un experimento...

—¿Yo? De mil amores, maestro. Con todo gusto.

—Pues mi plan es este, prosiguió don Rodrigo. El jueves próximo, mi teniente tiene la tarde libre... Convida a esa Lolita Paz a un paseo... La lleva, por ejemplo, al parque de la Independencia, de manera que a las tres de la tarde, se encuentre cerca de la estatua ecuestre del Libertador. Nosotros iremos, de otro lado, tú, hija mía Lina, y yo. Si aquella Lolita es tu Lolita, la reconocerás en el acto... Yo ahora hablaré con el teniente, a ver si en el caso de que halles a la amiga de tu infancia puedes reanudar esa amistad. Si no es tu Lolita, Santas pascuas. Habrás salido de una incertidumbre que te mortifica. ¿No te parece bien?

—Bien... ¡Estupendo, papá! Como el teniente acceda...

—Accederé, señorita. Y será para mí un gran placer este de prestarle tan pequeño servicio. Me iré... Encantado y hasta el jueves a la hora dicha y en el sitio indicado.

Cuando el teniente Gómez dió el primer paso en la calle, se encontró al volver, curioso, la cabeza, con una mirada abrasadora de la doncella.

Martínez al día siguiente informó sobre el resultado de sus pesquisas. Matea Pinilla y Ana Rosa Jiménez, estarían, seguramente, el jueves a las tres de la tarde, al pie de la estatua ecuestre del Libertador Simón Bolívar, en el Parque de la Independencia, dispuestas a identificar a Lolita Paz...

“Tus manos me desazonan,  
tan blancas son, y tan gráciles,  
que se te irán algún día,  
por los caminos el aire...  
Se te irán, hartas de tedio;  
deseosas de acariciarte,  
cansadas de verse siempre  
castas, puras y graves...”

Recitando estos versos en voz tonante, manifestó don Rodrigo de Arce, su íntima, su profunda satisfacción.

Fue uno de aquellos días apacibles, despejados, que suele haber adelantado el mes de enero. La influencia de diciembre persistía en el azul, en la diafanidad del aire, en el poderío de la luz solar. Febrero anticipaba su cuitado ejercicio con algunas nubes, navegantes por el ámbito diafano. Pasado el medio día, la reverberación solar era intensa; una temperatura deliciosa convidaba al movimiento; a la actividad.

Don Rodrigo y Lina, resolvieron hacer un paseo, yendo del tallercito del parque de los Mártires, hasta el parque de la Independencia. La doncella vestía su traje de seda verde.

Minutos antes de las tres de la tarde, tomaron asiento en una de esas duras bancas de los parques en cuyo extremo dormía un sucio chiquillo. Desde allí, era posible observar lo que ocurriese en las vecindades del sitio en que se alzaba la estatua ecuestre de Simón Bolívar, obra del cincel de Fremiet.

Don Rodrigo pudo distinguir, minutos después, la presencia de dos mujeres, al parecer, provincianas. Vestían las dos, pañolón de seda negro y sayas de paño. Al

lado, charlando con la más joven, el muy ladino, estaba el sargento Martínez. Ana Rosa Jiménez y Matea Pinilla, la primera antigua sirviente de Winter y dueña, la segunda, de un expendio en Fontibón, había cumplido, precisamente, la cita. Sólo faltaba ahora, que el teniente Modesto Gómez cumpliera su promesa.

Vendría el teniente Gómez? Don Rodrigo temía, tal vez infundadamente que el oficial no realizara su promesa. En verdad, pensaba, algo hay extraño, como ofensivo en el teniente, joven, robusto, sano, bien plantado. Debía ser un buen muchacho, de cumplirse el aforismo clásico: "mens sana in corpore sano". ¿Cuál era la condición ofensiva del teniente Gómez? Don Rodrigo recordó las palabras de su hija: "Mira de un modo raro"... Sí. Miraba de un modo raro; nunca de frente, siempre de soslayo, como guardado y sospechoso.

Mas todas estas eran meras imaginaciones. La conducta del teniente para con don Rodrigo y su hija, fue en todo momento, caballerosa e irreprochable. La hoja de vida del mismo oficial indicaba unos limpios antecedentes, una conducta aceptable; aunque manchada a veces por ciertos actos de violencia, a los cuales se debía el retardo del ascenso al grado de capitán. ¿Violencia? Era lo natural que un temperamento casi primitivo como el de Gómez, tuviera esas rudas manifestaciones vitales. Desde luego, el muchacho no era culpable. Nada había que reprobar en su comportamiento.

—¿Qué horas tienes, padre? preguntó Lina, rompiendo aquel molesto silencio de la espera.

—Son las tres y diez minutos, anunció el detective poeta, mirando su reloj de plata grabada. Estoy seguro de que Gómez no tardará más de cinco minutos.

Y así fue. A poco, penetraron al parque, por la carrera séptima, Modesto Gómez y Lola Paz. La muchacha iba adelante, airosa y muy bella. Gómez la seguía, al parecer cohibido, a pasos lentos.

Martínez atendió a la señal convenida. Matea Pinilla y Ana Rosa Jiménez se co-

locaron en sitios estratégicos. Martínez, presuroso, se escapó hacia arriba.

En aquel instante una leve angustia le aceleró el pulso a don Rodrigo. El éxito de sus meditaciones y de sus elucubraciones alrededor de la muerte de Winter, el buen éxito, podría depender de la escena que se iba a desarrollar en seguida. ¿Sería esta Lolita Paz, la muchacha con quien el floricultor asesinado solía conversar, a furto de todos? ¿Cuáles serían los lazos que unieron a la muchacha con el antiguo condueño de La Flora?, ¿Amistad?, ¿Parentesco?, ¿Amor?

De tales embrollos mentales lo sacó la presencia del teniente Gómez colocado al frente, y charlando con la Paz, de manera que la muchacha daba la cara al sitio en que se encontraba el padre y la hija.

Lina, bajo la mirada de Gómez, fijó su atención en la silueta de la joven y fingió examinarla detenida, minuciosamente.

Esperó Gómez, como deseoso de que Lina no reconociera en Lola a su antigua amiga; y así lo debió entender, pues, a poco, se retiró con su compañera.

Don Rodrigo y Lina, por su parte, también abandonaron el escaño. Lina extrajo de su bolso unas monedas, y se las obsequió al chicuelo que dormitaba en el extremo. Siempre fue caritativa y bondadosa la doncella.

—Pueden jurar las dos, tanto Matea Pinilla, como Ana Rosa Jiménez, que la muchacha que estuvo a las tres de la tarde, con el teniente Gómez en el parque de la Independencia, cerca de la estatua de Fremiet, es la misma que solía hablar con el ahorcado Hermann Winter. Matea reconoció en Lola Paz a la chiquilla de medias cortas que convidada por Winter, bebió mazato y comió bizcochos en su tienda. La reconoce perfectamente, a pesar de que Lola tenía guantes, por cuya causa Matea no pudo fijarse en cierto detalle de la uña del meñique izquierdo de Lola. Ana Rosa Jiménez está completamente segura de que Lola es la misma que habló en diferentes ocasiones con Winter, en las vecindades de la casa de la calle 44. Se ha salido usted con la suya, coronel, agregó el sargento Martínez. ¿Pe-

ro le otorga usted mucho valor a esta coincidencia?

—Coincidencia... ¿Coincidencia, dice usted, mi querido Martínez? Bueno... Dejémosle ese nombre al asunto, por ahora. Mis planes son confusos y en realidad, yo mismo no sé qué es lo que pienso sobre el caso Winter... Tenemos que Lola Paz es la chica misteriosa. ¿Sabe cuál es su obligación inmediata, sargento?

—¿Cuál, coronel?

—Averiguar cuanto le sea posible de los antecedentes de Lola Paz. Averigüe de todas maneras. Con el teniente Gómez. Con las familias vecindadas en la carrera 11 con calle 3a. No desprecie ni desaproveche fuente ninguna de información. Y cuando tenga datos, venga, lo más pronto que pueda. Yo le hablaré esta tarde misma a Peñuela, a Ramírez o al mismo general de León sobre su licencia. Y no se le vaya a escapar palabra de lo ocurrido. Con nadie... ¿oye? Absolutamente con nadie.

Martínez se esforzó, como siempre, por acopiar toda clase de detalles. Mas en estas ocasiones la suerte, al parecer, le fue adversa. Los vecinos de aquel sector de Las Cruces, carrera 11, un barrio nuevo, habitado por pequeños burgueses, empleados, familias pobres de la clase media, no sabían mayor cosa acerca de Lolita Paz. La casa en que residía no era el hogar

de su familia. Se alojaba allí un matrimonio oriundo de los llanos orientales, posiblemente de Villavicencio o de San Martín. A Lolita le habían arrendado una pieza. Parece que Lola se había conocido con doña Leonor Amórtégui, tal era el nombre de la señora, esposa de Euclides Murcia, en San Martín. Vino a Bogotá, permaneció en el colegio por espacio de varios años, pero falta, súbitamente del apoyo que le prestara alguna persona desconocida, tuvo que abandonar sus estudios y disponerse a trabajar. La Murcia accedió a tenerla en su casa. Tras de mucho bregar, Lolita tuvo que resignarse a aceptar un mediano empleo en una elaboración de tabaco, pomposamente llamada "Fábrica de cigarrillos La Aurora", en San Victorino. Ganaba un salario de treinta pesos al mes, cantidad apenas suficiente para atener sus más urgentes necesidades.

El teniente Gómez la había conocido hacía 6 meses. Las muchachas de la clase de Lolita tienen una predilección especial por la gente de uniforme. Gómez, gallardo como era, mujeriego y versado en lides galantes, no halló inconvenientes mayores para enamorar a la empleadilla. Martínez no sabía a punto fijo cuáles eran las relaciones del teniente con Lola. Parecía, no obstante que se trataba de un simple amorío.



La señora Amórtégui de Murcia, dió algunos informes. No conocía a la familia de Lola. Había trabado amistad con ella en el colegio, uno de aquellos colegios particulares, que funcionan a extramuros y en donde se acogen las muchachas provincianas. Fueron condiscípulas por el período de tres años. Durante todo este tiempo, Lolita no recibió visitas de sus padres ni de allegados o parientes. Hablaba con frecuencia, de su tío, dando a entender que el tío dicho, era quien sufragaba los gastos del colegio, y todos sus gastos personales. Cuando llegaban las vacaciones de Semana Santa y de julio, Lolita permanecía en el colegio. Terminadas las labores escolares del año, Lolita iba a pasar vacaciones en sitio desconocido y ella la convidó a Villavicencio.

Su amistad con Lola fue estrecha e íntima; sin embargo, nada pudo saber nunca acerca de la familia de la muchacha. Y precisamente esa especie de abandono a que la Paz se veía relegada, fue uno de los motivos que influuyó más poderosamente para que el simple trato de la condiscípula se tornara en amistad estrecha. Lola, según tales informes, era inteligente; despierta; de buen natural. Tenía disposiciones especiales para los idiomas y la música. Doña Leonor Amórtégui, nada sabía de las relaciones de Lola con el teniente Gómez.

El teniente Gómez fue hermético respecto a su trato con Lolita. Con el sargento Martínez, rehusaba hablar del asunto, temeroso de que su subordinado, pudiera manifestar algo de ese noviazgo, ante don Rodrigo de Arce y, sobre todo, ante su hija, por quien parecía interesado.

—Son Martínez, pocos, en realidad, los datos que tenemos. Expresó el poeta detective una vez que el sargento le hizo relación del resultado de sus pesquisas. Por lo pronto podemos atrevernos a deducir que Hermann Winter era aquel "tío", de quien Lolita hablaba y a quien hacía responsable de sufragar su educación y otras necesidades. Pero veamos; Winter falleció hace apenas una quincena. Lolita salió del colegio, se vió obligada a buscar trabajo ha cerca de un año. ¿Cuáles eran los

móviles, los motivos que tendría Winter, para atender a Lolita, costearle su educación y tratarla, al parecer como a hija propia? ¿Cuáles móviles tuvo para suspender, impensadamente esa protección? ¿De quién es hija Lolita y por qué causa mereció el abandono de Winter?

A las pocas horas se comprobaba la tesis de don Rodrigo. En el Colegio de Nuestra Señora de la Buena Esperanza, se confirmó que Winter pagaba la pensión y demás gastos de Lolita. Esto fue por espacio de tres años y unos meses. No existía la fe de bautismo. Lola, la magnífica estudiante, salió del colegio por razones económicas. Retraso de tres meses en el pago de la pensión. El acudiente Winter, manifestó la directora, no volvió a aparecer.

Y la directora se manifestó muy extrañada y nerviosa, al enterarse de que, el acudiente de su ex-alumna, era el mismo hombrecillo alemán que pereciera ahorcado en Chapinero. No había lugar a equivocación. Cojo... medio paralítico... bajo de cuerpo... Y la firma: Hermann Winter, estampada, varias veces, en el libro de matrículas. El teniente Gómez se manifestó dichoso, cuando don Rodrigo le hizo saber que Lina no había reconocido en Lolita Paz, a su antigua condiscípula.

—Lina está muy agradecida por su fineza, teniente, y quiere manifestárselo de viva voz.

Una luz extraña fulguró en los ojos esquivos de Gómez.

—Encantado. Y vea, maestro, hoy o mañana, iré a su taller, con el paño que olvidé el otro día.

—Le suplico señor, exclamó Lolita Paz, con vez estremecida por el espanto, que no vaya a contar nada a la policía. Hace ya, casi un mes que no duermo y si esta cosa sigue así, enloqueceré, de seguro. Yo nada tengo que ver con el caso de Hermann Winter... Le juro a usted que soy por completo, inocente.

Don Rodrigo examinó aquel rostro, bello, hermoso, con una belleza rara y exótica, marchitado por el sufrimiento. Las hondas ojeras que hacían resaltar, aún más el tono verde claro de los ojos. Las cejas bien trazadas, finas. La nariz agui-